



I PREMIO III CERTAMEN INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA "BLUE BAYOU" 2018

LA

# TUMBA

DE LAS BALLENAS

ELENA PUCHALT RUIZ



# **La tumba de las ballenas**

Elena Puchalt Ruiz

Ier PREMIO

III CERTAMEN INTERNACIONAL DE  
NOVELA NEGRA “BLUE BAYOU” 2018

© Elena Puchalt Ruiz, 2019

© De esta edición: Ediciones Rubeo S. L-Bresca Editores

[www.edicionesrubeo.com](http://www.edicionesrubeo.com)

© Diseño de portada: DG Angélica McHarrell

[www.mcharrell.com](http://www.mcharrell.com)

1ª edición en papel, febrero de 2019

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

*El pueblo que ignora su historia  
está condenado a repetirla.*

Marco Tulio Cicerón.

Dedicado a todos aquellos niños a quienes los conflictos  
armados les han robado la infancia.

## CAPÍTULO I

Apenas me acuerdo de mi madre. No conservo ninguna foto suya, y sus rasgos se han emborronado en mi memoria con el tiempo. Por aquel entonces, a los niños no se nos ocultaba la muerte como ahora, nos permitían asistir a los entierros y ver a los difuntos dentro del ataúd. Es curioso que ese sea el último recuerdo que tengo de ella. Lo cierto es que, no me vino nada mal acostumbrarme a tanta tragedia; quién me iba a decir que me pasaría media vida de luto.

En el pueblo siempre se comentó que mi madre falleció durante un parto, en el año 1935, cuando yo tenía cinco años. En realidad murió de tuberculosis durante su tercer embarazo. A algún matasanos se le ocurrió que era mejor que abortara, y eso no consiguió sino empeorar las cosas. Le amarraron un par de bolsas de hielo en la barriga; fue peor el remedio que la enfermedad. Perdió el hijo que esperaba y pocos días después se fue con Dios. Tenía veintiocho años. Nunca he comprendido como mi padre, siendo tan creyente, pudo consentir tal apañío.

Mi hermano y yo vestíamos de negro, con los zapatos de los domingos; mi vestido rebosaba encajes y bordados cosidos a mano. No era consciente de lo que ocurría y correteaba por el patio de la casa. Un árbol de azahar trepaba por las paredes. Yo giraba sobre mí misma para hacer volar la falda. Entonces entró una señora, que probablemente vendría a velar el cuerpo de mi madre, y me susurró:

—Paca, no juegues ahora; ten un respeto por tu madre que está de cuerpo presente.

Yo no sabía qué significaba eso de “cuerpo presente”, pero sonaba fatal. Antonio se había quedado dentro, con mi padre, se pasaba el día pegado a él. La casa seguía inundándose de gente, en su mayoría mujeres pesadas, impertinentes y llorosas que no hacían sino mangonear y estorbar.

Entré en la sala de estar. Vivíamos en la calle de Austria, una casa de ricos, según recuerdo vagamente. El suelo era de mosaico. En diferentes

lugares, se podían observar imágenes de Adán y Eva comiendo manzanas, tapados con hojas de parra en el jardín del Edén. Me senté en el suelo y comencé a jugar, como siempre, con los dibujos de las manzanas y con las cortinas, que eran muy suaves y parecían de seda; seguramente lo serían. Las arpías volvieron a regañarme. A casi todas las recuerdo bastante feas, pero vestían con elegancia y se jactaban de sus alhajas brillantes, aunque con eso arreglaban más bien poco. Un hombre muy corpulento me cogió en brazos — yo entonces estaba de buen año— y me comentó en voz muy baja:

—Ven, Paca, te voy a llevar a ver a tu madre.

Me sorprendió la belleza de mi madre dentro de su ataúd. Una mantilla bordada de color negro le recubría la melena oscura, cuidadosamente peinada hacia atrás, pero no parecía que estuviese dormida. Una gota como de sangre oscura se le escapó de la nariz y se le derramó por encima de los labios. Otra de las señoras, le taponó los agujeros con algo que parecían algodones. Yo volteé la cabeza hacia atrás. El hombre que me sostenía en brazos se dio cuenta de que no quería seguir mirando y me devolvió al suelo.

Fui corriendo a buscar a mi padre que estaba con Antonio sentado en un sillón. Le encontré casi ausente, con el pelo grasiento y los ojos rojos y abultados. Apenas me miró.

Las viejas brujas repartieron comida, por aquel entonces aún había. Si llego a saber lo que estaba por venir, me hubiera atiborrado. Era verano, hacía un calor sofocante y apestaba a flores por todas partes. Me entraron ganas de vomitar. La puerta principal estaba abierta. Antiguamente, en los velatorios se dejaban las puertas de par en par. Entraron unos mozos y levantaron a hombros el ataúd; lo sacaron a la calle y lo colocaron en un carro desbordado de flores pestilentes. Todos se alinearon en fila para seguir al carromato que llevaba el cuerpo de mi madre. En ese momento comprendí que la estaba perdiendo para siempre. Corrí tanto como mis regordetas piernas me permitieron y les grité:

— ¡No se lleven a mi madre!

Mi hermano intentaba seguirme, pero el pobre siempre fue medio cojo y le costaba alcanzarme. La mano de mi padre me atrapó en la calle. Me eché a llorar. Le dije que no quería morirme nunca. Esperé que me consolara, pero no lo hizo, solo dijo:

—Paca, un día, todos nos tendremos que morir.

\*\*\*

Lo más normal es pensar que al faltar mi madre, mi padre volvería a casarse, correría detrás de las mujeres o se echaría a la bebida. Nada más lejos de la realidad. Mi padre se encerraba a leer. Nos hacía caso, sí, pero después de morir mi madre las cosas cambiaron. Además, comenzó a frecuentar el casino de Pontroig donde, por lo visto, se dedicaba a ojear el periódico, a fumar y a hablar más de la cuenta.

El tiempo fue pasando y poco a poco se recuperó del luto, aunque seguía vistiendo con la corbata y el brazalete negros. Comenzó a invitar a grupos de hombres a casa; todos vestían de forma elegante, llevaban sombrero y fumaban. Discutían sobre asuntos que yo no comprendía. Recuerdo que mi padre criticaba a Manuel Azaña y lanzaba juramentos a menudo, los demás le llamaban la atención con frecuencia; de la República no se podía hablar mal. No había demasiada libertad de pensamiento.

En aquellas tertulias no nos dejaban entrar ni a mi hermano ni a mí. Mi padre se pasaba horas opinando sobre política con aquel grupo de personajes parecidos a los monstruos de las películas mudas, que casi nunca decían ni “hola” y que acudían a las reuniones cuando salían de la iglesia. Todos iban a misa, mi padre también, no faltaban ni un solo día.

Aquellas charlas, que a veces amenazaban con ser violentas, terminaban siempre con risas y con brindis en los que a menudo se lanzaban vítores como: “¡Por Dios y por España!” o “¡España católica!”. De hecho, lo repetían tantas veces que se me ha quedado grabado.

Me gustaba escuchar detrás de la puerta y observar a los hombres que acompañaban a mi padre. Me sorprendía que no se rodease de personas jóvenes como él y prefiriese la compañía de esos viejos que se aburrían entre los algodones de su comodidad. Ninguno de ellos había doblado el lomo en su vida. Cuando le escuchaba hablar, junto a aquellos señorones que se tenían por sabios, me daba miedo que dejara de quererme.

Mi hermano y yo nos sentíamos muy celosos de sus acompañantes. Pensábamos que les prefería a nosotros. Una vez, cogimos el perchero del que colgaban los sombreros de los invitados, y lo tiramos al suelo. Después, los pisoteamos rabiosamente junto con los abrigos. Eran cerca de las once de la noche y nuestro padre no se había acordado de llevarnos a la cama. Andábamos por la casa correteando como salvajes. Los invitados se limitaron a sonreír educadamente y recogieron sus cosas de suelo, poniendo cara de

circunstancias. Pero mi padre sí que se enfadó y, al día siguiente, nos sermoneó. Nos comentó que sabía lo tristes que estábamos por la muerte de nuestra madre e intentó hacernos comprender que cada uno se enfrentaba a la muerte de una manera o de otra, y a él le gustaban aquellas reuniones, le hacían feliz. Nosotros no lo entendíamos, pero nos dijo que llegaría el día en que sí, cuando fuésemos mayores. Nos abrazó, llevaba semanas sin hacerlo.

Con el tiempo, mi padre se transformó. Adelgazó, empalideció y la sonrisa no volvió nunca más a asomarse a sus labios, ni a sus ojos, como esperábamos mi hermano y yo. Las visitas de los invitados y las charlas se comenzaron a convertir en panfletos escondidos por los rincones de la casa, pasos atropellados, susurros y escapadas nocturnas de apariencia muy seria y solemne. A veces, de pronto y sin razón aparente, mi padre anunciaba que tenía que irse, se ponía el abrigo y salía apresuradamente. Fuera le esperaban los carcamales de siempre.

Si tuviera que hablar de mi padre ahora diría que se encontraba en ese punto de la vida en la que todo resulta ideal. Ni una cicatriz en su cara hubiera podido estropear su perfección. Aquellos fueron sus años gloriosos; una época que todos vivimos en un momento u en otro, pero que cuando somos niños no entendemos hasta que no llegamos a adultos y pasamos por ese trámite. Los hombres como él pueden terminar siendo genios y consiguiendo grandes avances para la humanidad o rompiéndose la cabeza por tirarse sin pensarlo a piscinas vacías, pero cuando no llega a ocurrir ninguna de esas dos cosas, ese instante mágico y perfecto, que de normal dura muy poco, queda congelado en el tiempo permaneciendo para siempre. Entonces, esos tipos se convierten en leyendas y son venerados como si fueran dioses, aunque en vida solo fuesen auténticos imbéciles. ¿Qué voy a decir yo? Para Antonio y para mí hubiera sido un héroe hiciese lo que hiciese, aunque a veces, con el tiempo, he llegado a pensar que no era más que un gilipuetas, muy valiente y muy guapo, que se paseaba por todas las esquinas con aires de salvador de la patria.

Entretanto, las mujeres revoloteaban alrededor de nuestra casa. Acudían con la excusa de averiguar si podían hacer algo por nosotros, sus pobres hijos huérfanos. Se ofrecían a ayudar en las tareas domésticas y, a veces, incluso traían calderos de comida que solo con olerlos se nos hacía la boca agua. Algunas daban la sensación de torponas, se las notaba nerviosas; a otras se las veía demasiado viejas para él. En ocasiones aparecía una solterona sin remedio en busca de su última oportunidad. Mi padre les abría la puerta y las

miraba con desinterés. Aceptaba los calderos, que no le venían nada mal. Nos ponía la comida a nosotros; él no comía, más por desidia que por otra cosa. A mí me divertían las visitas de aquellas señoras tan toscas, que pensaban que iban a enamorarle llevándole pucheros calientes. Mi padre hablaba con ellas en la puerta por pura educación, mientras yo escuchaba a hurtadillas y observaba el retrato de mi madre que colgaba en la pared, al fondo del pasillo. Pobres ilusas.

Un día se escucharon varios golpes secos en la puerta; era otra mujer, esta no se proponía conquistarle. Decía venir de Nazaret. Pedía trabajo a cambio de comida y techo. Había escuchado el rumor de que mi padre acababa de enviudar y que tenía dos hijos pequeños a su cargo. Era tan zafia y olía a sudor de tal manera, que me sorprendió que la eligiera a ella entre tantas que habían pasado por mi casa a interesarse por su situación. La miró con el mismo desinterés que a las demás y le dijo que se lo pensaría, que volviera en una semana y le daría una respuesta. Mi hermano y yo no dudamos en ningún momento de que la respuesta sería “no”. Josefina, que así se llamaba, se incorporó al servicio el sábado siguiente.

Ironías de la vida, aunque mi padre la llamaba siempre Josefina, a mi hermano y a mí nos pidió que las llamáramos “Fina”, no pudiendo ser más basta. Tal vez fuese por eso que la contrató, a lo mejor prefería una mujer bien fea, para no enamorarse de ella. Era alta como ella sola, gorda, machona; se cortaba el pelo al estilo cepillo, como los hombres. Cuando caminaba por la casa (siempre con aquella desgana), sacudía los brazos alrededor del cuerpo y parecía que iba a tirar al suelo todas las cristalerías de los aparadores. No había necesidad de ser muy inteligente para saber que no había nacido para esas tareas. Más que de doncella, tenía pinta de fontanero. No me gustó desde el principio, no por su obesidad y falta de belleza, que también, sino por su arrogancia. Siendo yo una niña, me daba la impresión de que nos trataba como si nosotros le debiésemos algo; nos miraba por encima del hombro, como perdonándonos la vida, como si fuésemos los culpables de todas sus desgracias.

— ¡La odio! —le dije a mi padre.

— ¡Paca, ya está bien! Eres muy mayor para esos ataques de celos — contestaba él, retorciendo la boca sin ni siquiera mirarme.

Después abría el periódico y seguía leyendo, olvidando que yo seguía allí; entonces me encerraba a llorar.

Como empecé a cogerle pelusilla decidí espiarla todo lo que podía. A pesar de que era una manirrota, no encontré nada en su conducta de lo que pudiera acusarla ante mi padre. A veces, solo a veces, me daba la impresión de que escuchaba sus conversaciones telefónicas, aunque él era lo suficientemente inteligente como para expresarse con monosílabos y en clave.

Así y todo, no dejé de lado mi pequeña conspiración; seguí vigilándola. Una vez la vi robar una manzana, pero mi padre no le dio la menor importancia. Intentó que comprendiera que era una mujer muy humilde.

En fin, que las cosas siempre ocurren cuando una menos se las espera. Un día, mientras limpiaba el polvo y pasaba el plumero con su dejadez habitual, encontró una llave escondida detrás de los libros, en la estantería y, como si no tuviese otra cosa que hacer, caminó unos tres pasos para estar más cerca de la puerta y miró hacia el pasillo por si no estaba sola. Comenzó a probar la llave en todos los cajones que encontró a su paso, hasta que dio con el que era. Dentro estaban los panfletos que escondía mi padre. A ella se le iluminó la cara, me pareció que hasta sonreía. Volvió a girarse por si la veían, pero yo estaba escondida tras el hueco de las escaleras y no se percató de mi acecho. Arrugó uno de esos papeles y se lo guardó en el bolsillo. Paró inmediatamente de limpiar dejándose media casa repleta de polvo y salió a toda prisa, como si la persiguiera el diablo.

Si ella había encontrado un tesoro, yo también. Aquella tarde fui a ver a mi padre, que estaba fumando y leyendo el periódico, como de costumbre, y se lo conté. Estaba convencida de que no me haría el menor caso. Si no la echaba por robar comida, ¿cómo iba a hacerlo por un simple papel? A mi padre le cambió la expresión; se puso tan blanco como el día del entierro de mi madre, y dijo:

—¿Qué has dicho? ¿Qué papel?

Se lo volví a contar y salió disparado para comprobar si las llaves estaban en su sitio. No las encontró. Dio una estúpida palmada en la pared; se hizo daño, se le notó en la cara. Se puso el abrigo y salió por la puerta apresuradamente; solo dijo:

—Ahora vengo.

Cerró de un portazo. El golpe que arreó fue tan fuerte que hizo temblar todos los muebles del pasillo, incluido el espejo del recibidor, que se cayó al suelo y se hizo añicos.

Cuando Josefina volvió al día siguiente, mi padre la llamó para hablar con

ella en privado. Me escondí para espiarles en el sitio de siempre. Siendo la tía todo lo gorda y fuerte que era, mi padre la agarró del brazo con tanta rabia que casi se lo parte. Ella le miró aterrorizada, con una mueca de dolor en la cara, mientras él le preguntaba:

—¿Dónde están los papeles? —exigió mi padre.

—¡No lo sé, don Antonio, no sé de qué me habla! —su voz machorra retumbaba por los pasillos.

—No te hagas la tonta.

—Don Antonio, le juro por mis hijos que yo no me he llevado nada.

—¡No te consiento que me digas mentiras en mi propia casa! Recoge tus cosas y vete; te quiero fuera de aquí en lo que queda de tarde.

Se echó a llorar. Casi se puso de rodillas; le rogó a mi padre que tuviera caridad, que no la echara. Había que verla arrastrándose, con lo arrogante que era. Mi padre no cedió, pero lo que no sabía es que de nada sirve cortarle la cabeza a una serpiente cuando ya te ha dejado dentro todo el veneno. Si en vez de por tanto libro, tanta charla y tanto casino, le hubiese dado por emborracharse o por los burdeles, mi hermano y yo nos hubiésemos ahorrado todo lo que se nos vino encima después.

## CAPÍTULO II

No me gusta hablar de la guerra. Sobre ella ya se han dicho tantas mentiras que no sé si alguien me creería de contar lo que he vivido (en caso de importarles un bledo lo que yo diga). Pero en fin, que aquello condicionó nuestras vidas y, por su culpa, las cosas me fueron de una manera y no de otra.

Yo era muy pequeña y Antonio también, pero lo suficientemente grandes como para darnos cuenta de que el agua estaba puesta al fuego y no tardaría mucho en hervir. La sociedad en la Valencia profunda, en la Valencia de la época, ha sido a menudo reservada, malpensada y ha tendido al prejuicio. Nosotros, como niños que éramos, no oíamos la radio. Yo, a escondidas, a veces escuchaba las conversaciones de mi padre, aunque entendía muy pocas cosas, solo que algo estaba a punto de ocurrir y que no iba a ser nada bueno.

Antonio y yo caminábamos por Pontroig. Solíamos cruzar la travesía, a pesar de que sabíamos que nuestro padre nos castigaría si se enteraba. A veces no sabíamos ni adónde íbamos. Recuerdo el suelo de la calle sin asfaltar y las miradas esquivas de algunas mujeres, señoras que antes nos daban los buenos días o que incluso habían acudido a nuestra casa para traer pucheros y se habían ofrecido a hacer la limpieza. En aquellos momentos hacían como si no nos vieran y, claro, nosotros nos dábamos cuenta de que aquello no era normal. A veces nos echábamos a llorar sin venir a cuento.

Nos aburríamos mucho porque nuestro padre ya no nos compraba juguetes ni nos dedicaba demasiado tiempo. Se pasaba el día en las casas de sus amigos, mientras en la nuestra la mierda se nos comía. Así que decidíamos salir a la calle. Cruzábamos corriendo por los tramos de carretera más peligrosos para escuchar las bocinas de los coches y los gritos de los conductores que a veces temían atropellarnos. Nos reíamos mucho, aunque en los años treinta en Pontroig, la mayoría de vehículos eran carros con mulas y caballos y el espectáculo no era tan frecuente como parece al contarlo yo. Solíamos atravesar la plazoleta que había detrás de nuestra antigua casa; curiosamente, antes de la guerra se llamaba plaza de la Constitución. Luego,

nos adentrábamos en el barrio de Las Barracas.

El barrio de Las Barracas estaba separado del mío por esa misma plaza. Olía a guiso caliente por todas las esquinas. Los días de mercado las mujeres cargaban con cestas llenas de pescado, huevos de corral o patos recién cazados, dependiendo de lo que trajesen sus maridos de la laguna. Llamaban la atención las cabezas verdes de ave colgando de los capachos de las vendedoras. Obviamente, se podían encontrar barracas por todas las esquinas, de ahí el nombre de la zona. Pasearse por allí era como entrar en un laberinto de calles estrechas que en verano se llenaban de gente sentada a las puertas de sus casas, la mayoría viejas de luto que llamaban a los niños en voz alta y les preguntaban:

—¿Tú de quién eres?

Normalmente, no había inconveniente por decir de quién éramos hijos, pero a última hora parecía que nos habíamos convertido en apestados. Si se nos ocurría decir que nuestro padre era don Antonio Almenar, el médico, en cuanto nos girábamos de espaldas escuchábamos los comentarios desdeñosos de las alcahuetas:

—Los hijos del médico... ese beato. ¿Qué tramará?

Así que no contestábamos y seguíamos andando.

Las calles estaban llenas de estiércol de tanto pasar los caballos y las mulas de trabajo en dirección a la huerta. Para llegar hasta allí se tenía que pasar obligatoriamente por Las Barracas. Era frecuente encontrarse a algún mozalbete recogiendo las heces que los hortelanos usaban como abono. Las familias mandaban a los chavales a recoger los excrementos de la calle.

Ese día, nos topamos con un niño de nuestra edad. Aunque ya le conocíamos, nuestro padre siempre nos había prohibido que jugáramos con él. Era mitad payo, mitad gitano (mi padre no podía con los gitanos, lo ponían enfermo, y a mi madre, más todavía). No era del barrio, seguramente estaría trabajando para su patrón. El gañanete, nada más vernos, se llevó las manos a la bolsa de estiércol y corriendo delante de nosotros, nos lo tiró en la cara, riéndose a carcajadas, mientras nos decía:

—¡Boñigos, boñigos!

Yo, que nunca he sido refinada, le perseguí a gritos arrastrando a mi hermano detrás, que cojeaba como podía:

—¡Ven aquí, que te saco los dientes, alcornoque!

Al final, el niño corría como una liebre y decidimos dejarlo marchar. Nos

paramos sofocados. Nos desviamos para ir a buscar a Pepe y a Inés, unos amigos. Encontramos muy extraño que la casa estuviera cerrada a cal y canto. Llamamos a la puerta y nos abrió su abuela, que llorosa nos advirtió:

—Niños, corred, volved a vuestra casa, no os quedéis en la calle jugando. Han declarado la guerra, lo han dicho en la radio. Ha habido un alzamiento militar. Ximo se ha ofrecido voluntario para combatir a los sublevados.

Nos miró con lástima. Supongo que pensó que si llegaban a alistar a nuestro padre nos quedaríamos solos. Hizo ademán de acercarse al caldero que había sobre la mesa. Entonces se escuchó desde el fondo de la casa la voz de Paz, la madre, que la detuvo:

—No, madre, guarde un poco, no vaya ser que las cosas se pongan feas esta semana que entra.

La abuela nos miró muy seria y nos repitió que nos fuéramos a casa cuanto antes, que Inés y Pepe estaban acostados.

Antonio y yo nos asustamos. De pronto, nos sentimos muy solos en aquellas calles llenas de polvo, con olor a comida entremezclado con la peste de los excrementos de las mulas y algo de tufo de pescado.

Llegamos a casa sofocados y llamamos a gritos a nuestro padre:

—¡Pare, pare!

Le encontramos escuchando la radio con la cabeza tapada con una manta, que también cubría el aparato. Estaba aguantándose los nervios, medio ido, con las manos sudorosas. Olía mal, llevaba mucho tiempo sin lavarse y había adelgazado hasta el punto de quedarse en los huesos. Su belleza se había esfumado en los últimos meses.

—Pare... Nos han dicho que ha habido un alzamiento —dije—. A mis seis años, ni sabía lo que significaba eso, simplemente repetía como un loro las palabras que acababa de escuchar.

—Es cierto —contestó, como si estuviese hablando solo—. Los falangistas han asaltado el local de la emisora de radio; han anunciado que habrá una revolución.

El padre de Pepe se ha ofrecido voluntario para combatir a los rebeldes.

—Sí, ya me lo han contado —contestó mi padre, decaído.

Miró al suelo con los ojos perdidos. No contestó. Sacó una botella de coñac del mueble bar y se sirvió un vaso muy lleno, casi hasta el borde. Tuve la impresión de que se le pasó por la cabeza ofrecernos un sorbo, pero se acordó de repente de que éramos sus hijos, unos niños.

Le confesamos que teníamos miedo. Antonio se echó a llorar y yo también. Se bebió el vaso de dos o tres grandes tragos, le molestaba nuestro llanto. A partir de entonces, comenzó a comportarse como si se fuera a marchar en breve, preparándonos para su ausencia.

Tenía por costumbre guardar latas de conservas en las alacenas, bien escondidas, y nos prohibía tocarlas; pero nos decía:

—Para que sepáis que están aquí. Paca, tú que eres más alta, si yo no estoy te subes a una silla y las coges, pero de momento no las toques.

Me repetía constantemente que el testamento estaba guardado dentro del libro de Alfonso XIII, el de las tapas doradas de la estantería de encima de la chimenea. Decía que ya lo tenía escrito y que todo estaba repartido a medias entre Antonio y yo, pero que mientras viviera Antonio, lo suyo lo tendría que administrar yo también. Mi hermano y yo no entendíamos nada, pero hacíamos un esfuerzo para recordar todo lo que nos decía nuestro padre, que ponía en ello mucho empeño. De algo le sirvió, porque a día de hoy todavía me acuerdo.

Tras estallar la guerra, todos continuaron haciendo su vida como si nada, solo que continuaban reclutando hombres. A veces, por la calle, pasaba algún pobre y les gritaba a los labradores que llegaban del campo:

—¡Pa' qué trabajáis si ha comenzado la guerra!

Y los señores se reían, aunque no soltaban ni un trozo de pan duro.

En las familias, los hombres de la casa llegaban a pelearse para ver quién se iba al frente. Muchas veces optaba por alistarse el hijo y dejaba a su padre, que en esos casos solía ser un hombre mayor a cargo del resto de la familia. En nuestro caso, mi padre había cumplido treinta y un años en el verano del treinta y seis. Pero como mi madre había fallecido recientemente y no teníamos a nadie más, no le reclutaron. Puede decirse que aunque no luchara fusil en mano, lo hacía moviendo hilos desde la sombra. De haber sido así no sé si hubiera podido soportar luchar en las filas de los republicanos, con lo fanático que era.

Los republicanos comenzaron a requisar los campos de cultivo porque, según decían, eran bienes públicos. A mi padre le dejaron sin las tierras de arroz y de naranja que teníamos y las cedieron al uso y disfrute común. El mercado de la naranja pasó a estar controlado por los sindicalistas. Usurpaban hasta los hoteles, los restaurantes, los cines; casi todo pasó a estar controlado por los representantes de los trabajadores. Las calles de Pontroig comenzaron

a vigilarse por hombres armados vestidos de paisano que hacían guardias nocturnas. Los de la Guapa (Guardia Popular Antifascista), que no dejaban títere con cabeza; a la mínima que alguien destiñera de azul, lo molían a palos con cualquier excusa. Por si fuera poco, los milicianos entraron en los registros de propiedad y les pegaron fuego. Entre otros muchos papeles ardieron las escrituras de nuestra casa de la calle de Austria.

Al comienzo de la guerra ya se pasaba mucha necesidad. Mi padre no se preocupaba por nosotros. Nuestra vecina tenía un gato que comía sardinas, Antonio y yo se las quitábamos. Mucha gente había dejado de trabajar y no había cosechas, así que nos teníamos que apañar con lo que fuese. Nosotros nos considerábamos muy afortunados porque a veces mi padre volvía a casa con alguna liebre que había cazado. En fin, la cosa era que los guisos estaban muy ricos y sabían a gloria. Antonio y yo no chistábamos si dejábamos de ver a los gatos que merodeaban por la puerta de la casa.

Ya no era solamente el hambre, las cosas iban empeorando conforme pasaban los días. Mi padre recibió varias visitas, la mayoría de amigos suyos que venían a advertirle de que había sido denunciado en el Comité y ya le tenían fichado. Llegó incluso a recibir amenazas de muerte si no cesaba en sus actividades. Él contestaba:

—¿Y qué queréis, que deje solos a mis hijos? ¡Ni hablar!, no me dan miedo.

No le tenían ojeriza solamente por meterse en camisa de once varas. Había mucha gente que envidiaba a mi padre debido a su posición y al respeto que todos le tenían; era médico y no un muerto de hambre ni un analfabeto como los demás. Disfrutaba de una buena vida. En el Comité sabían que se dedicaba a repartir panfletos de Acción Católica.

Dos o tres días después del alzamiento mi padre se enteró de que querían quemar la iglesia. Aquella misma noche, se presentó con un grupo de hombres afines en casa del alcalde para solicitar su protección e impedir que la incendiaran. No obtuvieron su respaldo. Les terminó convenciendo de que el templo estaría a salvo.

Al día siguiente, junto con todos los hombres que habían ido a pedirle ayuda al alcalde, se presentó allí para tapiar las puertas e impedir que entrara nadie a quemarla. No habían empezado, cuando llegaron tres o cuatro milicianos que los apartaron a culatazos y entraron en el templo dando voces. Como vieron que estaban sellando la puerta, encendieron una hoguera en la

calle para provocarles, comenzaron a sacar las imágenes y a arrojarlas al fuego.

—Tapiad, tapiad... —decían—, que la vamos a quemar igual.

Mi padre, tan devoto él, se debió volver loco de ver al Cristo en llamas. Lejos de contenerse, les plantó cara:

—¡Vergüenza ajena me dais, quemando vírgenes!

—Almenar, tú ve jugando que un día de estos te van a sacar a pasear. Por tus hijos, deshazte de toda esa basura de Acción Católica, que hueles a podrido, no vayan a hacer algún registro en tu casa. Y no te lo decimos por ti, sino por los críos, por Antoñito, que no se vale solo. Acuérdate de lo que te hemos dicho, paisano, que no te lo vamos a repetir.

Mi padre enrojeció como un pavo y empezó a sudar.

—¡Vosotros sí que oléis a mierda!

Muchos feligreses en la iglesia presenciaron las amenazas. Algunos, como Eugenio el enterrador, le recomendaron que hiciera caso:

—Almenar, no seas imbécil y entierra en el huerto todos esos papelorios. Cúbrete las espaldas.

Pero él les ignoró y siguió con su actividad. La noche siguiente le prendieron fuego al templo con varias garrafas de gasolina. Se escuchó el toque de campana en todas las casas de Pontroig anunciando que la iglesia se quemaba. Quienes se atrevieron saltaron de la cama para ayudar a sofocar las llamas, pero no llegaron a tiempo. Al cura se lo llevaron preso y nadie volvió a verle desde entonces.

Mi padre no era el único al que le tenían ganas los revolucionarios; pero había hombres con menos valor o con más inteligencia, según como se mire, que corrían a esconderse en casas abandonadas o se escapaban del pueblo para que nos les arrestaran los rojos. Mi padre, en parte por no dejarnos solos y, por otro lado, porque era un soberbio, dijo levantando la barbilla hacia arriba que de casa no se pensaba mover, que fueran a buscarle si tenían agallas.

Durante los meses del verano y el otoño del treinta y seis, se sucedieron las detenciones. Bastaba con que los que estaban escondidos se relajaran y era volver y cogerlos presos. Los milicianos no se andaban con chiquitas. A veces detenían a varios hermanos de una misma familia, a padres e hijos. Cada día tenían menos piedad. Los arrestos se hacían de noche, furtivamente. Al amanecer, se contaban historias terribles sobre hombres que eran castrados

antes de morir a tiros o sobre palizas interminables. Algún niño nos enseñaba las marcas de los culatazos que había recibido de los milicianos tras perseguirles porque se llevaban a su padre preso.

Las viudas de los desaparecidos podían pasarse semanas, e incluso meses, acudiendo al Ayuntamiento a preguntar por ellos, llevándoles platos, cacerolas de comida y colchones para que durmieran. Andaban por las cárceles de Valencia llorosas, buscándolos, hasta que al final les daban por muertos porque nadie les daba explicaciones de su paradero.

Los milicianos regresaban a las viviendas de los detenidos, ya difuntos, con la excusa de realizar nuevos registros. Si no les abrían, rompían las puertas. Se llevaban las joyas, el dinero y otros objetos de valor, si es que encontraban alguno, y todo el arroz de los graneros. Si la viuda les suplicaba que dejaran algo para que la familia se pudiese alimentar, le contestaban que comieran grava de la carretera.

Otras veces encontraban los cadáveres por casualidad, apestando, cosidos a tiros y roídos por las ratas semanas después de los asesinatos; pero la mayoría de las veces, los cuerpos de los paseados eran enterrados en las fosas comunes de los cementerios de los pueblos donde estaban las checas. Eso hacía que después fuera prácticamente imposible encontrarlos.

Una noche de septiembre del año treinta y seis, mi padre me envió a casa de la vecina, que tenía una sobrina de mi edad. La privación y el hambre a veces le dejaban sin fuerzas y yo era una niña muy inquieta. Con mi hermano no pudo, se empeñó en que quería quedarse en casa, y como era tan cabezón y tan burro, mi padre cedió.

Según contaba Antonio, él se había dormido escuchando la radio a escondidas, en la que hablaban del conflicto. Había novedades en el frente, por lo visto, el ejército nacional seguía avanzando, pero mi padre siguió en vela. Le despertó el ruido de las ruedas de un furgón, y algunos vozarrones de hombres que se entremezclaban con los golpes que daban al cerrar las puertas de la camioneta.

Mi hermano recordaba que tenía tanto miedo que casi se me encima. A mi padre se le puso la cara blanca. Aún así, al ver que Antonio rompía a llorar le tapó el cuerpo entero con una manta y le dijo:

—Antonio, ahora tienes que comportarte como los hombres. Quédate quieto y no muevas ni un dedo, que yo vuelvo ahora.

Mi hermano escuchaba los pasos, firmes y decididos, de mi padre desde

debajo de la manta. Oyó cómo se abría la puerta antes de que tocaran. A pesar de estar tapado, sentía el frío cortante que entraba al salón desde la calle (según me contó muchos años más tarde). Después, se escuchó hablar a mi padre con un joven:

—Buenas noches. ¿Qué se les ofrece? —preguntó, mostrándose poco dispuesto.

—Tenemos órdenes de llevarle al cuartel —contestó el adolescente, con voz irregular.

—¿Puedo saber cuál es el motivo?

—No se lo podemos decir aquí mismo.

—No iré a ninguna parte sin que se me informe —respondió jadeante, casi gritando.

—Por lo visto, se ha tenido conocimiento de sus relaciones con los facciosos.

—No estoy obligado a dar explicaciones.

En eso, se escuchó un sonido como de forcejeo y la voz de un hombre más maduro que decía:

—Por el bien de tus hijos, Almenar, sube al furgón.

—¿Quién eres tú para darme órdenes a estas alturas?

Las palabras de mi padre sonaban socarronas, amargas, parecía burlarse de ellos.

Se oyó un segundo forcejeo acompañado de varias voces graves. Después sonaron tres disparos y los gritos de mi padre, tras ellos exclamaciones de desagrado y de pánico, también algún llanto, murmullos indescifrables y un ruido como de arrastrar un bulto.

Cuando mi hermano escuchó que el furgón se alejaba, se destapó la cabeza y vio que habían dejado la puerta abierta. Tenía más frío del que podía soportar (decía cuando lo contaba). La cama estaba completamente mojada.

### CAPÍTULO III

Los meses antes de la guerra fueron espinosos, pero tras la muerte de nuestro padre y la evacuación, todo empeoró. Los milicianos saquearon nuestra casa dos días después del asesinato, revolvieron hasta en las letrinas. Nos escondimos debajo de la cama, creíamos que iban a matarnos. Reventaron los colchones y los cojines, forzaron la caja fuerte, vaciaron el mueble bar... bueno, eso antes que nada. Algunos iban hasta muy bebidos y olían a alcohol. Se llevaron todo lo que había de valor y rompieron la vajilla como unos salvajes, como si con eso fueran a arreglar algo. No les bastó con venir un solo día, vinieron por lo menos tres veces.

Eran hombres desalmados, fríos, con la piel como el cuero; supongo que jóvenes, pero a mí me parecían viejísimos a mis cinco años. Antonio no sabía lo que estaba ocurriendo y no dejaba de llorar. Yo le abrazaba tapándolo con mi cuerpo y le susurraba:

—Antonio, cállate, por favor, o nos pasará como a padre.

Pero a un niño de cuatro años con aquella deficiencia mental no se le hacía callar fácilmente y a mí se me ponía la carne de gallina. Uno de los milicianos, un adolescente de mirada horrorosa, se nos acercó. No era feo, sino de rasgos dulces, tenía el pelo crespo y no se lo había cortado en semanas. El corazón se me subió a la garganta. Le puso la mano a Antonio en la nuca y me miró con sus ojos de gárgola. Apestaba a cazalla sin abrir la boca y respiraba trabajosamente mientras me dijo:

—Niña, dame un beso y no tocaré a tu hermano.

Yo temblaba, me apretó la cabeza entre las manos y me besó en la boca, casi mordiéndome. Rompí a llorar igual que Antonio. Entonces, un hombre más mayor con nariz de cachiporra, al que todos llamaban Tío, lo agarró por el cuello de la camisa y le dijo con una voz que sonaba muy cascada:

—¿Pero qué haces, imbécil? ¡Abróchate la bragueta! ¿No ves que es una niña pequeña?

El de ojos de gárgola le miró con ganas de pegarle, pero se apartó de mí y

de mi hermano obedeciendo. El Tío se acercó y preguntó:

—Niños, ¿dónde está vuestra madre?

—Está muerta.

—Ya...

—Tomad, comed algo, que tendréis hambre. Haré correr la voz en el pueblo para que alguien se haga cargo de vosotros.

El plato de callos en conserva tenía muy mal aspecto, como si lo hubieran manoseado con sus dedos pringosos. En condiciones normales no hubiéramos comido, pero teníamos tanta hambre que no lo dudamos ni un segundo.

Los hombres recogieron todo lo que nos acababan de robar y se fueron de la casa. Solo el Tío se despidió. El joven del beso se volvió en el umbral para mirarme, con los ojos en llamas. Debió caer en el frente, si no hubiese vuelto a por mí, seguro.

Cuando escuché la puerta cerrarse, la idea de que alguno de ellos pudo ser el asesino de mi padre empezó a retumbar en mi cabeza. Desde ese día no pude pensar en otra cosa: ¿quién fue?, pero sobre todo ¿por qué? Me hacía las mismas preguntas todos los días antes de dormirme e inmediatamente después de despertarme. De haber sabido cómo se resolvería el misterio años después, hubiese dormido como los ángeles.

Pasamos la aquella noche en la cama de nuestro padre o, mejor dicho, en lo que quedaba de ella. Estábamos tan asustados que no podíamos dormir solos. A cada crujido que daba un mueble saltábamos de la cama y nos escondíamos debajo, pensando que volvían a por nosotros.

De madrugada, cuando estábamos por fin completamente dormidos, llamaron a la puerta. Abrí yo con los ojos tan llenos de legañas que casi ni podía ver. Al otro lado esperaba una mujer de unos sesenta años con aspecto de fulana vieja. Su pelo era corto, de color negro azabache y llevaba un vestido blanco con un escote demasiado amplio para su edad. Se presentó como doña Aurelia, la madre de Alfonso.

A ella no la conocíamos, pero a Alfonso sí. Era un buen amigo de mi padre, que también solía frecuentar el casino de Pontroig. A menudo, a mi padre le echaban en cara que jugara a las cartas o al billar con él. En general, como decían los señoritos, con la gente vulgar. A mí me extrañaba mucho la relación de amistad entre mi padre y Alfonso; uno tan fino y el otro tan tosco. Pero claro, a mi padre le caía bien cualquiera que le hiciese la pelota y le bailase el agua. También hay que decir que era un hombre de dinero fácil.

En un principio no me apeteció nada irme con doña Aurelia. Me imaginé su casa llena de mugre y polvo. Pero dijo que si podía nos pondría algo de comer y, claro, ¿cómo nos íbamos a negar?

Doña Aurelia vivía en una planta baja modesta, en una de las peores zonas de Pontroig; aunque por lo menos no había gitanos. Era un barrio de vendedores ambulantes, mujeres bastas, olores a comida pasada y moscas por todas partes. Estaba muy cerca del mercado donde trabajaban la mayor parte de sus habitantes. Todas las mañanas pasaba el afilador de cuchillos con su extraño carrito, parecido a una bicicleta antigua y una especie de silbato que sonaba como una armónica. Lo tocaba cada vez que gritaba, con esa voz suya, masculina pero clara.

— ¡El afiladoooooor!

La gente le llevaba sus cubiertos usados y él los pulía sobre la marcha. Con un pedal hacía girar la rueda gigante y esta a su vez otra pequeña, de piedra rasposa, por encima pasaba las hojas de los cacharros y los dejaba como nuevos, después gastaba la típica broma:

—Toma. ¡Ahora no te hurgues los dientes! —Y se reía, dejando ver sus encías llenas de huecos.

Un día, sin más, desapareció. Unos dicen que le acogieron en su casa unos familiares de Cartagena, otros que lo mataron en guerra. Pero nunca más se supo de él.

Doña Aurelia tenía tres perros y tres hijos. Los perros eran mestizos, color canela, y por su aspecto parecían todos de la misma camada. Se llamaban Blanco, Nana y Cascabeles. Aparte de Alfonso, era madre de dos hijas más, Auri (Aurelia) y Balbina. Aurelia, la mayor, era la más guapa, alta, blanca de piel, con el pelo muy rizado y los ojos entre azul y verde, un poco saltones tal vez. Estaba obsesionada con el color rosa, como muchas mujeres de vida triste. Prácticamente su único tema de conversación era su novio. Acaparaba todos los objetos de ese color que encontraba a su paso, ya fuesen regalados o encontrados en el basurero. Auri se echaba a llorar por cualquier cosa. Si se le quemaba la comida: lloraba; que se le olvidaba coger el capacho de la compra: lloraba; que se le caía un vaso al suelo: lloraba. Menos cuando se moría alguien. Entonces no lloraba, entonces se quedaba quieta en un rincón, con los brazos cruzados y los ojos vidriosos, como muerta, sin decir ni pío.

Balbina, en cambio, no se puede decir que fuera tan guapa, pero por su expresión resultaba pícaro y graciosa. Era castaña, tirando a rubiecita,

totalmente distinta de Auri. Con unos ojillos verdes rasgados muy chispeantes. Balbina era más parecida a doña Aurelia, al menos en el carácter. Tenía un mal genio increíble, era como un perrillo más; se enfadaba y solo le faltaba ponerse a ladrar. También tenía novio, pero casi nunca hablaba de él. Los ataques de Balbina a menudo hacían llorar a Auri, que era la favorita de doña Aurelia, no sé si por guapa o por llorona. Podría decirse que Auri lloraba igual o más que Antonio y yo juntos.

Después estaba Alfonso, que se parecía más a Auri que a Balbi. Digo yo que tirarían a su padre, ya que no guardaban ninguna semejanza con doña Aurelia. Alfonso era un niño grande, totalmente controlado por aquella fiera. En realidad, los tres eran así; Balbina también, aunque fuera la que más se atrevía a contestar.

Doña Aurelia y sus hijas eran traperas, como mucha gente del barrio. Se montaban en un carromato bastante inestable, de grandes ruedas, tan altas como una persona adulta, y recogían basura. Cualquier cacharro que encontraban lo echaban al carro. A Auri le daba una vergüenza que se moría que la viesen rodeada de basura; hubiese querido que se la tragara la tierra, lo sé. Sentada junto a su madre volvía el rostro o fingía buscar algo entre lo recogido para que las vecinas no la vieran.

Durante la guerra, en Pontroig llegaron a caer algunas bombas debido a la proximidad con el puerto; algún avión debió confundirse y en vez de en la costa las tiraron allí. El caso es que se llevaron por delante un par de edificios. Desde entonces, la calle donde cayeron fue conocida popularmente como la “Calle de las bombas”.

Esos bombardeos que, según se rumoreaba, no eran oficiales, consiguieron aterrorizar a casi toda la población hasta el punto de que muchos vecinos, entre ellos nosotros, nos trasladamos a Nules, en Castellón. Tengo grabado en la memoria el viaje de Pontroig hasta allí. Era un largo camino y la gente se trasladaba con sus carretas tiradas por animales y lo poco más que les hubiese quedado. Recuerdo con detalle que la mayoría eran mujeres, niños y ancianos, y que casi todos iban de luto. A mi hermano y a mí nos hicieron subir a un borrico que llevaba dos cestas y así fuimos, casi todo el camino, cada uno en un capacho, porque en el carro de doña Aurelia no cabían más trastos y además iban ellas tres subidas. A Alfonso, como entonces estaba en el frente, casi no lo vimos hasta que la guerra terminó.

Una noche nos quedamos dormidos arriba del burro y, al despertar, ya

estábamos en Nules, donde vivimos durante la guerra, en un almacén abandonado en un campo de naranjos. Era un lugar repleto de maquinaria en desuso. Había sido parte de las dependencias de una fábrica de productos de abono y sulfatado que quebró, y que se llamaba “Fercasa”, o eso decía en letras grandes y negras en la pared delantera del edificio, que estaba construido con ladrillos todo él. Prácticamente fueron naranjas lo único que nos llevamos a la boca durante la guerra. Para que se conservaran bien, las enterrábamos el suelo en un lecho de paja. Si no, se ponían malas enseguida y no se podían comer.

Doña Aurelia y sus hijas continuaron con su oficio de traperas. Nosotros las ayudábamos, no podíamos hacer otra cosa. Nos obligaba a levantarnos a las cinco de la mañana para ir a recoger la basura con el carro. Con los restos de comida que encontrábamos en los basureros dábamos de comer a los tres perros y, algunas veces, algo nos comíamos nosotros también. Había mucha gente que les cortaba el pescuezo a sus animales de compañía y luego los echaba al caldero, pero doña Aurelia y sus hijas siempre se negaron a hacerlo.

El trabajo era muy sacrificado, sobre todo para ellas tres que eran las que cargaban sacos a la espalda. La recogida se hacía desde la madrugada hasta la hora de comer. Éramos como los buitres, igual de carroñeros. Al acabar, llegábamos al almacén y separábamos lo que servía de lo que no; lo perecedero de lo no perecedero. Acabábamos sobre las siete de la tarde. Comíamos lo que podíamos y nos metíamos en la cama para volver al trabajo al día siguiente.

De los desperdicios se aprovechaba casi todo, pero de lo que más beneficio se sacaba era de la ropa, de la tela y del cartón. Ellas eran traperas de vender, pero durante la guerra se dedicaron también a recoger. El resto se desechaba en el vertedero. En invierno se hacía más pesado, porque había que recoger las cenizas de los hogares. Nos poníamos perdidos con el hollín.

Nos lavábamos como podíamos en el almacén y nos calentábamos encendiendo una hoguera con cartones. Sobrevivíamos y tirábamos. Ya no éramos los mismos, éramos otra Paca y otro Antonio, vivíamos para trabajar, levantarnos muertos de sueño, salir en el carro, comer y caer exhaustos en el colchón que compartíamos. No había pasado ni un año y ya no nos acordábamos de los hijos del médico.

Antonio, sobre todo, cambió mucho. En vida de mis padres se pasaba el rato con el moco tendido, colgando de la teta de mi madre y sin decir ni una

palabra. Ella solía llamarle “Nene”, constantemente. Al principio de vivir con la familia de Alfonso, yo pedía las cosas por Antonio y le acompañaba a todas partes, hasta que un día doña Aurelia me gritó:

—¡Deja hablar a tu hermano, que tiene boca! ¡Tan tonto no es!

Y a partir de entonces me llamaba la atención cada vez que hacía cosas por él. Pero yo no podía evitarlo.

—¡Este niño, no sé si es subnormal de verdad o lo han hecho! —decía.

Y en parte tenía razón.

En aquélla época casi todas las familias consideraban a los hijos tontos una vergüenza y, a veces, hasta se les escondía en casa. Mis padres no renegaron de Antonio, pero mi padre, sobre todo, jamás quiso reconocer que era retrasado. No se le podía ni mencionar, perdía los nervios.

A pocos meses de ser acogidos por doña Aurelia y sus hijas, Antonio ya hablaba por los codos; un poco gangoso, pero, aun así, daba gusto escucharle. No sé cómo lo hacía, pero también corría a su manera. Doña Aurelia le dejaba solo, a sus anchas. Decía:

—Paca, deja que tu hermano vaya a buscar basura, tú quédate aquí conmigo y ayúdame a separar.

Y así Antonio hacía lo que le venía en gana. Diría que fue más feliz tras estallar la guerra que antes. En Nules se acostumbró a vagar por el huerto él solo, jugando a atrapar lagartijas, saltamontes y otros bichos y después, vivos o muertos se los traía a Doña Aurelia, que a veces se enfadaba porque le daban asco:

—Niño, ya está bien, que pareces un gato que tenía yo, que no paraba de traerme ratas muertas.

Un día estaba Antonio buscando animales entre los naranjos, cuando nos llamó:

—¡Paca, Paca! ¡Tía Urelia!

—¿Qué pasa, Antoñito? ¿No será que tienes otra cucaracha?

—Un apato.

—Un zapato, dámelo.

—E que tiro y no sale.

—Déjame a mí.

Doña Aurelia cogió el zapato que asomaba de un arbusto y le dio un tirón. Tenía una fuerza poco usual en una mujer. Entonces salió el zapato acompañado de un pie y, tras el pie, el cuerpo de un soldado. Doña Aurelia

llamó a gritos a sus hijas, que sacaron a rastras el cadáver medio roído por las ratas, grandes y ágiles como gatos, que correteaban por allí. Registraron sus bolsillos, pero no encontraron nada que le identificara.

Aquel pobre hombre no tenía ni rostro. Podría decirse que ya ni siquiera era hombre. Aurelia y Balbina, siguiendo las órdenes de su madre, comenzaron a examinar el fiambre como si nada. A nosotros nos daba un miedo horroroso, de lo más terrible que se pueda imaginar. A veces, aún tengo pesadillas. Rompimos a llorar. Doña Aurelia nos gritaba:

—¡Bah! ¡Qué niños más blandengues! Vaya críos pa' una guerra.

Auri y Balbina manipularon el cuerpo del soldado como si se tratara de un recién nacido. Auri iba vestida con una blusa de color rosa brillante que parecía de mujerzuela y provocaba el vómito verla hurgando como un buitro en los bolsillos del difunto, con sus manitas de gallina. Mientras desnudaba al cadáver, le dio por cantar. Se escuchaba su cancioncilla y de fondo el llanto insoportable de mi hermano y los rezongos de Balbina:

—Larará en el Pozo María Luisa larará...

—¡Me cago en Dios bendito, qué peste!

—...murieron cuatro mineros mira, mira Maruxina, mira mira como vengo yo...

—Tú también podrías tener un poco de respeto por el muerto.

—...larará traigo la camisa rojalararáde sangre de un compañero...

Mi hermano seguía llorando a pleno pulmón. Yo me acerqué a Auri y le dije:

—Podría ser tu padre.

Ella se volvió hacia mí bruscamente y me miró con sus ojos claros, de pirada.

—Tenías un padre bueno. Te felicito —dijo como para sí misma; luego se rió sola y volvió a la faena, con la mirada vacía y siguió cantando—. Mira, mira Maruxina, mira mira como vengo yo...

Cuando terminaron de profanar el cuerpo del soldado, apilaron los restos al pie del naranjo. Inmediatamente después, con gruñidos y ladridos de júbilo, acudieron los tres perros, bien dispuestos a ahorrarle trabajo a la madre naturaleza. Mientras tanto, el sol, de un rojo intenso, se ponía por las montañas.

## CAPÍTULO IV

En aquélla época, y hasta muchos años después, a un niño se le consideraba un objeto que se podía comprar, vender o alquilar. Uno firmaba un simple acuerdo de adopción y un crío ya era suyo.

Nosotros no corrimos tan mala suerte como otros chavales que ingresaron en colegios de huérfanos. Aquellas escuelas, según contaban, eran algo parecido a los cuarteles del ejército y vivir allí resultaba muy duro. Otros niños fueron evacuados al extranjero y no regresaron hasta que fueron adultos. Nuestras condiciones de vida no es que fueran mejores, pero pudimos crecer en Pontroig, rodeados de nuestros vecinos.

Al terminar la guerra, la tía Aurelia firmó los papeles como tutora nuestra y por un breve período de tiempo vivimos con ella y con las hijas en la casa de la calle del Trinquet. Los novios de Aurelia y Balbina regresaron con vida de la guerra. Casi un año después, se casaron las dos. Iban de negro y con chaqueta, cosa que me llamó muchísimo la atención.

La tía Aurelia comenzó a presentar síntomas de demencia senil a muy temprana edad. Calculo que debía de tener unos sesenta y tantos años o quizá más, yo que sé, soy muy mala para calcular edades. Ya en la boda de Balbina desvariaba un poco. A mi hermano y a mí nos preguntó varias veces quiénes éramos. Un año después, ya no conocía ni a sus hijos; creía que eran ladrones y se ponía a gritar como una loca cada vez que los veía. Así que Alfonso y sus hermanas dejaron de pagar el alquiler de la casa de la calle del Trinquet y nos trasladamos la tía Aurelia, Antonio y yo a vivir con él a la pequeña y antigua barraca que arrendaba junto con el huerto colindante. Era una edificación rectangular, con un techo pajizo en forma de triángulo para contener la lluvia, que a veces caía en tromba. Había una puerta delantera y otra trasera, y por dentro estaba dividida en dos mitades. La mitad izquierda consistía en un pasillo que conectaba las dos puertas. En ese corredor se encontraban la cocina y una gran mesa con tres sillas que hacía las veces de comedor. En la mitad derecha se encontraban los dos dormitorios, el de Alfonso y el nuestro.

Había también un segundo piso al cual se accedía mediante una escalera portátil de madera. Antes de llegar nosotros Alfonso lo utilizaba para criar gusanos de seda; más tarde se utilizó como almacén debido a la falta de espacio. No es que fuera como mi casa de la calle de Austria, pero con el tiempo terminé por acostumbrarme.

Poco después, Aurelia faltó, y no les dejó a sus hijos más que obligaciones. El tunante del marido, que era aficionado al casino, cedió el piso familiar en pago. El sinvergüenza... Y el resto de las deudas las acabó pagando ella después de morirse. A Alfonso, entre el arrendamiento de la tierra, lo poco que aportaban las hermanas que dejaron de trabajar, los conflictos del padre y nosotros, le venía muy justo el dinero.

Recuerdo el día que Antonio y yo dejamos la escuela. Esperamos a la monja directora, que llegaba todos los días antes de las nueve montada en un carro muy viejo con otra compañera, la madre Benjamina. Iban vestidas con unos hábitos negros y una capita blanca que les cubría los hombros. A mí me parecía que estaban de lo más ridículas y me daba la risa. La Madre Benjamina era gorda y la Madre Camino flaca, pero las dos tenían cara de hombre, aunque la Madre Camino era mucho más fea, con ese hocico que recordaba al de una cabra. Alfonso les hizo señas con el brazo para que pararan. Cuando el caballo se detuvo, las monjas miraron a Alfonso y la Madre Camino dijo, con un punto de mal genio:

—¿Pero qué le pasa a usted hombre de Dios?

—Madre, tengo que hablar con usted sobre las clases de los niños —dijo Alfonso. Se llevó la mano a la nuca, como secándose el sudor.

—Pues se espera a que abramos el aula. Tenga un poco de paciencia, haga el favor.

Seguimos los tres el carro. La Madre Camino bajó con el manajo de llaves y abrió la puerta principal primero y después la del aula, encendió las luces y preguntó:

—¿Y bien?

—Madre, me temo que Paca y Antonio no pueden seguir asistiendo a clase.

—Don Alfonso, yo no le digo que vengan todos los días, que vengan cuando puedan por lo menos, pero si su intención es la de sacarlos de la escuela definitivamente, me parece una barbaridad. Si se van ahora, es posible que no aprendan ni a leer ni a escribir. Tenga en cuenta la parada que ha supuesto la Guerra. Paca ya tiene nueve años y lee algo, pero Antonio va a ser

analfabeto; y encima con ocho años razona como si tuviera cuatro.

Alfonso se volvió a llevar la mano a la nuca en un gesto rápido.

—Para esas cosas siempre hay tiempo, Madre.

—No, Don Alfonso.

La monja meneó la cabeza y mientras colocaba unos libros sobre su pupitre de maestra dijo:

—No lo hay.

—Paca y Tono tienen que ayudar en la huerta. En un par de años crecerán y se ganarán su propio jornal.

—Lo que hay que oír —contestó la Madre, mientras nos acompañaba hasta la puerta con sus andares machones.

Yo no podía dejar de pensar en lo que había dicho la superiora. De treinta y cinco alumnos que éramos a principios de año, solo quedaban veintiuno. Algunos habían abandonado la escuela para trabajar; en su mayoría, niños gitanos. Los demás cayeron como chinches por culpa del tifus y la tuberculosis. Entonces eran frecuentes los fallecimientos de niños. Cada dos por tres se escuchaba por la calle el toque de campana de los albats que decía: al cielo, al cielo. Daba mucho miedo.

Pese a la insistencia de la Madre Camino, Antonio y yo no volvimos a pisar la escuela. Ese día lo celebramos imaginando que teníamos cada uno una bicicleta y haciendo como que paseábamos con ella.

Después de dejar el colegio, nos convertimos en aplicados alumnos del cultivo del arroz. No teníamos madre, pero éramos los hijos de la tierra. Las jornadas en el campo eran duras, y la plantación no era sencilla. Había que trasplantar el arroz de un campo a otro casi a la mitad del proceso, que duraba aproximadamente un año; de noviembre a octubre.

Todo comenzaba con la perellonà, que era cuando se anegaban los huertos con agua y así quedaban hasta febrero, entonces se secaban. A este proceso se le llamaba aixugà.

En pleno invierno, sembrábamos forraje en un campo de cultivo que crecía hasta la primavera. En el campo, que estaba próximo a la laguna, hacía un frío horroroso y húmedo. Por muchas capas de ropa que lleváramos, nos resfriábamos con frecuencia. Siempre íbamos con los mocos colgando.

Llegado el mes de marzo, se machacaba el forraje junto con la tierra en la que se había plantado para alimentarla. Al campo en el que se plantaba este forraje le llamábamos planter. Al planter había que construirle unos márgenes

para que el agua de regadío permaneciera allí y no se desperdiciara. Colocábamos barro en los lindes y con la ayuda de Aneta, la mula, se amasaba hasta que se volvía tan duro que el agua no podía traspasarlo. Después se regaba y con una entauladora de ganivets, de madera de pino con cuchillas cortas, tirada por Aneta se mezclaban la tierra y el agua hasta conseguir un barro puro.

Cuando el planter ya estaba listo, se hacía el barrejat. Junto a los demás mozos jornaleros repartíamos las semillas por el campo. Para que se distribuyeran correctamente, las echábamos a la tierra contando los pasos caminando en líneas rectas que marcábamos antes de repartir. Este paso nos lo tomábamos como un juego y lo hacíamos los dos al mismo tiempo. Si alguno contaba o daba el paso antes que el otro nos peleábamos:

—Has fallado tú, te has adelantado en el paso.

—No, Paca, has sido tú que has contado primero.

El campo que se usaba de planter era el que limitaba con la casa de Alfonso. Como se sabe, el arroz es muy delicado y requiere vigilancia. Al llegar la primavera, el agua estancada se va calentando para que germine la semilla, lo que ocurre es que hay que estar siempre alerta porque el agua caliente atrae también a las plagas. Cuántas veces nos las hemos visto y deseado para retirar los insectos.

Cómo olía el huerto a arroz por Pascua, como cuando está en el caldero y el agua empieza a hervir, y qué contentos nos poníamos Antonio y yo en el mes de mayo, cuando ya veíamos crecidos los tallos del arroz sembrado; sabíamos ya que era el momento de recogerlos. Era entonces cuando realmente hacíamos las veces de jornaleros. Acudía al campo grupo de muchachos y hombres; raras veces había alguna mujer, a excepción de mí. Todos juntos retirábamos los tallos de arroz y los trasladábamos al arrozal donde los replantábamos. Era muy divertido, mi hermano y yo nos meábamos de la risa. Se hacía en línea recta y caminando hacia atrás, así se respetaba lo plantado. Antonio, como era medio cojo, se caía con frecuencia, pero se levantaba enseguida y seguía trabajando; parecía de goma.

El arroz crecía volando en primavera y, más o menos en septiembre, ya estaba listo para retirarlo. Junto a los demás jornaleros, Antonio, Alfonso y yo lo segábamos con hoces. Al principio, cuando éramos más pequeños, Alfonso no nos dejaba tocarlas por si nos cortábamos y nos pasábamos el rato jugando, pero en poco tiempo comenzamos también a segar. Había que darse prisa, en

L'Albufera, el final del verano suele ser muy lluvioso.

Después de la recolección se trasladaba el arroz al secadero y allí se separaba el grano de la espiga, luego el grano de la paja menuda que quedaba. Tono y yo disfrutábamos especialmente con este último paso, al que en el campo llamábamos la *aventà* del arroz. Los mayores lanzaban el arroz al viento con unas palas y nosotros intentábamos atraparlo en el aire. Parecía una lluvia de pepitas de oro.

El arroz conseguido se extendía bien en las eras y se dejaba secar, una vez seco se amontonaba y lo recogíamos para llevarlo al granero metido en sacos. Si podíamos vendíamos ya parte de la cosecha en la misma era.

Alfonso escogía el mejor arroz para usarlo en la plantada de semillas en la siguiente cosecha. El resto se vendía si se podía; todo menos el cupo que se quedaban los del sindicato arrocero. Venía un señor a hablar con él. Era un hombre pelirrojo, con la piel cubierta de pecas y destrozada por el sol, por eso siempre llevaba un sombrero de paja, pesaba los sacos y se los llevaba. Nunca le vi sin un cigarro en la boca.

Cuando no trabajábamos el arroz o ayudábamos en su venta, íbamos a tarongerar a los huertos de naranjas con la cuadrilla de jornaleros. Trabajar la naranja era incluso más duro que trabajar el arroz. Las tareas comenzaban a golpe de azada y, al inicio, siempre preguntábamos si había que cavar solo o arrancar raíces y tubérculos también para acudir bien descansados. Antonio y yo cavábamos hasta que nos hartábamos y hasta que fuimos lo suficientemente grandes para acabar una jornada entera.

Después de cada riego también acudíamos a *birbar*, dejando el terreno limpio de malas hierbas, y si el tiempo lo permitía, también ayudábamos a recolectar. Normalmente, el labrador del huerto se unía a nosotros como si fuera un peón más. Mientras se recolectaba, el hortelano iba controlando el contenido de los cestos de naranjas con una balanza portátil. En esa báscula, muchas veces, de broma, nos pesaban a mi hermano y a mí y solían comentar entre risotadas:

—¡Pesáis menos que un saco de naranjas!

Mucho pesarnos, sí, pero eran pocas las veces que después de la broma rascábamos algún par de naranjas para llevárnoslas a casa. Normalmente, no solía sobrar nada; por una fruta borda se daban bofetadas. A nosotros, que estábamos dando el estirón y trabajábamos todo el día, poco nos importaba si unos días comíamos más que otros; el hambre era como nuestra sombra,

siempre nos acompañaba a todas partes.

Los demás mozos nos tenían cariño y nos consentían más de una rabieta, pero cuando se trataba de comida, la cosa ya cambiaba. Me avergüenza recordar que en más de una ocasión tuvimos amagos de robarle el almuerzo a algún compañero de faena. En esos ratos, en los que por nuestra edad o por nuestras condiciones no estábamos trabajando como los demás, nos escondíamos como gatos tras los carromatos o los naranjos. En realidad era más fácil hurtar en los naranjales porque te podías esconder mejor. Desde allí controlábamos las bolsas de comida y acechábamos hasta que no había hubiera moros en la costa.

Una vez le levantamos el bocadillo al Pelat, un jornalero larguirucho con muy malas pulgas. Nos descubrió y nos persiguió entre los naranjos con una piedra, nos la lanzó y le dio a Tono en toda la cabeza, haciéndole sangrar. Tono lloraba, mientras yo miraba al suelo, roja como un tomate. El Pelat se levantó la camisa y nos enseñó las costillas, que se le marcaban como si acabara de sobrevivir a una larga enfermedad. Parecía como si hubiese muerto hace muchos años y acabara de resucitar.

—¡Mirad!, comiendo lo que me robáis, así me quedo.

Recogió su almuerzo del suelo, le sacudió los hierbajos húmedos que se le habían quedado pegados y se lo guardó en una bolsa que llevaba colgada al hombro. Se fue con cara de querer retorcernos el cuello. Nosotros nos quedamos solos, mirándonos. Yo sabía que mi hermano quería que la tierra le tragara, como a mí. Pero el hambre, como el diablo, seguía ahí pinchando y era más fuerte que la vergüenza.

A veces se producían pequeños milagros. En contadas ocasiones, los compañeros tenían algo que celebrar. Un día fueron a la taberna para festejar la cobranza del jornal. Algunos de ellos tiraron a la basura los bocadillos que les habían preparado en casa sus mujeres y se fueron a comer. Por un momento pensamos que aquéllos hombres habían perdido el juicio. Todavía me acuerdo y se me retuerce el estómago solo de pensarlo, pero nuestra sorpresa duró poco tiempo.

Hicimos como que nos íbamos a casa y nos escondimos por el camino. Esperamos un tiempo prudencial y volvimos a recoger del suelo, uno a uno, todos los bocadillos. La mayoría eran de bacalao con pimiento y huevo duro o de atún a secas; las cartillas de racionamiento daban para poco. Los envolvimos en una vieja y sucia sábana y los llevamos al cobertís, una

cebollera abandonada en la que Tono y yo guardábamos nuestros “tesoros”, en su mayoría juguetes y trastos viejos que encontrábamos por ahí, y colillas de tabaco que malvendíamos para sacarnos alguna peseta. Fuimos corriendo lo más deprisa que a Tono le permitía su cojera. Al llegar, casi babeando, abrimos el fardo y comenzamos a arrancar trozos de pan. En la vida me ha sabido nada tan a gloria. Estaban duros los mendrugos, pero de igual manera me parecieron un manjar. Nos tendimos los dos en el suelo del cobertís y le pregunté a mi hermano:

—Tono, ¿tú te crees eso que dicen Raga y Pérez?

— ¿El qué?

—Que el pare está enterrado en el planter.

—No.

—Habladurías.

—Mentiras.

—Tono, cuéntame otra vez lo que viste el día que se llevaron al pare.

— ¿Otra vez?

—Sí.

Y Antonio, con sus limitaciones, me lo volvía a contar de nuevo. Como escribir nos venía justo, teníamos que hacer uso de nuestra memoria. Yo, con la información y los detalles que Antonio me daba, me hacía mi idea de lo ocurrido.

Aquella noche llegamos tarde a casa. Mi hermano y yo nos miramos un momento. Me preguntaba qué le diríamos a Alfonso. Tono se chupaba el dedo; sí, sí, no bromeo, cuando estaba triste o asustado se metía el pulgar en la boca hasta tocarse la campanilla, como si tuviera un chupete.

Al final, le contamos la verdad y no ocurrió nada. Con él como tutor tuvimos la suerte de hacer siempre lo que nos vino en gana. No éramos niños perezosos, yo al menos; sin embargo, solíamos ser desobedientes y muy, muy traviosos. A veces, cuando robábamos comida, los compañeros ofendidos iban a hablar con Alfonso. Él, siendo como era, un hombre fuerte y tosco como una pared de ladrillos, escondía la cabeza dentro de los hombros como las tortugas cuando escuchaba quejas sobre nosotros. Después fingía echarnos una especie de reprimenda con un tono que ni él se creía:

—Eso que hacéis no está bien, pedid disculpas.

Antonio y yo conteníamos la risa, asentíamos con la cabeza y luego, cuando no estaba presente, nos burlábamos de él y rodábamos por el suelo a

carcajadas.

Aquel era un aspecto del carácter de Alfonso que resultaba ser bueno por un lado y malo por otro. Por ejemplo, el día que le robamos la comida al Pelat fui yo la que se quejó y le pedí a Alfonso que hablara con él. Hoy en día me sigue pareciendo un comportamiento fuera de lugar. Éramos dos niños huérfanos y estábamos muertos de hambre, ¿hacía falta que nos partiera la cabeza con una piedra? Lo único que hizo fue torcer el gesto para decir:

—Hablaré con él cuando le vea.

Nunca lo hizo. Estaba claro que Alfonso era un buen hombre, pero no servía para dar órdenes. En toda mi vida, Alfonso me ha sorprendido pocas veces, pero recuerdo una en especial que aún me pone los pelos de punta. Había un trabajador joven, que no tenía ni un solo pelo en la cabeza, al que llamábamos por su apellido (ya no me acuerdo cuál era). No paraba de humillarle, a veces de una forma realmente cruel y ofensiva. Me acuerdo, como si fuera ahora, de una vez que le soltó:

—Tu padre siempre iba con fulanas, dime sino tu madre lo que era.

Hasta que un buen día, Alfonso acabó por hartarse; desató de un árbol al perro que siempre acompañaba a aquel joven y le tiró una piedra al animal lo más lejos que pudo para que fuera corriendo a buscarla. Luego echó mano de un rifle que tenía en el carro; con una agilidad pasmosa, se lo cargó al hombro, y mientras el perro traía la piedra de vuelta, le apuntó en la cabeza y de dos disparos le voló la tapa de los sesos. Todos miraron con cara de estupefacción la cabeza abierta del animal y sus pedazos esparcidos por el suelo, pero nadie se atrevió a decir ni una palabra. Mi hermano gimoteaba cubriéndose la cara con los brazos. El dueño, el jornalero sin pelo, se levantó y corrió hacia el cadáver del animal, se arrodilló a su lado y lo acarició. Se notaba que quería llorar, pero se aguantó para no hacerlo delante de los demás hombres. Levantó en brazos el cuerpo grande y peludo de su perro y regresó cargando con él, jadeando por el esfuerzo y maldiciendo a Alfonso en voz baja. Al pasar frente a mí, me miró como si quisiera matarme.

Durante días no pude dormir, ya de por sí me costaba; siempre tenía los pies muy helados y, cuando cerraba los ojos, solo veía las imágenes del perro con la cabeza abierta y la piel empapada en sangre, gimiendo hasta quedar seco. Si dijera que fue lo más asqueroso que he visto en mi vida, mentiría. Intentaba seguir durmiendo y a mi mente acudía la imagen del cadáver del soldado que encontró Tono en el huerto de Nules. El maldito fiambre me

perseguía en forma de hombre y en forma de perro. Nunca he creído en los fantasmas, pero seguro que si existieran adoptarían diferentes formas.

Entre los jornaleros comenzó a extenderse el rumor de que yo era una chivata que le iba con los cuentos al patrón y le pinchaba, contándole lo que decían de él a sus espaldas cuando no me consentían los hurtos de comida. La pequeña bruja, la serpetta, me llamaban, tan pequeña y tan venenosa; primero ella y luego los demás, decían. Durante un tiempo fui la apestada del grupo, pero cuando yo llegaba todos callaban.

—Delante de ella, ni pío.

—Con el subnormal no hay problema. Es un sinvergüenza y un vago pero, en el fondo, no es malo. Sin embargo, con la pequeña bruja hay que andarse con ojo.

Tan lejos llegó el mal nombre, que a mi hermano comenzaron a llamarle también el serpetta y nos convertimos en los serpettas, por cortesía de esta servidora.

Llevando la vida que llevábamos, viviendo en la mugrienta casa de Alfonso, rodeados de ratas arroceras y conviviendo con peones mezquinos, pocos eran los placeres infantiles que nos quedaban a Tono y a mí, pero había uno en especial que esperábamos con impaciencia.

Al llegar el verano solíamos ir caminando hasta la playa de Pinedo, a unos cinco kilómetros de Pontroig. Se tardaba una hora, más o menos, pero como Tono era cojo, íbamos despacito. Aun así, al final del camino, nuestros pies siempre acababan llenos de llagas; pero compensaba.

Al llegar, atravesábamos las dunas cubiertas de vegetación y veíamos el mar y la orilla llena de medusas. Parecían setas de cristal, pero mucho más feas. Fantaseábamos con asarlas y comérmolas como si fueran sepias (no comprendo por qué no lo hicimos nunca). Comparado con otras aguas, el Mediterráneo no era gran cosa; a pesar de todo, resultaba un paisaje hermosísimo. O al menos lo era para nosotros. En la infancia, las cosas y los lugares siempre se ven inmensos y grandiosos, sobre todo si se recuerdan con afecto.

Antonio y yo íbamos, como siempre, dispuestos a encontrarnos con otros niños y a jugar con ellos chapoteando en el agua.

Aquella mañana de 1941, un remolino de personas se agolpaba alrededor de un enorme bulto que yacía echado en la orilla de la playa. En Pinedo había ocurrido algo inusual. Enseguida sentimos un olor pestilente que nos resultaba

tristemente familiar, a pescado en descomposición. Una especie de tinte rojizo cubría el agua de la orilla, como si a alguien se le hubiese caído una sábana de color vino tinto bajo el agua y el mar se la estuviese llevando. Podíamos escuchar las exclamaciones de los bañistas; tenían miedo y no sabían muy bien de qué ni por qué. Nosotros compartíamos, por algún inexplicable motivo, aquel extraño temor.

A medida que nos fuimos acercando descubrimos a la ballena, elegante y gigantesca, pero aparentemente muerta. Tono y yo luchábamos por acercarnos al animal, pero hordas de niños y señoras orondas nos lo impedían. Así que usamos la artimaña de acercarnos al Guardia Civil que tomaba notas cerca del pez gigante.

—Buenas tardes, señor guardia.

—Buenas tardes, niños.

—¿Qué mide el pez?

—Este animalito, hijos, mide quince metros y medio o, mejor dicho, medía.

Otros cuatro guardias civiles se encargaban de tomarle las medidas al animalito, al que cubría una gruesa piel de un tono negro azulado. Uno de ellos utilizaba una especie de instrumento en forma de cuchillo, con un mango del largo de una escoba para cortar la piel de la bestia marina. De repente, se abrió un buen corte en su pellejo y el gas de sus entrañas se escapó a la superficie en forma de explosión. Las tripas del animal comenzaron a escaparse de su cuerpo como si tuviesen vida propia. El ambiente comenzó a apestar como si la multitud que cotilleaba a unos metros hubiese comenzado a tirarse ventosidades al unísono.

El aroma no nos vino mal, ya que espantó a más de la mitad de los mirones. Así tuvimos más espacio para admirar al monstruo y enfrentarnos a él desde nuestra fantasía infantil. Descansaba plácidamente en la orilla. Sus rasgos se asemejaban a los de una persona. Aunque putrefacto, destrozado y hediondo, el gigante parecía descansar en paz.

—Paca, vámonos a casa, la ballena me asusta y huele a pedo —dijo Tono, en un amago de chuparse el dedo pero sin llegar a hacerlo.

—¡Cállate, idiota! ¿Acaso has visto antes algo parecido?

—No.

—Ni volverás a verlo.

Había sido testigo de muchas cosas desagradables en mi corta vida, pero

sin duda mi curiosidad insana por el cadáver de aquella ballena eclipsaba esa sensación de miedo y asco que sentía.

—Señor guardia, ¿nos haría una foto?

El Guardia Civil dudó, pero al final accedió con la condición de que nos esperáramos a que llegara el fotógrafo autorizado. Este tardó más o menos una hora en llegar, porque venía de Valencia capital y tuvo que acercarse un coche del cuerpo a recogerle. Lo contó todo cuando llegó, sudado como si hubiese venido trotando desde su casa. Era un hombre joven, muy delgado y bajito. Primero fotografió a la ballena desde varios ángulos, como era de esperar. Según dijo, aquellas iban a ser las fotos oficiales de hallazgo. Le llevó un buen rato. Después, cuando terminó, el Guardia Civil que nos había prometido la foto, le comentó algo mientras nos señalaba con el dedo desde lejos. El fotógrafo caminó hacia nosotros y nos dijo que nos colocáramos bien para no tapar al animal (como si pudiéramos). Nos sacó una foto con la cámara a los dos, al lado de la ballena, junto a otros niños igual de cotillas y latosos que nosotros.

Nos quedamos allí clavados hasta que acudieron un camión y una grúa enormes para llevarse el cuerpo de la ballena. La levantaron como si se tratase de los restos de un edificio y se la llevaron. La cola caía por la parte trasera del camión y casi tocaba el suelo.

—Señor guardia. —Le tiré de la manga de la chaqueta—. ¿Por qué ha venido la ballena a la playa?

El hombre, muy amable, aunque con cara de zapato usado, se llevó una mano a la boca, como pensando.

—No se sabe, niña. Las ballenas son animales caprichosos. Cuando se sienten enfermas o intuyen su muerte vienen a dejarse morir a las costas.

—¿Cómo saben que van a morir y por qué tiene que ser en las playas?

—Por su instinto.

—¿Y eso qué es?

—Pues es una especie de impulso que no atiende a razones y que nos lleva a hacer cosas sin saber motivo.

—¿Y qué van a hacer con ella?

—La enterrarán en el vertedero y después, cuando la carne se haya desprendido de los huesos, se exhibirá la osamenta en un museo o se donará a la ciencia.

El señor guardia nos dijo que ya era tarde, que nos fuéramos a casa con

nuestros padres. Se despidió de nosotros no sin antes ofrecerse a llevarnos a casa. Se suponía que no podíamos subir a vehículos de desconocidos, pero como se trataba de un señor de uniforme, muy formal, nosotros, tan idiotas, subimos al coche y el buen hombre nos acercó hasta Pontroig. En todo lo que duró el viaje, no pensé en otra cosa que no fuera la dichosa ballena.

Me fui a dormir con una sensación extraña en el cuerpo. De nuevo me costó mucho, pero al final, lo conseguí. El sueño que tuve fue realmente extraño. Solía tener pesadillas, pero no las recordaba al día siguiente. Aquella noche parecía estar viviéndolo todo de verdad y por eso fui incapaz de olvidarlo.

Estábamos Tono y yo en la casa de la calle de Austria. Desde la terraza se veía la casa de la tía Aurelia. Allí estaba ella, asando chorizos con patatas en un caldero. Nos llamaba haciendo señas con las manos. La acompañaba un niño al que ella llamaba hijo. Era demasiado pequeño para serlo, obeso y muy moreno. No tenía nada que ver con Alfonso, pero se llamaba igual. Había también un perro negro muy feo y muy triste atado con una correa.

Una vez en la casa nos hacía entrar en una habitación donde dormían dos gemelos; decía que eran hijos suyos también.

Después, una chica se abanicaba en la terraza. Se parecía a Auri, pero no era ella. Le preguntaba si se había cortado el pelo y me contestaba que sí, pero que no le quedaba bien, y se echaba a llorar. Luego decía:

—Esta mañana, Balbina y yo hemos encontrado a tu padre ahorcado. Le hemos quitado la ropa porque ya no le hace falta. Ahora tenemos que enterrarle. Lo siento muchísimo, Paca.

Después aparecíamos todos juntos cavando una fosa en un vertedero, venga a cavar. Apestaba como el demonio. A nuestro lado, había una ballena putrefacta que esperaba su turno para ser enterrada. De la tierra no paraba de salir miseria. Balbi decía:

—¡Maldita sea, qué asco!

Aquella fosa era tan grande que parecía una piscina. Después venía una ola gigante teñida de rojo y lo arrasaba todo. Entonces me desperté y esperé ansiosa a que Antonio abriera los ojos. Le repetí al oído varias veces:

—Ya es de día, ya es de día, ya es de día.

Antonio, por fin, abrió los ojos como un gato. Los tenía irritados.

—¿Qué pasa?

—Antonio, tenemos que encontrar al hombre que mató a padre.

—¿Por qué?

—Por el instinto, lo sé por el instinto.

## CAPÍTULO V

Desde que descubrimos el camino que llevaba a Pinedo, Tono y yo recorrimos la misma senda durante años, hasta que llegamos a un punto en el que ya estábamos tan crecidos que no se nos permitía hacer uso de la misma zona de la playa.

En el verano de 1946, las playas eran zonas de absoluta vigilancia; se consideraban lugares que propiciaban la inmoralidad. Como no había asuntos más importantes sobre los que preocuparse, los gobernadores y los obispos trabajaron bien duro hasta bien entrados los años sesenta para que las playas fueran un ejemplo de pureza y castidad.

La playa de Pinedo estaba dividida en tres zonas: una para hombres, otra para mujeres y otra para familias. De pequeños, Antonio y yo no nos enterábamos de todas esas milongas. Nos dejaban entrar en la zona de familias porque éramos hermanos, pero cuando empezamos a crecer nos mandaron a cada uno a una sección.

En la puerta de una de las casetas del baño colgaba un cartel en el que decía:

¡Mujeres!

Por patriotismo, por decoro social, por vuestra propia dignidad, las que acudáis a las playas, usad un traje de baño decente.

El recato llegaba hasta tales extremos que ni a un matrimonio con hijos le estaba permitido usar la misma caseta de baño. Estaba reglado mediante bando cómo tenían que ser los trajes de baño: siempre de cuerpo entero y con un mínimo escote, los de las mujeres, que debían incluir una pequeña falda. Enseñar el pecho era casi pecado, o sin el casi, y mientras no se nadase, no estaba permitido quitarse el albornoz.

Recuerdo que yo tenía miedo de dejar a Antonio solo, pero él se volvía

loco por ir a la playa sin mí. Entonces me acordaba de la tía Aurelia y le miraba. Se había puesto enorme; con su talla y su fuerza no me necesitaría para nada, si es que alguien se atrevía a meterse con él.

Me dirigía a la playa yo sola y alquilaba un traje de baño con las medidas reglamentarias; si podía ser verde, mejor. Me vestía en la caseta y salía con el albornoz, pero me lo quitaba en seguida. Y no era la única.

Normalmente, los de la “moral”, la guardia encargada de vigilar la decencia en las playas, hacían la vista gorda. Se paseaban por la playa despacio y a veces, con disimulo, miraban a las mujeres. Solo en contadas ocasiones les llamaban la atención a los bañistas. También se dijo de casos en los que alguien en la playa de hombres se llevó un bofetón o alguna multa; pero yo nunca vi nada de eso. Se habló mucho de Quiquet, uno de Pontroig, a quien le pusieron una sanción de treinta días de arresto por enseñarles el culo a una pareja de guardias civiles.

Paseaba por la orilla de la playa, sola, con el bañador faldero, mientras observaba las miradas indiscretas de las demás chicas. Eran muy diferentes de las de los hombres. Ellos observaban mi cuerpo con un movimiento de cabeza de arriba abajo; las miradas solían ser de aprobación. Las mujeres, mejor dicho, las chicas, mantenían la cabeza alta y ladeada; también miraban de arriba abajo, pero no movían la cabeza, solo los ojos. Sus miradas eran mucho más exigentes, menos amables, incluso sentenciosas. A veces, las escuchaba comentar:

—Es gitana, seguro.

—Sí, por eso es tan morena.

—Y tan flaca.

—No está tan flaca, ¿habéis visto qué caderas?

—Sí, pero no tiene pecho, parece una tabla.

Normalmente, no solía sentarme con ningún grupo de chicas. Notaba que el gesto les desagradaba. Nunca he soportado las falsedades, así que me tendía en la arena sola y, mientras miraba el mar de reajo, pensaba en aquella ballena muerta, en el lugar de donde vendría, y la imaginaba con vida. Si eso, a lo que llamaban instinto, la había llevado a morir a la costa, a mí me estaba llevando a buscar al canalla que mató a nuestro padre. Por culpa suya pasamos de ser los hijos de un médico con posibles a convertirnos en pequeñas ratas mendicantes. Pobrecitos. A todos les dábamos pena. ¿Y qué hacía la gente por nosotros? Nada; bastante tenían con hacer algo por sí mismos.

No era justo. Mientras unos iban a misa todos los domingos y comían sobre manteles de tela, otros nos llevábamos la peor parte, dependiendo de en qué familia hubieras nacido o de cuál no te hubiesen privado. Si hubiera podido tener a aquellos sujetos delante de mí, en aquellos momentos los hubiera fusilado, tal y como ellos hicieron con mi padre. Nosotros, mi hermano y yo, también teníamos una ballena que enterrar.

Así se me pasaba casi todo el tiempo que estaba en la playa, pensando en la ballena o en Antonio, en mi padre o en mi madre, que tan pronto nos habían dejado. Luego, me dormía y a menudo me despertaba con la piel repleta de quemaduras. Al final del día venía a buscarme alguno de los guardias para avisarme de que Antonio me esperaba fuera. Recogía mis cosas, devolvía el traje de baño e iba al encuentro de mi hermano, que siempre se quejaba:

—Quiero una chica.

—¿Una silla, Tono? Haberla pedido prestada.

—Una silla no, una chica.

—Ya me tienes a mí.

—Sí, pero tú no me sirves.

Yo no sabía qué contestarle. La adolescencia fue para mí, para nosotros, una época terrible.

Antonio me dejaba en vergüenza muchas veces. Cuando nos cruzábamos con chicas de buena apariencia por la calle, las miraba obscenamente o les hablaba como si las conociera de toda la vida. Algunas se reían de él, otras eran amables y simpáticas. No sé cuáles me parecían peor, si las que eran sinceras o las que trataban a mi hermano como un pobre subnormal.

Hubo una vez que Antonio creyó enamorarse de una peluquera; la esperaba todos los días en la puerta de su casa hasta que salía y la acompañaba a la parada del autobús. Era amable con él y conversaban. Hasta que mi hermano terminó por darse cuenta de que no le trataba como a los demás. Nunca sería igual que el resto de los hombres para una chica. Era una lástima; de no ser deficiente hubiera sido un hombre muy deseado: alto, fuerte, moreno de ojos claros, igualitos que los de mi padre, de un azul tirando a gris, como los de algunos gatos muy hermosos que no han sido resultado de muchos cruces. Los míos, sin embargo, son de un verde sucio, amarronado; la tía Aurelia decía que eran como el agua de las acequias. Qué bruta era.

A veces, Antonio se quejaba de sus ganas de mujeres con los demás trabajadores y ellos se limitaban a bromear con él. Hasta que un día se le

ocurrió confesarle sus penas a Boluda, un jornalero sobre el que siempre he pensado que le faltaba un hervor, como a Antonio. Aunque no llegara a subnormal, poco le faltaba.

Boluda dijo tan fuerte que pude escucharle:

—Tono, si quieres una chica, tendrás una chica.

Y se volvió para mirar pícaramente al resto, que se rieron con descaro, como monos en un zoológico. Yo le grité desde el lugar donde me encontraba:

—Una chica, ¿eh? ¿Qué te crees, que me chupo el dedo?

—Paca, cállate. No grites como una verdulera que tú en estos asuntos no tienes nada que opinar —respondió Boluda, también a grito pelado.

Y volvieron a escucharse las risas de simio.

—Tono, ven aquí —le ordené a mi hermano, pero no me hizo el menor caso.

—¿Con quién prefieres irte el domingo, Tono, con Paca o con nosotros a ver a las chicas?

—Con vosotros.

Antonio se sonrojó y caminó hacia atrás como con vergüenza, hasta colocarse al lado de Boluda, que me sonrió como el que acaba de ganar un premio en una tómbola.

—Sí, Tono, ven; hablemos de cosas de las que tu hermana no entiende —dijo en tono burlón.

Yo bajé la mirada hasta el suelo; los demás ya no se rieron. Cuando levanté la vista, Antonio se alejaba con Boluda cuchicheando. Armengol, otro jornalero, diría yo que muy viejo para trabajar, me agarró de un hombro cariñosamente y me dijo:

—Paca, tu hermano no tiene vida, déjale que tenga una alegría por lo menos.

—No lo entiendo, Armengol.

—No hace falta que lo entiendas.

Armengol me apretó el hombro cariñosamente y se alejó. Yo, con una sensación de descontrol que no sabría describir, me dirigí a la casa de Alfonso. Pensar a dónde iban a llevar a mi hermano aquella panda de animales me provocaba el vómito. Era un crío grande y los niños no debían acceder a ciertos placeres, vicios que no comprendían, porque no sabían distinguir los servicios previo pago de los afectos que se obtienen de verdad. Pensé que tal vez lo más sensato fuera hacerle caso a Armengol. En el fondo tenía razón,

Tono no había tenido vida, ni la tendría nunca.

Ajena a todo lo que me rodeaba, caminé hasta la casa casi llorando. Cuando llegué, Alfonso dormía y el suelo estaba plagado de ratas muertas; él les echaba veneno antes de acostarse y caían como moscas. Roncaba ruidosamente, me ponía enferma. Había noches que no me dejaba pegar ojo, aunque ya estaba acostumbrada. Cuando se despertó, me encontró en el porche. La gata, preñada y llena de garrapatas, dormía a mis pies. Debió darse cuenta de que no tenía un buen día y me preguntó:

—¿Qué te pasa? —dijo con los ojos entreabiertos, poniéndose una mano delante de la cara para que no le diese el sol.

—Nada.

—Algo te pasa —insistió.

—Se han llevado a Antonio.

—¿A dónde? —su voz sonó desinteresada.

—A una casa de putas, creo.

Después de un largo silencio hablamos de nuevo, aunque Alfonso era hombre de pocas palabras:

—Espero que Antonio no se gaste todo el jornal en eso.

—Esperemos. Alfonso, ¿verdad que tú no eres así? —pregunté con mis ojos clavados en los suyos.

—No hay hombre que sea bueno del todo, Paca —contestó, huyendo de mi mirada.

Con una sensación asquerosa en el cuerpo fui a acostarme. Al día siguiente, cuando desperté, Tono, a mi lado, dormía con el sueño profundo de la resaca. Le desperté de un empujón. Era lunes y había que ir a trabajar.

En el huerto, mi hermano se movía pesadamente, estaba cansado y le dolía la cabeza. Los demás no paraban de gastarle bromas malsonantes.

—¿Cómo decían las putas, Tono? —gritaban, desde la otra punta del huerto.

—¡Hola, chato!

Todos se reían como si no hubiese un mañana y seguían con su hiriente interrogatorio, tratando a mi hermano como si fuera una atracción de feria.

—¿Te gustó la tuya, Tono?

—No me gustó ninguna, eran viejas y no llevaban bragas —decía mi hermano, mientras daba un manotazo al aire y se reía.

—¡Pues la próxima vez pagas tú!

Por lo menos, me tranquilizaba saber que no había pagado. Hubiera sido demasiado que encima de llevarle de bufón le hicieran rascarse el bolsillo.

—Una de ellas conocía a Pepe, el Ruso. Por lo visto, a la puta le dio un nombre falso; pero en Pontroig todos le conocemos. Con un par de datos, ya sabes de quién se trata —comentó sin venir a cuento uno de los mozos.

—¿Quién es Pepe, el Ruso? —pregunté, desentendida de Tono y los otros.

—¿No sabes quién es Pepe, el Ruso? —dijo un idiota que se llamaba Melero, con cara de no creérselo—. Paca, ¿tú en qué mundo vives? Pepe, el Ruso, se cargó a unas diez personas en el pueblo, pistola en mano, al comenzar la guerra. Se escapó en un barco que iba para Rusia.

—No sabía nada de eso; Tono y yo éramos pequeños por aquel entonces.

Melero contó:

—Una noche, al comenzar la guerra, el Ruso se metió la pistola en el bolsillo y fue de casa en casa, remando con la barca por L'Albufera. Primero disparó a los hombres que tenían casa en el puerto y luego, cuando hubo tirado sus cuerpos al agua, llegó en bicicleta por el término hasta el pueblo, cruzando la vía del tren. Allí fue a las casas que le quedaban en el barrio de las barracas y mató a dos o tres hombres más en plena noche. No se sabe qué fue de esos cadáveres.

Tras escuchar aquella historia me quedé muda. Por experiencia, sabía que era mejor callar y dejarles hablar.

El resto de los jornaleros empezaron a meterse con Melero, que disfrutaba contando la historia de Pepe, el Ruso, sintiéndose el centro de atención: que si era un cuentista, que si todas esas patrañas sonaban a mentiras, que si esto, que si lo otro.

—Cuéntanos más, Melero, así nos entretenemos—mentí.

Melero, encantado de ser escuchado probablemente por primera vez en su vida, siguió parlotando como si se le hubiera desatado la lengua:

—Pepe Domingo se fugó a Rusia cuando se acabó la guerra. Dejó a su mujer y a su hijo abandonados a su suerte, el sinvergüenza. La mujer del Ruso se tuvo que buscar la vida trabajando de lo que fuese, en Valencia capital. Pepe, el hijo, se quedó al cuidado de los dos padres de ella, que ya eran demasiado viejos para hacerse cargo del niño. Casi se lo traga la mierda en casa de los abuelos. Al ser de padre republicano, nadie le dirigió la palabra en todo el pueblo después de la fuga. Y el hijoputa del otro, aún sigue en Rusia, que sepamos.

—Y si está en Rusia, ¿cómo es que la mujer del burdel le conocía?

—Y yo que sé —miró la colilla de su cigarrillo antes de lanzarla lejos—. Le conocería de antes.

Intenté adivinar por un momento como sería Pepe el Ruso. En mi mente pude verle como un auténtico criminal, con la cara como el cuero, los ojos muy negros y una enorme cicatriz en la mejilla, tal vez en el ojo... y feo, muy feo. Solo de imaginármelo, ya me daba miedo.

—¿Y dónde vive ahora Pepe hijo?

—No lo sé, creo que en Manisses —dijo Melero. Los demás ya se habían ido, aburridos de las historias que repetía hasta la saciedad. Pero yo seguí allí, sintiendo que aquello era importante.

Fingiendo que me interesaba mirar el huerto, pregunté:

—Pero los abuelos siguen viviendo aquí, ¿no?

—Los viejos aún viven en la calle de atrás de donde vivía tu tía Aurelia; la calle L'Alcudia, la casa más vieja de todas, la que se está cayendo a trozos. Esa es la de ellos.

No pregunté más y me marché.

Fue un día terrible; a decir verdad, todo el año estaba siendo para olvidar. Ya en casa de Alfonso me lavé con la palangana caliente y una pastilla de jabón. Por aquel entonces la gente se aseaba por partes, no de una sola vez. El jabón, hecho en casa, olía bien pero no conseguía que nos deshiciéramos nunca de ese tufo humano, empalagoso y a grasa caliente.

Me acosté al lado de mi hermano, como siempre. No escuché los ronquidos de Alfonso ni noté los magreos de Tono. A veces me tocaba, cuando pensaba que yo estaba dormida. Aquella vez, no escuché ni los crujidos de los muebles; me dormí como una muerta.

Volví a soñar que estaba en Pinedo, junto a la ballena que lloraba histérica. Yo correteaba alrededor de ella como un pollo sin cabeza, chillando:

—A este pobre animal ya tenían que haberlo enterrado. ¿Qué hace aquí? ¡Señor guardia!

Pero el señor guardia no aparecía por ninguna parte. La ballena siguió gimoteando hasta que me desperté de buena mañana para ir a trabajar. Allí, en la huerta, mientras miraba a Melero de reajo, se me ocurrió una idea: al terminar la jornada dejaría a Tono en casa y, con la excusa de ir a hacer un recado, me desviaría hasta la casa de los suegros de Pepe el Ruso.

Como Tono era tan gandul, no fue difícil convencerle para que se quedara en casa con Alfonso; con la excusa de que yo tenía que ir a hacer unos cuantos recados. Le dejé allí y emprendí mi camino hacia la casa de los padres de la mujer de Pepe el Ruso. Hice lo que Melero me dijo, entré por la calle del Trinquet, donde estaba la casa de la tía Aurelia, y luego me colé en la paralela, junto a un rótulo con letras azules sobre fondo blanco que decía: "Carrer de L'Alcudia".

Caminé calle abajo hasta que encontré una casa, que más bien parecía una choza, en los arrabales del pueblo. Toqué a la puerta con la aldaba en forma de puño; tardaron una eternidad en abrirme. Tras la puerta chirriante apareció una mujer anciana, con una nariz que parecía una patata. Desde dentro de la casucha me llegaba el olor a suciedad. La vieja me miró de arriba a abajo con cara de asco, y me preguntó desdeñosa:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Paca, soy de aquí, de Pontroig.

—¿Y qué quieres?

—Quería hacerles unas preguntas sobre su yerno, al que le llaman Pepe el Ruso.

De repente apareció el marido dando voces. Nos debió escuchar desde la habitación contigua:

—¡En esta casa nadie quiere hablar de ese sinvergüenza, mal parit!

— ¡Ustedes me lo deben, se lo deben a todo el pueblo! —les grité.

—Nosotros no le debemos nada a esa gentuza. Para nosotros, Pepe el Ruso está muerto. Por un momento pensé que el abuelo me iba a arrear un bofetón. Entonces la vieja me sacó del portal a empujones.

—Vete de aquí, no sea que te vea mi nieto, que entonces sí que se armará una buena.

Y me cerró la puerta en las narices. No pude resistirme y desde la calle les grite:

—¡Viejos asquerosos! ¡Hijos de puta!

Seguramente, no me oyeron; la gente mayor es dura de oído. Yo me alejé cabizbaja y despagada.

Cuando llegué a casa de Alfonso, Antonio me preguntó que dónde estaba el encargo. Le contesté que las tiendas ya habían cerrado.

## CAPÍTULO VI

Los días pasaban, y los meses y las estaciones. Yo seguía con las manos vacías y me consolaba diciéndome a mí misma una cosa que aprendí de Alfonso: "Tengo salud y el sol cuando sale", aunque no era gran cosa.

La vida transcurría de forma monótona, más bien aburrida. Del huerto a casa y de casa al huerto, con las labores domésticas que nos repartíamos Alfonso y yo y las pocas compras que podíamos hacer: pan, azúcar, aceite o patatas y, casi nunca, carne o bacalao.

Un día, compramos una calabaza grande para comer los tres y la llevé a asar al horno. Por casualidad, me encontré con Juanito, un calavera. Era, según decían, un hombre muy inteligente. Había estudiado para maestro en Valencia capital, pero su querencia por la bebida le había arruinado hasta el punto de hacerle perder el juicio. A veces, cuando estaba muy borracho, se disfrazaba de cura y se arrastraba por la calle caminado de rodillas y rezando a grito pelado. Era todo un espectáculo.

Así como quien no quería la cosa, a Juanito se le desató la lengua y comenzó a hablar porque estaba un poco bebido aquel día: que si aquí en la guerra mataron a muchos, que si a fulano lo fusilaron y a mengano también. Mientras hablaba, se podía palpar la incomodidad del hornero que miraba hacia el suelo e intentaba no contestarle. Entonces, Juanito soltó:

—El que se libró por los pelos fue Sento, el chaval de la Pequeñita, estuvieron a punto de llenarle los sesos de plomo. Se lo llevaron de paseo, pero a última hora, como era un crío, le dejaron escapar.

El hornero seguía sin mirarnos, muy concentrado en unos pasteles de gloria que metía en el horno. Después no hizo más que sacarle la cuenta a Juanito de las botellas que se llevaba. Mientras se sacaba la cartera, yo escondí en mi cesto dos paquetes de tabaco y una botella de coñac pequeña sin que el hornero se enterara. Pagué la calabaza y salí disparada para seguir a Juanito bien de cerca, hasta que le atrapé.

—Juanito...

—Qué.

—Si me cuentas bien todo lo que has dicho ahí dentro, te doy esto —dije, mientras abría el cesto y le enseñaba el contenido.

—Y la calabaza —añadió, con su habitual tono rasposo.

—No, la calabaza no. Tendrás que conformarte con esto.

—Bueno.

—Te acompaño hasta tu casa.

Caminamos calle arriba y empezó a llover. Pasó un viejecito por nuestro lado; el pobre hombre no llevaba paraguas y se estaba mojando. Juanito y yo nos cobijamos debajo de un balcón e invitamos al abuelito a que se quedara con nosotros hasta que la lluvia parara. Él se rió y, escurriendo el agua de la boina que llevaba, comentó:

—Siempre igual, en la última quincena de agosto caen un par de buenas tormentas.

Al final, la lluvia torrencial paró y, cuando ya solo caían cuatro gotas, el señor se despidió de nosotros y se fue. Juanito hizo un ademán de seguirle, pero le agarré por el brazo. Él miró de reojo el cesto donde yo llevaba la botella y el tabaco. Miró a un lado y a otro y empezó a hablar.

—Lo único que sé es que Vicentito era un mocoso cuando le detuvieron. En el pueblo se dice que le soltaron por misericordia. Quien puede contarte algo más es Dora, la viuda de Joaquín el Trabuco, uno de los que fusilaron en guerra y que iba en el furgón con él ese día; aunque a ese lo cosieron a tiros en otro sitio, no en la puerta de su casa como a tu padre, que dentro de su desgracia tuvo suerte.

—Gracias, Juanito, Dios te lo pague.

—Me lo paga, me lo paga —dijo Juanito, mirando la botella con los ojos casi en blanco. Sonrió enseñando toda una fila de dientes negros; era todo lo que quedaba de su dentadura.

Le acompañé hasta su casa. El pobre iba tambaleándose. Mientras tanto, desgañitándose y sin poder disimular la borrachera, cantaba:

—Dios, el Señooorr... Dios, el Señoooooorr...

La gente que se nos cruzaba por la calle nos miraba, seguro que sorprendida de la extraña pareja que hacíamos.

\*\*\*

La casa de Dora era algo menos modesta que las demás. El gobierno tuvo

en cuenta a las viudas de los nacionales, pero no a sus huérfanos.

Dora había sido una mujer de buena presencia. Recuerdo cruzármela por la calle cuando yo era niña. Siempre me quedaba sorprendida mirándola. No es que fuera guapa, pero digamos que era de esas personas que van flotando por la vida. Supongo que a los hombres debía parecerles muy atractiva, con su cintura estrecha y sus rizos prietos color canela. Nunca llegamos a hablar, pero yo sabía quién era ella y ella quién era yo.

Llamé a la puerta que, aunque vieja, estaba bien cuidada. Tras ella escuché unos pasitos suaves. La puerta se abrió chirriando y apareció Dora vestida con modestia, pero con la ropa tan planchada y bien conservada como la puerta que hacía unos minutos estaba yo aporreando. Sin embargo, había envejecido mal. Hacía mucho tiempo que no la veía por la calle; se le había ensanchado el cuerpo y tenía la cara inflada, sobre todo la papada y las bolsas de debajo de los ojos; el pelo le clareaba por la zona de las raíces. Me pidió que cuando entrase, por favor, no le pisara los dorados. Tenía voz de mosquita muerta y hablaba para el cuello de su camisa.

—Buenos días, Dorita.

—Buenos días, Paca. Qué fuerte llamaste, me has asustado.

—Perdona, no fue adrede. Tienes una casa preciosa.

—Gracias, me mato limpiándola. Es todo lo que me queda.

—Eso, y los niños.

—Y los niños, sí. Dime, Paca, ¿de qué querías hablar conmigo?

—Será mejor que nos sentemos. Vayamos al patio, si tienes sillas.

—Tengo unas sillas, sí. Espera, que saco una jarra de agua.

Yo coloqué dos sillas que había en el patio de la casa. Me fijé en que antiguamente hubo un corralito para gallinas, pero ya no quedaba ni rastro de ellas. Dora llegó en seguida con una jarra de agua y dos vasos en la otra mano, uno sobre el otro. Se sentó e intentó desencajar los vasos, pero le temblaban las manos. Uno se le rompió y se hizo un corte en la mano, de la que brotó un poco de sangre. Le tendí un trapo que había sobre la mesa para que se apretara la herida. Ella me dio las gracias y tuvo la intención de llenar de agua el vaso que no se había roto.

—Déjalo, Dora, no tengo sed. Deja el agua para los niños.

—Está bien, Paca, tú dirás.

—Voy a serte sincera, Dora, he venido a pedirte ayuda. —Noté cómo la sangre me subía a la cabeza—. Necesito preguntarte cosas sobre la noche que

mataron a tu marido.

—No, Paca, ¡por el amor de Dios! Eso no te atrevas ni a mencionarlo.

Me hizo señas con las manos para que bajara la voz. Se levantó, miró por la ventana y luego la cerró.

—¿Qué te ha contado el imbécil de Juanito?

—Me dijo que tú podías ayudarme, que sabías cosas sobre lo que pasó aquella noche.

—Juanito es un tarambana y un maleante. Seguro que cuando te lo dijo estaba bebido.

Me entraron ganas de soltar una carcajada nerviosa, pero me aguanté.

—Juanito siempre está borracho, pero dicen que cuando uno bebe siempre dice la verdad.

—No, Paca, no voy a contarte nada. Por favor, tienes que irte. Tengo dos hijos y soy lo único que les queda.

—Ellos te tienen a ti, pero Tono y yo nos quedamos solos. Piénsalo, Dora. Tienes que contarme lo que sabes.

—Me acuerdo de muy pocas cosas. Fue el 19 de septiembre del treinta y seis, a medianoche. Sacaron a mi marido de la cama y se lo llevaron a empujones, mientras les suplicaba que le dejaran en casa. Yo estaba muerta de miedo. Creí que era una pesadilla y que de un momento a otro me iba a despertar, pero no.

—Dora, ¿sabes si en ese furgón iba Sento, el hijo de la Pequeñita?

Entornó los ojos, como intentando recordar.

—Ese día no le vi, pero se supo después que sí, porque al final no le mataron. Pararon el furgón en plena calle y le hicieron bajar, sabe Dios por qué.

—¿Qué más viste?

—No puedo, Paca... —deslizó la mano sana por la falda, dejando una mancha de sudor.

—Por favor.

—No quiero ponerme en peligro, ni a mis hijos tampoco. Por favor, vete, ya hemos hablado suficiente.

Se acercó y me agarró suavemente del brazo con sus manos húmedas. Me di cuenta de que no tenía nada que hacer. Pero insistí.

—No lo entiendo.

—Esto solo se entiende cuando se tienen hijos.

Dora me invitó a levantarme de la silla y me acompañó hasta la salida con sus pasitos vacilantes de bailarina coja. Abrió la puerta y me empujó suavemente hacia fuera, con una falsa expresión de amabilidad en la cara. Yo le di las gracias y me despedí de ella, decidida a volver a casa otra vez con el rabo entre las piernas.

Con la poca información que había conseguido sacarle a Dora, me dediqué a vagar de esquina en esquina por todo el pueblo, pegando la oreja en cuanto escuchaba el menor comentario sobre Pepe el Ruso, Sento o su madre, la tal Pequeñita. Del Ruso no circulaban más que embustes; historias tan fantásticas que, de haberlas escuchado él mismo, estoy segura de que se hubiera muerto de la risa. No cabía la menor duda de que todo eran mentiras. De Sento no se hablaba demasiado; le tenían como una persona oscura en la que no merecía la pena confiar, pero de la Pequeñita se decía de todo: que si tenía un cuarterón de gitana, que si en la caseta del huerto en la que vivía se dedicaba a ejercer el oficio, que si se entendía con éste o con el otro. Por lo visto, se había enredado con todo el que había querido y más. Nunca se había casado. Vicentito (Sento), no sabía ni quién era su padre.

Pronto entendí que de aquello, bien poco se podía sacar; pero lo que realmente me extrañaba era esa especie de silencio que se adivinaba tras los chismes estúpidos que circulaban de boca en boca y que servían de bálsamo para aliviar los dolores provocados por las ausencias y las preguntas sin respuesta que dejaban tras ellas; como si a aquellas personas una suerte de enfermedad les hubiera obligado a olvidar todo lo que habían visto, oído e incluso padecido durante la guerra.

Pepe el Ruso me interesaba, pero por más leyendas que hubiese dejado tras de sí no estaba en mi mano hablar con él, me quedaba un poco lejos. La Pequeñita podía ejercer el oficio más antiguo del mundo en su caseta de la huerta y entenderse con quien le diera la gana. Cada uno se buscaba la vida como podía o como le dejaban. No me servía de mucho seguirle la pista. Quien realmente podía tener algo que ofrecer era Sento, su hijo.

De Sento se decía que era un delincuente, un gitano (aunque sus ojos eran muy azules y su tez lechosa), que se dedicaba al estraperlo y se pasaba la vida en los bares, más bien tramando malos arreglos que haciendo amistades. En Pontroig se contaban montones de mentiras. Tras la guerra, cualquier vecino pobre pasó a ser considerado automáticamente un malhechor y un sinvergüenza. Ya podía ser una bellísima persona, que no había manera.

Sento se había ganado tal fama de golfo que no me fue difícil dar con él. Solo necesité pasearme por la puerta de todas las tabernas de Pontroig hasta encontrar al gallo más chulo del corral. Fue en “La sirena”, uno de los bares de la avenida, donde le vi por primera vez. Enseguida le reconocí. Y eso que antes de aquel día no le había visto en mi vida. Estaba sentado en una de las mesas de la calle, fumando y jugando a la baraja con un caballero que bien podría haber sido su abuelo. Dominaba las cartas como si hubiera nacido con ellas en las manos; las mezclaba, le daba caladas al cigarro y le sonreía al viejo, mirándole con sus ojos de lechuza. Se veía que no quería mal al anciano y que le estaba dejando ganar, entre otras cosas porque no había ni rastro de dinero sobre la mesa. Supongo que se trataba de una simple partida amistosa.

Yo pasé como una sombra por delante del bar. De repente, me sentí muy avergonzada. Él levantó los ojos y me miró sin verme. Recé para mis adentros para que ningún hombre de los del bar ni de los de la calle me dijera nada. Aceleré el paso. Cuando ya hube llegado a la esquina de la calle respiré de tranquilidad; ya estaba a salvo. Entonces, escuché de lejos:

— ¿Por qué te vistes de chico? ¡Con lo guapa que eres!

No me atreví a girarme para ver quién era. Sabía que no había sido ni Sento ni el viejo, porque la voz era la de un hombre de mediana edad. Eché a correr, quería que la tierra me tragara. Hasta ese momento, nunca se me había pasado por la cabeza si me vestía bien o mal. Me incomodaba que los hombres me hablaran por la calle sin conocerme de nada. Yo siempre les decía que se callaran, que calladitos estaban más guapos.

De camino a casa, me dediqué a mirarme de reojo en todos los cristales. Se comentaba que yo era guapa, que me parecía a mi madre, con ese pelo tan negro y esas piernas tan flacas, pero que era una lástima que tuviera toda la mala uva de mi padre. Hasta entonces, esos comentarios siempre me habían parecido tonterías. Puede que para una mujer de buena familia eso fuese una ventaja, pero viviendo en la miseria se convertía en un inconveniente que acababa provocando más bien mala vida, así que lo mejor era olvidarlo y no hacerse ilusiones para que después acabasen en nada.

Al volver a casa, fui a por la escalera de mano y subí al almacén. Hacía días que Alfonso había traído de casa de Auri varias bolsas de ropa que ella ya no usaba, por si me servía algo. Estaban apiladas en una esquina junto a los sacos de arroz. Nunca coincidimos en gustos, pero como a mí todas esas cosas me importaban un rábano, cogí las dos bolsas, me las cargué a la espalda

como si fueran sacos y las guardé en mi dormitorio.

Normalmente, Auri solía ser insulsa en su manera de vestir; le gustaban los colores desaboridos, rosa o azul celeste, maravillosos para un prado en primavera, pero no para llevarlos puestos. Acababa pareciendo un payaso o un gigante cabezudo vestida de esa guisa. Para una niña podría resultar adecuado, pero no para una mujer hecha y derecha que debía guardar la compostura. Más siendo pobre y debiendo respetar el luto como era mi caso y el de ella.

Últimamente, Auri se había acomodado. Después de casarse, el cuerpo se le había deformado sin remedio. Quién la había visto y quién la veía. Por eso mismo tenía en mi casa un saco de prendas casi a estrenar.

Entre tanto trapo indecente y de mal gusto, por fin encontré algo que podía sentarme bien. Era un vestido negro con encajes y alguna que otra piedra brillante. El vestido con el que se casó. Me lo probé. Me quedaba casi como un guante, a excepción de la parte de los hombros que me estaba un poco grande; pero con unos arreglos de costura se podría ajustar, pensé. “Es demasiado elegante para mí”, me dije dando una vuelta con él frente al espejo. Seguramente nunca encontraría la ocasión para ponérmelo. Me lo quité con un poco de rabia y lo tiré detrás de la cama.

\*\*\*

Un par de semanas después llegó Balbina para llevarse la ropa que había quedado.

—¿Qué? ¿Te ha gustado algo?—preguntó con su voz hombruna.

—No, la verdad.

—¡Ay, Paca, siempre igual!

Tosió con el pecho cargado y escupió en el suelo.

—Bueno, hay un vestido negro con encajes. Pero no vale la pena, no creo que lo use nunca.

—El vestido de novia, quédatelo.

—¿Para qué Balbi? Se lo comerán las polillas.

—Póntelo para la procesión. A ti, que te gusta tanto ir a la Iglesia, ¿cómo es que nunca has salido a acompañar al Cristo? —soltó una carcajada que sonaba como una pandereta, de tanto moco.

—No sé si eso es para mí.

—Vamos, Paca, solo una vez. Hazlo por tu fe.

Me dio una palmadota en el brazo que casi me tumba.

—Si lo hago, no será por otra cosa.

Balbi metió su brazo corto y regordete en la bolsa y sacó el vestido de un tirón con menos finura que un jornalero de la naranja. Me lo tendió en las narices como si fuera un trapo de lavar el suelo, todo arrugado.

—Toma, y no seas tonta; ni se te ocurra decir que no sales. Que te vean los mozos, a ver si alguno te habla.

—A ver quién es el guapo que se atreve.

—¡Qué cosas tienes!

Balbi, me plantó dos besos en las mejillas y se despidió. Se alejó sonriéndose, con esa forma de andar que tenía, como si se acabara de bajar de un caballo.

Siempre he sido una buena cristiana, como lo fueron mis padres, que en paz descansen. Mientras me ha sido posible, no he faltado ni a una sola misa de domingo, ni a la del gallo ni a la de los santos oficios. A pesar de eso, padre Dios no me ha bendecido especialmente en mi vida, pero yo sigo creyendo. Otra cosa son las procesiones y las fiestas en honor a los patronos, a las vírgenes y a los santos. Eso son excusas que se ponen quienes las organizan para pasearse engalanados por el pueblo, emborracharse y levantarse tarde al día siguiente. Pero también sirven para algo más: para que las niñas desfilen y se dejen ver por los mozos. Eso ha funcionado toda la vida a las mil maravillas.

Me pensé mucho lo de acompañar al Santísimo Cristo en la procesión de San Miguel, con aquel traje negro con destellos, aquella teja y aquella mantilla que me prestaron. En el fondo, me parecía un insulto a Dios hacer esa sarta de tonterías. Me imaginaba pasando emperchada por delante del bar “La Sirena” y a Sento allí, con sus grandes ojos, mirándome ávidamente, mezclando las cartas de su baraja y sonriendo con picardía. ¿Y si días después me sorprendía presentándose en casa para hablar con Alfonso de mí? Entonces decidí que tenía que ir por mucho que me pesara.

Salí en procesión desde la casa de Auri; allí me arreglé. El sol ya se estaba poniendo y el cielo se teñía de malva. De camino me encontré con muchos vecinos que me miraban y sonreían. Yo me sentí avergonzada, como si conocieran mis intenciones. Me lavé aquel día y pasó una vecina a peinarme. La señora tenía cierta maña y me hizo un recogido que no se veía; lo tapaban la teja y la mantilla negra. Me pintó un poco los labios y las mejillas, muy

poco, porque yo no la dejé seguir. Después, con pasos temblorosos, me acerqué al armario donde tenía colgado el vestido negro, lo contemplé de arriba abajo y me lo puse, sintiéndome como si fuese Ava Gardner.

Auri me miró desde la cama donde estaba sentada y se echó a llorar de repente. Yo me miré al espejo. En mí se despertó una alegría amarga y maliciosa. Me entraron ganas de reírme a carcajadas, pero me tuve que aguantar. En fin, para alguien como ella debía de ser difícil dejar de ser la rosa del jardín.

Balbi y la vecina me acompañaron a la puerta de la casa. Auri no quería salir para que no se le vieran los ojos rojos. Esperamos un rato en el portal hasta que se acercó la comitiva a la que presidían las andas de todos los santos del pueblo, los comuniantes, los festeros, los feligreses con sus cirios; el de los hombres era grande, el de las mujeres pequeño. Olía a murta y a pólvora por todas partes y se escuchaba el sonido de los instrumentos de viento. Yo estaba muy nerviosa. Los vecinos que estaban sentados a las puertas de sus casas me aconsejaban dando voces:

—Cuando pase la camarera del Cristo, le preguntas: ¿Amparito, puedo entrar? Ya verás cómo te dice que sí. Y si no te atreves, se lo digo yo.

Pero no fue necesario pedirle permiso a la camarera. En cuanto pasó el Cristo, no tuve elección. Balbi me dio un empujón bromeando y me tiró en medio de la calle. La tal Amparito, una chica muy alta y silenciosa, me miró y me sonrió asintiendo, con lo que supuse que eso era un sí. Me incorporé lo más seria que pude tras las señoras (todas ya maduras). Me pareció correcto colocarme la última, a las personas mayores siempre se les debe guardar respeto y cederles el mejor lugar. Las imité en todo lo que pude.

Desfilas delante del Santísimo Cristo significaba, al menos entonces, marchar despacio y en silencio. Afortunadamente. Así no había necesidad de escuchar piropos vulgares. Mientras caminaba sosteniendo el cirio (que se derretía sobre mi mano y me quemaba), observaba las expresiones de algunos hombres que me miraban con la boca desencajada. Los había que podrían haber sido mi padre. Y allí, marchando en procesión, vestida de domingo, me percaté de que había unos cuantos caballeros que pensaban en otras cosas que no tenían nada que ver con nuestro Señor, precisamente. Simplezas tales como el movimiento de un cuerpo bajo la tela fina de un vestido. Les disculpo. Yo, lo único que hacía era buscar a Sento en cada uno de los rostros que me miraban como los gatos. A veces me parecía reconocerle, pero me volvía

disimuladamente para mirar bien y comprobaba que le había confundido con otro.

En un momento dado, cuando llegábamos a la esquina de la calle que sube a la iglesia, y mientras mis ojos buscaban los de Sento, se cruzaron con los de otro. Era un joven atractivo, a diferencia de todos los demás hombres que venían comiéndome viva todo el camino. Un adolescente alto y fuerte, con una sonrisa desvergonzada, muy moreno, con los ojos como la noche. Tendría un par de años menos que yo. Me miraba como si hubiera visto un fantasma. Era cómico. Me entraron ganas de reír, con tan mala suerte que solté una carcajada rompiendo el silencio.

Marina, una rubia de aspecto sanote que caminaba delante de mí, se dio la vuelta con cara de muy mala uva y me llamó la atención:

— ¡Paca, o te comportas o te vas! —Me clavó sus uñas de gallina en el antebrazo.

—Perdona, Marina, ha sido sin querer.

Me volví para ver otra vez al chaval que me miraba. Se había apoyado en la pared como si le doliera la espalda y sonreía sin enseñar los dientes. Seguí caminando. Los pies me estaban matando. Se diría que había caído por error en una trampa para animales. Ya quedaba poco para terminar. Enseguida, la comitiva llegaría a la iglesia de nuevo. Volverían a dejar al Cristo y a las demás imágenes en su lugar y se tirarían una traca.

El séquito de personas parecía un río iluminado, como un desfile de gusanos que se arrastraban lentamente hacia su nido. El clima era agradable, la brisa de septiembre refrescaba los pedazos de piel que la ropa dejaba al descubierto y el aire olía a murta, a pólvora y arroz. La calle todavía no se había secado tras la lluvia (las primeras semanas de septiembre siempre llueve en Pontroig) y eso favorecía la mezcla de olores.

Por fin llegamos a la iglesia. En la puerta estaban Tono y Alfonso esperándome, con sus trajes de toda la vida, desgastados y algo descoloridos, sobre todo el de Alfonso. Tono me dijo que vestida así no parecía yo.

El Cristo entró en la iglesia ayudado por los portadores del anda; le siguieron el resto de imágenes y, por último, la de la Virgen de Agosto. La figura de la Virgen de la Asunción representaba una bella mujer muerta, acostada, con las manos entrelazadas en el pecho. Una mantilla de encaje blanco cubría su cabello de cerámica, que caía con elegancia sobre sus hombros. Había visto la imagen en multitud de ocasiones, pero nunca tan de

cerca. De pronto comencé a sentir náuseas y me vi obligada a sentarme en uno de los escalones de la iglesia. Marina y Amparo se acercaron y me dieron aire con sus abanicos. Una de ellas, no sabría decir cuál, olía a sudor reciente. Alfonso me ayudó a levantarme y dijo:

—Vamos, Paca, no la mires más. Vámonos a casa, si quieres.

Su expresión era sombría. Posó una de sus enormes manos en mi hombro.

Nos marchamos. A Antonio no le hizo ninguna gracia y se pasó todo el camino de vuelta dando la paliza. Que si él quería quedarse a ver la disparà, y que si le habíamos arruinado el plan. Yo cojeé todo el camino, esos malditos zapatos; juré tirarlos a la basura en cuanto llegara. Fue un día extraordinario, pero me faltó cruzarme con Sento.

Al día siguiente me tocó trabajar otra vez con los pies en carne viva. Había hombres en la huerta que meaban sobre sus heridas para que cicatrizaran más rápido. A mí siempre me pareció una cochinateda.

A inicios de octubre llegaba la época del trillado. Antonio y yo íbamos hacia el sequer montados en el carro con el arroz. Este iba a rebosar de hombres y yo con ellos. En la práctica, siempre fui un mozo más. Los trabajadores estaban acostumbrados, pero a otros les gustaba dar la brasa. En una de esas idas y venidas nos encontramos con un coche de vándalos. Conducían más deprisa de lo recomendado. Cuando se cruzaron con nosotros, uno de ellos, un joven muy moreno, me gritó:

—¡Bájate de ahí! —Y miró a sus acompañantes en busca de aplausos.

Todos los demás se rieron y el coche pasó de largo. Le reconocí, era el chico que había visto en la procesión la semana anterior. El comentario me sentó como un puñetazo en las narices. Los jornaleros se dieron cuenta y dijeron:

—No les hagas caso —decían algunos con expresiones de indiferencia.

—Son solo unos niñatos —añadían otros gesticulando con las manos a modo de “déjalo correr”.

Al ver al moreno no pude evitar acordarme de Sento. Me pregunté por qué demonios la vida era tan injusta. ¿Por qué tenía que tropezarme con ese imbécil todas las semanas si yo lo que quería era ver a Sento? ¿Dónde se habría metido? ¿Se lo habría tragado la tierra?

Llegamos al sequer y la yegua paró de trotar en seco; el animal se sabía el camino de memoria. Todos los hombres bajaron, después mi hermano y yo. Antonio me pidió que le ayudara; últimamente se fatigaba mucho y le costaba

respirar.

—Vamos, Tono, pega un salto. —Y le tendía la mano para ayudarle a bajar.

Los demás jornaleros se le burlaban un poco y hasta le gastaban alguna broma soez. Yo trataba de no hacerles caso. Mientras trillábamos, pensando y pensando, llegué a la conclusión de que si quería volver a ver a Sento no me quedaba más remedio que pasearme con frecuencia por la puerta del bar “La Sirena”.

El domingo, al salir de la iglesia, me desvié del camino tirando de Tono para pasar por la taberna. Había hecho un esfuerzo poniéndome un vestido de Auri que dejé escondido en el fondo de un cajón por si algún día me hacía falta. Era uno de los menos feos, de color azul marino, con la falda recta, no de paraguas como se estilaba por aquel entonces, bien entrados los años cincuenta. Como era habitual en Tono, no paró de preguntar:

—Paca, ¿por qué no vamos por donde siempre? —Y me miraba curioso, con su expresión bobalicona.

—Porque por aquí se llega antes —respondía yo con la vista hacia el suelo.

—No, Paca, estamos caminando de más.

Llegamos a la esquina de la calle y, desde allí, creí reconocerle. Discutía en tono de broma con dos hombres y reía con ellos; estaban los tres de pie y Sento tenía los brazos cruzados. Me puse nerviosa y comencé a caminar más rápido.

—Paca, no vayas tan deprisa que me ahogo —me suplicaba el pobre de mi hermano, que debido a su cojera me seguía con dificultad.

—Sí, tienes razón, caminaré más despacio.

Nos fuimos acercando. Efectivamente, era él. Intenté no ponerme demasiado colorada y mantuve mis ojos clavados en los suyos. Lo conseguí, pero me miró divertido como si estuviera loca. Una oleada de fuego vivo me quemó el pecho, tenía el corazón en la garganta.

—Paca, ¿quién era ese?

—¡Cállate, recontra, que te va a oír! —le dije que se diera prisa y seguí caminando mientras jadeábamos los dos—. Nadie, no le conozco.

—¿Te gusta? —preguntó riendo.

—Te he dicho que no le conozco.

Intenté cambiar de tema, pero no se me ocurría nada original porque mi cabeza estaba en otra parte. Cuando se me pasaron los nervios, me sentí más

feliz de lo que recordaba haber sido en toda mi vida.

Aquella noche me acosté pensando en Sento. Últimamente parecía como si mi existencia hubiese cobrado sentido. Era asomárseme su imagen a la mente y cualquier mal se hacía más llevadero. Pero nadie debía saberlo. ¿Cómo arrimarme a él? Fueron tantas las veces que me dijeron que una mujer no tenía que esforzarse para que los hombres le hablasen, que bastaba con estar guapa y esperar. Había escuchado muchas tonterías, tales como que si sonríes es más probable que un señor se acerque y te diga cosas bonitas o que hay que tener paciencia y soportar las impertinencias de algunos. ¡Bah!, si había que dar el paso, lo daría; razones no me faltaban. ¿A quién iba yo hacerle creer que quería mariposear? Lo que realmente deseaba con cada fibra de mí ser era que me contara todo lo que sabía. Después de eso, le podía partir un rayo.

A esas alturas ya sabía que si quería verle tendría que frecuentar los bares, y eso no estaba muy bien visto. Como no podía entrar sola decidí pasearme por la puerta un par de veces mientras rumiaba qué le diría.

Pasé por un par de tabernas, La Sirena y otra. Nada, ni rastro. Ya estaba empezando a perder la paciencia cuando se me ocurrió pasar por la tasca Ma Casa, que estaba junto a la Plaza del Mercado. Era tan pequeña que si no fuera porque la puerta siempre estaba a rebosar de mesuchas y de hombres era fácil pasar de largo sin verla. Allí estaba, todo en una. Mientras me iba aproximando a la puerta del bar, me decía: ahora, cuando pases darás los buenos días y no te pondrás de los nervios.

Respiré hondo y le miré. Le eché un buen par de narices al asunto y dije:

—Bon dia.

—Bon dia.

Esta vez no me miró como si estuviera loca. Ladeó la cabeza y sonrió con ganas. Me pareció que la cosa andaba bien. Entonces, su voz, de un tono chirriante y desvergonzado, sonó a mis espaldas:

—Oye, morena, si me traes tabaco de liar te quedas con la vuelta —me soltó, con toda la jeta—. ¿Qué te pasa? ¿Te has quedado muda?

—¿De verdad me vas a dar la vuelta? —contesté yo.

Desde luego, a fresco pocos le ganaban.

—Pues claro, ¿no te fías de mí? —Se me quedó mirando con una expresión de falsa sorpresa, con una media sonrisita y ojos burlones. Debió intuir que yo dudaba.

Escuché un par de risotadas que salieron de las profundidades de la

taberna, de la que la brisa traía unos tremendos olores a tabaco, mezclado con el perfume del jazminero que crecía sin control en el patio interior. Sento se volvió hacia los hombres que se reían y les dedicó una sonrisa de complicidad. Me aproximé a él. Como era costumbre fumaba con encanto, casi tumbado en la silla de la terraza. Unas greñas de cabello lacio color almendra le caían sobre los ojos, necesitaba un buen corte de pelo.

—Está bien —accedí.

Fui al estanco y compré el tabaco, comprobando que con las vueltas no me daba ni para una bolsa de pipas.

Al volver le tendí la mano ofreciéndole la bolsa. Los dedos me temblaban y creo que él me lo notó. Sonrió y me dio las gracias. Agarró la bolsa de un zarpazo, con suficiencia y nos despedimos. Siguió fumando. Mientras me alejaba, me esforcé en no darme la vuelta para mirarle.

De camino a casa volvía muy preocupada pensando en si mi nuevo amigo se habría percatado de lo nerviosa que me había puesto. Me crucé con dos hombres extraños vestidos de uniforme militar. Uno de ellos era de raza negra, el primero que veía en mi vida. ¡Dios, qué feo era!

Ver pasear a desconocidos extraños por Pontroig solo podía significar una cosa: que se estaba cocinando algo gordo. Entonces me entró un pánico súbito.

En los días sucesivos, aquellos militares con la piel café con leche se hicieron llamar “los hombres de Trujillo” y comenzaron a hacer acto de presencia en los secaderos y en los arrozales. Más tarde se empezó a correr la voz de quiénes eran. Gracias a la radio, que escuchábamos por las ventanas de otras casas desde la calle (a veces los dueños nos dejaban oírla o nos permitían pasar), nos enteramos de que un tal Trujillo, presidente de la República Dominicana, había firmado un contrato con Franco en el que se comprometía a proporcionar a posibles colonos, animales, herramientas, casa y alimentos hasta la primera cosecha, diciendo que pagaban el pasaje de ida y el de vuelta a Santo Domingo. Nadie se lo creyó.

Se celebraron reuniones vecinales a las que asistieron el alcalde y los representantes de la República Dominicana. Yo fui porque me enteré de que Sento solía estar presente en todas.

Los extranjeros se llenaban la boca de promesas apetecibles. Algunos de los jornaleros desconfiaban y hacían preguntas:

—¿Por qué nosotros?

—Porque el trabajo de labranza que se hace aquí es inestimable y a

nuestro gobierno le interesa que se exporte la técnica de cultivo. La República Dominicana es un país con un inmenso territorio y mucha tierra virgen cultivable, que necesita de colonos con conocimientos de agricultura para enseñar técnicas agrícolas a los nativos de Santo Domingo —respondía un caballero de uniforme que peinaba sus cabellos muy, muy estirados, como para disimular sus orígenes mestizos.

—¿Qué gana Trujillo con esto?

—El fomento de la agricultura en nuestro país, el aumento de la producción y la mejora económica.

Todo eran palabras bonitas: que si tendríamos casa, televisor; que si podríamos quedarnos con toda la tierra que quisiéramos y cosas por el estilo, y claro: ¿qué iban a decir todos aquellos infelices?, ¿qué no? Ya se veían vestidos de hilo blanco y con sombrero.

En el año 1954, no es que España fuese un país pobre, es que rayaba la miseria. Aunque los años más duros de la posguerra habían terminado ya, los jornaleros seguíamos trabajando como negros para cobrar salarios de risa. Nos moríamos de hambre y nos dolían todos los huesos.

En aquellos años, la única solución para unos labradores que vivían con lo puesto y de la caridad ajena era la emigración. Muchos nos preguntábamos de dónde sacaríamos el dinero para apañarnos, aunque fuera los primeros meses, en otro país.

No era de extrañar la cara que pusieron todos cuando vieron aparecer en persona a los hombres del Generalísimo Trujillo en el Ayuntamiento, vestidos de uniforme, con una oferta bajo el brazo imposible de rechazar.

En las dos semanas escasas en las que los militares dominicanos estuvieron vendiéndonos la isla la gente se volvió loca. Todos querían emigrar a Santo Domingo; así que empezaron los festejos para acabar de convencer a los tontos del pueblo que quedaban.

De vuelta en casa hablé del tema. A Alfonso le parecía un gran riesgo. La República Dominicana estaba demasiado lejos como para irse sin más a probar suerte. Tenía razón. Antonio no paraba de toser; sentado al borde de la cama, jadeaba como si le faltara el aire.

—¿Cómo estás, Tono?

—Regular —contestó, envuelto en su manta.

—¿Podrás ir a trabajar mañana?

—Ya veremos —en el lenguaje de Tono eso significaba: “con total

seguridad, no”.

—Si mañana no puedes levantarte habrá que llamar al médico —añadió Alfonso.

—¿Y cómo le pagamos? —pregunté.

—Reuniremos el dinero, no te preocupes —aseguró Alfonso.

Antonio se encogió de hombros, se retiró y fue a acostarse. Alfonso me miró con cara de preocupación:

—Hay que avisar al médico. Sé de alguien que puede prestarnos el dinero, aunque habrá que devolvérselo con intereses —dijo.

—Lo devolveremos, trabajaremos sin ayuda si hace falta. Hasta podría emigrar para recuperarlo.

—No digas tonterías —Alfonso rechazó mi idea de inmediato.

—Lo digo en serio —insistí.

—Mañana conseguiré el dinero y llamaremos al médico. Tú deja de presentarte en esos encuentros del Ayuntamiento, que te están sorbiendo el seso.

—Bueno, me voy a la cama.

Me levanté de la mesa descorazonada y retiré los platos. Mientras me quitaba el delantal, Alfonso dijo:

—Paca, no te pierdas por ese mala vida.

Me quedé tan de piedra que no supe qué contestar. Dije que sí con la cabeza y me apresuré a encerrarme en mi habitación, muerta de vergüenza. Alfonso había descubierto que yo le rondaba a Sento, pero no tenía ni idea de por qué. No sabría decir lo harta que estaba de que la gente me tratara como si fuera tonta.

Al subir a la habitación me acosté al lado de mi hermano, que respiraba con dificultad. Se me ocurrió pensar que lo que tuviera no podía ser contagioso. Valiente tontería. Estaba muy preocupada pero, aun así, conseguí conciliar el sueño.

A la mañana siguiente animé a Antonio a levantarse. Él se resistió y empezó a bramar con el tono de siempre, típico de su retraso. Al final, le convencí. Temía (estúpidamente) que dejarle allí tumbado podría ser peor.

Salimos al planter, que estaba situado justo al lado de la barraca, y comenzamos con la siembra de forraje. Antonio se desplomó en el suelo media hora más tarde. Aproximadamente un mes después, padre Dios se lo llevó con él.

Recuerdo como si fuese ahora el día en que mi hermano falleció. Fue una mañana de diciembre. El médico le visitó, como acordamos Alfonso y yo. Desde el día en que se desmayó en el huerto, ya me dijo que no había nada que pudiésemos hacer.

—Supongo, Doña Francisca, que a sus padres ya les advertirían, cuando nació su hermano, de que no viviría mucho tiempo —intentó adivinar mientras guardaba sus instrumentos de médico en su inseparable maletín.

—Don Felipe, usted conocía a mi padre, sabrá que miraba para otra parte.

Don Felipe asintió resignado. Nos comentó a Alfonso y a mí que era un milagro que Antonio, con las condiciones de vida que había llevado, hubiese durado tanto.

La tarde del día anterior comenzó a sufrir alucinaciones. Algunos instantes recobraba la lucidez. En uno de ellos, me preguntó:

— ¿Dormirás hoy conmigo?

—Pues claro que sí.

—No quiero morirme aquí solo.

Aquello era más de lo que yo podía soportar. Permanecí en silencio, pero mi hermano conservaba la consciencia.

—Ya están otra vez aquí esos chicos.

—¿Qué chicos?

—Los del coche, los que siempre vienen a verte.

—No vienen a verme, vienen a burlarse de mí.

—No, vienen a verte.

Salí a tomar un poco el fresco al porche de la casa. Sobre el marco había colocados unos azulejos en los que se podía leer: “Villa de San Agustín, 1922”. Efectivamente, a pocos metros de distancia se acercaban Rafa el Negro y el resto de aquella panda de sinvergüenzas montados en el coche prestado de turno, un punto bebidos y aullando como si estuviésemos en el Oeste. Frenaron justo enfrente de mí.

—¡Vaya, vaya, la vedette! —dijo Rafa el Negro sonriendo con cara de idiota, haciendo alarde de su falta de vergüenza. Los demás le rieron la gracia sin cuestionarle.

—¿Quién es el imbécil que os ha dejado ese coche? Se va a acabar arrepintiendo. ¡Largaos ahora mismo de aquí u os echo a todos a perdigonazos!

—¿Sí? ¿No me digas? ¡Qué miedo! —respondió Rafa el Negro, divertido.

—¿Y quién te enseñó a disparar? ¿Alfonsito? —se escuchó otra oleada de risas masculinas y juveniles.

—El hombre que duerme ahí abajo —respondí señalando con un gesto un pequeño montículo de tierra del planter que pisaban las ruedas del coche. Mi hermano y yo habíamos colocado años antes una cruz de madera fabricada por nosotros mismos, allí donde las malas lenguas decían que estaba enterrado mi padre. El crucifijo se había salvado de milagro de la invasión repentina del vehículo. Entonces, el rostro del Negro se ensombreció considerablemente y se escuchó un súbito silencio.

—Rafa... —su nombre salió de mis labios con un tono tan cotidiano como si le estuviese hablando a un hijo—. Ahora quiero que te vayas y te lleves a tus amigos de aquí. Mi hermano está ahí dentro, en su habitación, muy enfermo. Es posible que mañana tenga que enterrarle. Por favor, dejadnos tranquilos aunque solo sea por un día.

Entonces Palomo, el amigo tímido de Rafa el Negro, se inclinó desde el asiento de atrás y apoyó una mano en su hombro. Le dijo:

—Vámonos, dejemos que el Serpeta se muera en paz.

Rafa dejó caer su rostro descompuesto y encendió el motor del coche. Antes de arrancar me miró con sus ojos oscuros que no expresaban pena ni lástima, tampoco crueldad. Parecía como si tuviese muchas cosas que decir e intentase expresarlas a través de su mirada, que sin duda era muy hermosa.

Arrancó y se alejó del huerto por el único camino de tierra por el que podía transitar un vehículo de cuatro ruedas.

Esa noche me acosté en la cama de mi hermano que, como siempre, respiraba con dificultad. Cuando desperté a la mañana siguiente estaba rígido; ya no era un hombre, sino un muñeco de madera. Le enterramos modestamente en el cementerio municipal, en el mismo nicho que a mi madre. Tenía veintitrés años.

## CAPÍTULO VII

A comienzos del mes de diciembre soplaba un viento helado en Pontroig. Contra el frío de la laguna no hay nada que hacer; la piel es un colador ante la humedad. Las naranjas ya estaban maduras. Alfonso y yo íbamos como jornaleros a recolectarlas para reunir el dinero que nos hacía falta para pagarle al médico la deuda que aún nos quedaba de las visitas y el tratamiento de Tono.

En los momentos cotidianos era cuando más notaba la falta de mi hermano, ya que había sido mi sombra desde que tenía uso de razón. Sin él me convertí automáticamente en un ser abandonado, un perro callejero al que solo le quedaba esconderse de los demás.

Me habían hablado fatal de Sento. Todo lo que había escuchado de él era horrible: mala vida, sinvergüenza, vago, estraperlista, jugador, mujeriego... Hasta contaban que le había hecho un bombo a una de Sueca y que se hacía el loco, para terminar con lo de siempre: “¡Qué lástima! ¡Con lo guapo que es!”. ¿Por qué tenían que torturarla a una de esa forma? Si pensar en él era un delito, que me llevaran presa si querían.

Al llegar a casa entré en mi habitación. Donde antes estaban los bártulos de Tono me encontraba con el vacío. Había visto morir a mi padre y a mi madre, pero no me sentí igual con ellos. Siempre pensé que aunque Antonio se hubiese ido con Dios seguiría sintiéndole a mi lado, como cuando yo llegaba antes que él del huerto y no le encontraba allí. No hablo de su olor, ni de las marcas que su cuerpo dejaba en la cama, sino de su presencia que había desaparecido por completo. Sentía un desasosiego tan atroz que se me enfriaba todo el cuerpo. Entonces, sacudía la cabeza y hacía la señal de la cruz. Había llegado a ese punto en el que ya no había nada que perder.

Los domingos, después de misa, me acercaba hasta el camposanto y aseaba la lápida que cubría el nicho en el que descansaban mi hermano y mi madre. Limpiaba el mármol con un trapo que me prestaban en la capilla y después volvía a mi casa con la misma rabia de siempre. Uno de esos días me encontré

allí con Consuelo, una alcahueta de Pontroig.

—Hola, Paquita. —saludó Consuelo, acercándose a mí con su figura rechoncha, los brazos agarrados al bolso, como si se lo fuera a llevar el viento.

—Buenos días, Consuelo —contesté sin ganas, me apetecía volver a casa.

—Hacía tiempo que quería preguntarte cómo estás.

—Ni mal, ni bien.

—Estás muy guapa de luto. —Me miré disimuladamente en el cristal de un panteón. Guapa, decía, con una falda y una blusa que me donaron las monjas en la iglesia y que seguramente serían de alguien que pasaba menos hambre que yo.

—Pues menos mal, porque creo que lo llevaré toda la vida.

—No, mujer. ¿Vas para casa? —dijo agarrándome del brazo.

—Sí.

—Voy contigo, la mía queda de camino. —Comenzó a caminar despacito, exagerando sus achaques.

—Si te viene de paso...

—Debes de echar en falta a Tono. — Me miró con insistencia.

—Sí, le echo mucho de menos.

—Si te sirve de alivio, no eres la única que se ha quedado sola. ¿Conoces a Paco, el del estanco? Se le ha muerto la mujer de un mal mayor.

Un breve silencio dio paso a mi respuesta.

—Qué lástima —dije con sequedad.

—La verdad es que el pobre tiene tres hijos. No sabe qué hacer.

—¡Madre mía, qué horror! —salió de mi boca sin yo saber a qué me refería exactamente con ese “horror”.

—Si te apetece puedes venir a comer a mi casa algún día, ahora que te has quedado sin la compañía de tu hermano —dijo Consuelo apretando mi brazo sin querer y clavando de nuevo en mí sus ojos curiosos.

—De acuerdo.

La vieja Consuelo nunca fue santa de mi devoción, pero solo de pensar en el plato de comida que me pondría delante acepté la invitación, aunque sabía que no iba a ser a cambio de nada.

Mientras caminaba arrastrando de mi brazo a la quejumbrosa Consuelo, se nos acercó una mujer vestida también de negro, alta, con presencia, que venía contoneándose ya desde la otra punta de la calle en dirección al cementerio,

de donde nosotras veníamos. Era guapa, de piel canela y rasgos algo caballunos, pero atractiva. Vestía con modestia, pero sin demasiada vergüenza. La morena sonrió ampliamente al vernos, enseñando las encías, y saludó a Consuelo:

—Hola, Consuelito.

—Le plantó dos besos en la cara. Consuelo no contuvo una mueca de desagrado. A mí me saludó llevándose una mano al pecho, sonriendo.

—Hola, soy Pilar.

Le tendí la mano.

—Yo soy Paca Almenar.

—Sí, te conozco de verte por la calle con tu hermano Antonio y vuestro tío Alfonso.

A Consuelo se le adivinó una expresión de furia que en aquel momento no supe a qué venía. Pilar la miró provocándola y dijo dirigiéndose a mí:

—Algún día te invitaré a un café, Paca. Soy nueva en Pontroig y no conozco a mucha gente aquí. —Sonrió, sus grandes filas de dientes equinos asomaron bajo sus labios, pintados de rojo. Me di cuenta de que bajo el carmín se le transparentaba un labio partido.

—Cuando quieras. —mentí.

Nunca me han gustado las personas que fuerzan amistades porque sí. Pilar posó su mano de aspecto masculino sobre el hombro de Consuelo.

—Hasta la vista, Consuelito.

Consuelo la miró como advirtiéndola y, con desdén, contestó:

—Adiós, Pilar.

La morena se despidió de mí también y siguió su camino hacia el cementerio, con sus contoneos y sus flores baratas colgándole de la mano.

—¿Quién era? —pregunté.

—La nueva mujer de Navarro —contestó entre dientes.

—¿Navarro, el viejo ese?

No me lo podía creer.

—Cuidado, Paca, que te van a oír. Navarro será viejo, pero es un buen partido y a ella le convenía. Él buscaba una mujer joven y ella dinero. Les presenté y más o menos cuajó, pero no le ha salido muy buena. Es una desvergonzada, no sabe la suerte que ha tenido. A ver quién la iba a pedir después de haber conocido hombre sin haberse casado.

Ante la visible incomodidad de Consuelo, que ya volvía a caminar con

paso ligero, seguimos hasta llegar a su casa, donde la dejé. Se despidió de mí plantándome dos besos en las mejillas más falsos que un duro de papel de periódico y volvió a recordarme lo de la comida que pensaba celebrar en su casa.

Un sábado me invitó a comer y el domingo siguiente acudí a su casa sin falta, a ver si comía por lo menos para dos o tres días. Allí la encontré, a Paco el del estanco y a sus tres hijos, uno de ellos impedido de las piernas.

—Pasa, pasa. Ya conoces a Paco, ¿no? —dijo Consuelo, amasando cariñosamente uno de los brazos del estanquero mientras me miraba con sus ojos inescrutables.

—Aquí nos conocemos todos, Consuelo. Hola, Paco.

Paco sonrió sin entusiasmo y por obligación. Me estrechó la mano, apretándomela en exceso. No tenía callos, no era un campesino.

—Hola— respondí, intentando disimular mi desagrado sin éxito.

Consuelo nos sentó a la mesa, uno al lado del otro. Durante toda la comida no paró de hablarnos a cada uno de nuestras virtudes, mientras yo me atiborraba a comer con menos modales que un cerdo. Cuando ya no pude comer más, me limpié la boca y le eché un vistazo a Paco; ya le conocía, pero no tan de cerca. Tendría unos quince años más que yo y estaba calvo. No era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco.

Hablaba poco y por educación, pero estaba claro que había acudido dispuesto a cerrar un contrato. En su mirada se adivinaba un deseo frío, solo estaba valorando los bienes.

Paco el del estanco era un hombrecillo tacaño, que había logrado ahorrar algún dinero del que le dejaba su próspero negocio. Si concertabas un matrimonio con alguien como él, seguramente no pasarías más penas económicas. ¿Qué ganaba yo con aquello? Hacer de criada y poco más, bueno, y otras cosas en las que prefería no pensar. Básicamente, en aquella especie de acuerdo en el que yo no pintaba nada, salía ganando él.

Terminamos la velada y Consuelo nos acompañó a la puerta con una sonrisa demoníaca. Nos despedimos de ella. Paco se ofreció a acompañarme a mi casa.

—Otro día, Paco —contesté, dando por terminada la negociación.

De vuelta a casa, se me erizaron los pelos de imaginar lo repugnante que hubiera sido estar haciendo la cena para aquellos tres críos y sentir mientras tanto las manos de Paco el estanquero sobre la tela de mi camisa. Así y todo

estaba contenta; había comido todo lo que me había dado la gana y más.

Al cruzar la esquina entré por la calle adoquinada, donde estaba el ayuntamiento antiguo, y a lo lejos reconocí una figura enorme que fumaba apoyada en la pared; era Rafa el Negro. Al verme, estiró el cuello. Cuando pasé por su lado se le veía relajado, decaído; me pareció hasta guapo. Después de la grotesca reunión que habíamos celebrado en casa de Consuelo, cualquiera me lo hubiera parecido.

—Hola —dijo. Me pareció que iba a decir algo más, pero no fue así.

—Hola —respondí. Se sorprendió al ver que yo sonreía.

Mientras me alejaba me dio la impresión de que su mirada se clavaba en mi espalda. Me pregunté qué estaría haciendo allí a esas horas; pensé que estaría esperando a alguien.

Durante las semanas siguientes no se escuchó otro chisme en Pontroig sino que la Serpeta se casaba con Paco el del estanco, el viudo. Consuelito no tenía otra manera de conseguir que sus planes funcionaran si no era dándole a la lengua y contando mentiras por la calle. Estaba furiosa; aquella mujer me sacaba de quicio. La gente me paraba por la calle para preguntármelo, pero al menos tenía la posibilidad de desmentirlo. ¡Vaya con la vieja! Seguramente, cada vez que la cosa funcionaba bien se embolsillaba alguna que otra peseta, la mal nacida.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. ¡Maldito Pontroig! El agua de sus fuentes debía de estar envenenada.

Un par de días más tarde, como era costumbre, volvía del huerto de naranjos con Alfonso y el resto de los mozos. Me acuerdo como si fuera hoy. Estábamos en el furgón y, a lo lejos, se oyeron las campanadas de la iglesia. Era el toque de luto, que sonaba igual que la voz de alguien que está a punto de echarse a llorar.

—¿Quién se ha muerto? —pregunté.

—Ni idea —respondió Alfonso, como si no le importara en absoluto quién era el difunto.

Algunos mozos, mirando hacia el suelo, escondieron la cara, como si por mirar a los ojos de la muerte, esta les fuera a poner a prueba.

Tuve un mal presentimiento, pero sabía por experiencia que era mejor ocultar mi curiosidad y, si algo era de mi interés, más valía averiguarlo por mi cuenta. Cuando llegamos a casa, me asecé y asistí a la misa de las cuatro. Efectivamente, se trataba de un entierro. Me llamó la atención que hubiera

tanta gente, por lo que intuí que debía de tratarse de alguien muy conocido en Pontroig. A lo lejos distinguí a Consuelo con sus mejores galas arrastrándose por todos los rincones como una lagartija recién almorzada. No se la veía triste. También vi a Dora, la viuda, que me miró como si no me conociese de nada, con más cara de agonía que Cristo. Al pie de la capilla pude distinguir dos figuras vestidas de negro que lloraban desconsoladas; eran las hermanas de Juanito. Tenían la misma cara de perrillo chato que él. Decidí preguntarle a Roberto, uno de los paisanos que estaba sentado a mi lado:

—¿Quién ha faltado?

—Juanito —respondió Roberto sin demasiado interés, limpiándose los mocos de su cara pecosa con la manga de la camisa.

—¿Qué Juanito?, ¿el Botijeta?

—El mismo —contestó, esta vez sorbiendo nariz adentro.

—¡No me digas! ¿Qué le ha pasado?

—Dicen que se dejó las llaves dentro de la casa y que al intentar entrar por la ventana se cayó y se partió el cuello.

Roberto era famoso por las mentiras que contaba, pero por su mirada fija en mí, me di cuenta de que decía la verdad.

— ¡Vaya! El pobre.

—No padezcas, se veía venir —dijo y, sin más, me dio la espalda.

Se me retorcieron las tripas y me entraron ganas de ir al lavabo, pero me aguanté porque comenzó la misa. El señor cura leyó el sermón y despidió al hermano Juanito, que en los últimos años se había convertido en la alegría de Pontroig y en un vecino muy querido. Me pregunté si no le estaría llamando payaso con toda la delicadeza.

La misa terminó y el señor cura dijo:

—Podéis ir en paz.

Los cuñados de Juanito sacaron el féretro a hombros y todos seguimos a la comitiva fúnebre hasta el cementerio, en silencio. Solo podían escucharse los llantos de las hermanas y de las sobrinas de Juanito.

Nos cruzamos con un furgón en el que iban montados varios hombres tocando la bocina del coche.

—¡Dejad de armar escándalo, mal nacidos!

—¡Un respeto a los difuntos! ¡Qué poca vergüenza! —gritaron algunos de la comitiva fúnebre.

Les seguí con la vista. Con sorpresa, entre los hombres que iban montados

en el furgón distinguí a Sento. La sangre se me subió a la cabeza. Llevaban una pancarta que decía: "Nos vamos a América"; ondeaban dos banderas, la española y la de la República Dominicana. No hicieron el menor caso de las órdenes de los de la comitiva. No aparté los ojos del furgón hasta que les perdí de vista.

Llegamos al cementerio. En un agujero de la pared metieron el ataúd en el que descansaban los restos de Juanito. En ese momento recordé la expresión de su rostro sin vida, la última vez que le vi en la iglesia, daba la sensación de que estaba más fresco que una rosa, y que en cualquier momento se iba a poner a gritar: "¡Sacadme de aquí!". La piel se me puso de gallina; parecía que estaban enterrando a un hombre vivo.

Al salir del camposanto, mientras pisaba bolas de ciprés, una mano suave se posó en mi espalda; casi me muero del susto. Al darme la vuelta me encontré con la mirada negro noche de Pilar, la mujer de Navarro, ese vejestorio asqueroso. Me miró con tal descaro que estuve a punto de preguntarle si tenía monos en la cara. Fue directa al grano, ni me saludó:

—Qué, ¿te gustó el novio que te buscó la vieja?

—¿De qué me hablas?

—De Paco el Estanquero y de la Consuelito, ¿de qué va a ser? Pareces boba —dijo levantando la mano hacia arriba en un gesto de hastío.

—Pues no, no me gustó mucho, pero hay que tener un respeto por el pobre viudo; sobre todo porque tiene tres hijos, uno de ellos enfermo.

Volvió a mirarme con sus ojos morunos y se rió.

—Tú bien lo sabes.

¡Qué descaro!, atreverse a comparar a Paco y sus hijos con nosotros y nuestro padre, encima con Tono caliente en la tumba. ¡Qué vergüenza!

—Si te sirve de alivio... —siguió diciendo—. A mí Consuelito también me vendió.

—¿Ella te arregló el casorio?

—Como lo oyes —dijo colocándose la falda en el sitio.

—Pues podría haber tenido mejor gusto.

—Ya ves.—Se encogió de hombros—. A mí se me había muerto el novio y él no se había casado nunca.

—¿Por qué dijiste que sí?

—Se tiene que buscar una la vida. En este pueblo hay muchos secretos, Paca, más de los que tú te piensas, todos los tenemos. Algún día, cuando mi

marido me deje sola, te invitaré a mi casa, haré café de calcetín y hablaremos. Pero cuando me deje en paz, que me sigue a todas partes, el viejo, es más celoso...

Me sonó fatal aquello de “la vida”. De repente, me la imaginé de fulana en un burdel, no sé por qué, sería por ese carmín rojo que se empeñaba en usar y por cómo hablaba.

No me apetecía nada escuchar los secretos de alcoba de Pilar; intuí que era de esas que enseguida se apresuran a contar sus intimidades.

—De acuerdo, Pilar. Un día que podamos las dos hablaremos de todo un poco —le dije, sin creérmelo ni yo misma.

Me despedí de ella levantando la mano y di media vuelta. Cogí el camino para volver a la barraca sin perder el tiempo.

Al llegar a casa, me encontré con Alfonso en la mesa del comedor, cenando. Debía de llevar días sin lavarse, olía mal, como los viejos. Sobre el banco de la pequeña cocina había un pato salvaje degollado, pero él estaba comiendo mendrugos de pan remojados en leche caliente, su cena habitual. Levantó sus ojos azules hacia mí y dijo:

—Bona nit.

—Bona nit, Alfonso.

—¿Cómo es que has tardado?

—Me he encontrado con una conocida.

—¿Con quién? —preguntó con ese tono en la voz propio de saber ya la verdad.

—La nueva mujer de Navarro.

—¿De qué la conoces? —siguió interrogando, mientras se levantaba y se rellenaba el sucio vaso lleno de migas con más leche.

—Me la presentó Consuelo Casany.

—Ni te acerques —ordenó, en ese tono suyo que le salía de las entrañas las pocas veces que nos regañaba.

—¿Por qué?

—Es veneno puro.—Se acercó a mí con actitud amenazante.

—Sí, tiene pinta de mujerzuela.

—Si solo fuera la pinta...

El asco le salía de la boca como un vómito.

—Si quieres que te hable un buen mozo, no te acerques a ella, o pensarán que eres igual.

La última frase sonó a mentira.

—Sí, tienes razón —mentí yo también.

Se limpió la boca con el mocador, una servilleta de tela llena de manchas que siempre llevaba encima, luego recogió la mesa dejándola llena de migas y lamparones de leche y se retiró a lavarse, sin decir siquiera buenas noches. Yo terminé de asear el comedor y la cocina. Me acosté sin cenar y sin cambiarme de ropa. Me dormí en el acto.

Soñé con un cortejo fúnebre. Auri y Pilar caminaban a mi lado y se reían a carcajadas, como si fueran macacos del circo. En el coche fúnebre llevaban una ballena putrefacta. El olor era insoportable, me provocaba náuseas. La cola de la ballena se arrastraba por el suelo rebosante de moscas verdes. Al llegar al cementerio se veía el ataúd abierto, pero dentro no estaba la ballena, estaba mi padre.

Varias semanas después, les pedí a un par de jornaleros que me acercaran en coche hasta Pinedo; como vivían en las afueras de Valencia les quedaba de paso. Hacía mucho tiempo que Tono y yo dejamos de ir a esa playa, pero sabía que debía volver para despedirme, sin saber de quién.

Al llegar a Pinedo y pisar la arena me pareció ver a lo lejos a dos niños haciendo carreras por la orilla de la mar. Me senté mirando hacia el agua y me abrigué; hacía mucho frío. Era diciembre y la playa, en los días previos a las navidades, tenía un aspecto desolado. Dibujé un pez lo más grande que pude. Intenté que fuera una ballena, pero dibujo tan mal que terminó pareciendo un calamar gigante. Me rasqué la barbilla, mientras la miraba pensativa. En mis recuerdos hubo un lugar para aquel animal grandote e impassible que encontramos mi hermano y yo, ya sin vida, en esa misma orilla donde estaba yo sentada en ese momento. ¿Qué sería de él? Ojalá pudiera acudir al museo de ciencias naturales y observar su osamenta. Me acordé del joven que nos hizo una foto a mí y a Tono, con la ballena y con otros niños, y caí en la cuenta de que no tenía ningún retrato de mi hermano. No me importó. Ninguna imagen se podía comparar con un recuerdo, y yo me acordaba perfectamente de mi hermano, de mi padre, incluso de mi madre y hasta de la ballena.

Habiendo encontrado la tranquilidad, me levanté para coger el coche de línea. Hacía demasiado frío para volver caminando. Aquel fue el penúltimo día que pasé en Pontroig.

## CAPÍTULO VIII

Desde que tomé la decisión de dejar España hasta que me marché, no pasaron apenas tres semanas. No hice mucho bando, preferí guardarlo lo más en secreto posible para que la gente no me atormentara con sus sermones sobre abandonar mi tierra y a mi tío Alfonso, que me había criado y demás historias.

Alfonso, por su parte, nunca me dijo ni que sí ni que no, pero lo sabía todo. La gente murmuraba por el pueblo y él se comportaba de esa forma tan suya, manteniendo ese silencio tan solemne y a la vez tan estúpido que le acompañaba mientras pelaba patatas concentradísimo en su trabajo o le sacaba la comida a la yegua. Nunca quise creer de verdad que en su semblante percibía alivio.

Hubo algún momento en el que dudé, sobre todo cuando veía pasar a alguna pareja joven de camino a sus casas. Pensaba que tal vez si me quedaba y le daba otra oportunidad a Pontroig, a Valencia, las cosas mejorarían. Pero esos pequeños amagos de arrepentimiento no conseguían convencerme, porque en ese barco también se iría Sento, que se había convertido sin saberlo en la personificación de muchos de mis sueños infantiles. Así que, poco a poco, fui preparando los pocos bultos que me llevaría a la República Dominicana. En cuanto me di cuenta, tenía ante mis pies dos fardos y una maleta viejísima llena de repelones que parecía que iba a estallar. Alfonso iba y volvía por delante de ellas y seguía sin decir ni mu, hasta que llegó el día en que le abordé.

—Alfonso, ¿no tienes nada que decirme? —pregunté mientras se alejaba por el pasillo en dirección a la cocina.

—¿Acaso hay algo que decir? —contestó con un hilo de voz.

—Hombre, pues sí.

—Bueno, entonces, ¿te vas de verdad?

—De verdad.

—Sé que no es por mi culpa —dijo, como a la defensiva.

—No, Alfonso.

Me extrañó aquel comentario, no me lo esperaba.

—Bueno, me alegro por ti.

Pero se notaba que también se alegraba por sí mismo.

—Alfonso..., dime una cosa. No te alegras de que me vaya, ¿verdad?

Se puso muy pálido.

—No digas tonterías, Paca —contestó sonriendo como un padre, mientras me acariciaba cariñosamente ambos brazos con sus enormes manos.

El 24 de diciembre de 1954 se estableció como día de partida a la República Dominicana desde el Puerto de Valencia.

Una veintena de marineros dominicanos visitaron Pontorig, unos blancos del todo, otros negros, otros café con leche. Se pasearon con las más guapas del pueblo. Válgame Dios el revuelo que se armó. Tengo que reconocer que aquellos caballeros de uniforme estarían tan guapos como podían, pero tampoco era para la tontería que les dio a algunas que no se les despegaben del brazo. Me ha quedado grabada en la memoria la imagen de Teresita, una de Pontroig de muy buena familia pero con mala reputación, que se contoneaba con mucho estilo del brazo de un militar de piel negra como el betún.

Se celebró una misa por los emigrantes. La iglesia estaba a reventar, repleta de caras conocidas. Todos querían saludarnos y desearnos buena suerte, incluso los que no nos habían dirigido la palabra en la vida. Después dirían aquello de: “Yo conozco a una que emigró a la República Dominicana”, pero en realidad no te conocían de nada. Yo andaba perdida entre la masa de personas. Intentaba seguir a Sento de cerca. “Ahora no se me escapa”, pensaba, sin prestar atención a la multitud que me rodeaba.

A la salida, nos invitaron a paella, de la buena, con pollastre, conejo y vaquetes. Comí toda la que pude, pero me contuve un poco para no parecer poco fina. Hacía años que no la probaba. Después acudió la banda de música, que contaba con varios de mis conocidos en sus filas. Tocaron algunos pasodobles y dispararon una traca en nuestro honor.

Al terminar de comer subimos a los coches de línea que se dirigían al puerto. Me senté detrás de Sento y se escuchó una oleada de murmullos. Intercambiamos unas cuantas frases. El autobús arrancó. Algunos empezaron a cantar. Menudo ridículo, qué canciones tan estúpidas; pero me sentía tan feliz que hasta canté alguna.

En mi vida había puesto los pies en el puerto. Su aspecto resultaba impactante. Parecía una puerta de salida a otro mundo, con tantos hombres

rudos y vocingleros yendo y viniendo, ocupándose de las embarcaciones o transportando bultos, en su mayoría de naranjas o de pescado. El olor a salitre y a peces podía llegar a perforar la nariz. Por un momento, tuve la impresión de que si permanecía en el puerto demasiado tiempo, probablemente terminaría oliendo así para toda la vida, por mucho que me lavara.

Entre tanto alboroto y tanta maleta me detuve a observar aquel barco atracado en el muelle, tan reluciente, tan inmenso, tan sembrado de ventanas. Cuando supe que era el nuestro, me empezó a latir el corazón muy rápido; me mareé repentinamente y tuve la tentación de regresar. Aquella mole marina me asustaba, era más grande que una ballena. Pensé que, a lo mejor, al atravesar el agua no llegaríamos a América. ¿Y si el edificio acuático naufragaba y moríamos todos a bordo? Pero no podía echarme atrás. Intenté cambiar mis pensamientos; quizás aquel barco me llevaría al paraíso, donde me encontraría de nuevo con mis padres y con Tono.

Los fardos grandes se subían al barco con una polea. No era extraño ver una montaña de bicicletas suspendida en el aire o una máquina de coser. Había que estar muy pendiente de que no te robaran las pertenencias.

Todos los vecinos, amigos y familiares se despidieron de nosotros entre lágrimas. De mi parte vinieron Alfonso, Auri con su marido, del que nunca se separaba, Balbi y algunos compañeros de labranza. Todos me abrazaron uno a uno. Algunos tenían los ojos rojizos y me dijeron cosas como: “Buena suerte, Paca” o “Escríbeme cuando llegues”.

Cuando le tocó el turno a Alfonso, me abrazó. Estaba entero, no lloraba y me dijo:

—Me vas a dejar muy solo, Paca, pero te lo mereces. Buena suerte.

De pronto quise llorar, pero mi alegría era tan grande que pesó más que la tristeza y, tras despedirme, subí al barco más ligera que un galgo.

A veces, algunos creen que soy una mentirosa cuando escuchan lo que voy a contar ahora, pero juro por todos los míos que están en el cielo, que pasó de verdad:

Recuerdo a Esperanza, una chica del pueblo muy gorda que tenía la voz de un ángel. En cuanto el barco soltó los lastres comenzó a cantar Suspiros de España: “Por qué te alejas, España, de mí; por qué me arrancan de mi rosál... España, ya nunca más te veré, de pena se muere mi corazón...”. Menudo vozarrón tenía, se la escuchaba hasta en el puerto, según nos contaron más tarde. Desde la barandilla del barco veía muchas manos agitando pañuelos

blancos. Como yo no tenía mocador, me despedí de los míos con la mano. Me volví para mirar otra vez a Esperanza, que seguía cantando con las mejillas cubiertas de lágrimas.

La travesía resultó horrorosa. La alegría de la partida se esfumó ya desde el principio. Aquello se movía como una tortilla dando vueltas en una sartén, pin pum por aquí, pin pum por allá; los críos llorando, los mayores vomitando; yo arrojé hasta la primera papilla que me dio mi madre.

Sin embargo, he de decir que navegar por alta mar fue una experiencia que no cambiaría por nada del mundo. Durante el viaje pude ver una ballena. La gente me dice que no fue así, que estoy equivocada; sin embargo, estoy segura de que la vi.

—Qué no, que eso es un delfín. ¿No ves que es demasiado pequeño?

—Pero está lejos, podría ser grande; lo que pasa es que está tan alejado que parece más pequeño. ¡Es una ballena!

—Vale, Paca, tienes razón, a lo mejor es una ballena.

Después, el mar no se ve igual que en una playa, se ve azul como la tinta y es tan inmenso que parece que se puede andar por encima. Menos mal que no probé, porque no sé nadar y leer y escribir, lo justo. En vista de mis limitaciones y a falta de papel y lápiz hice una lista mental de propósitos para trabajar en ellos en tierras americanas. Ninguno de ellos tenía que ver ni con el trabajo, ni con la salud o el amor.

Tenía que sacarle a Sento, como fuera, qué fue lo que vio la noche que mataron a mi padre. Necesitaba un testigo que reconociera, de una vez por todas, que Pepe el Ruso era el asesino de mi padre. Todo tenía sentido. Sento era hijo de padre desconocido y Pepe el Ruso tenía, al menos, un hijo ilegítimo. El que tiene un hijo putativo puede tener dos. Esa sería una buena razón para que el Ruso le salvara la vida a Sento en el último momento. Quedaban dos hombres, sí, pero primero necesitaba encontrar a uno para que me llevara hasta los demás. Y así poder tirar de la cuerda.

En los diecisiete días que duró la travesía por alta mar intenté observarle silenciosamente, como si fuera invisible; él, aunque fingía no darse cuenta era perfectamente consciente de que le seguía los pasos, resultaba evidente. Cuando nos cruzábamos, me saludaba muy cortésmente, pero después, cuando se encontraba lejos de mi vista, tomando el aire mientras conversaba con otros pasajeros o jugando con otros hombres a la baraja, corría la silla para dejarse ver mejor, el sinvergüenza. No le cabía la menor duda de que me tenía en el

bote. Menos mal que no se imaginaba nada más.

Allí en la cubierta, apoyada sobre la barandilla del barco, me asusté de pronto y pensé que nadie podía saber lo que andaba buscando. Tendría que aprender a mentir como nunca en mi vida lo había hecho porque si no, en cualquier momento, en cuanto menos me lo esperara, alguien me tiraría por la borda y las cosas continuarían como si nada hubiese ocurrido.

La gente pasaba y volvía; me miraban con cara de circunstancias, hasta que una chica de tez muy morena se me acercó y me preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Sí; no es nada, no te preocupes —respondí observando sorprendida sus facciones, un tanto simiescas.

—Soy Rosana, también soy de Pontroig. Si necesitas algo, dímelo. Yo viajo con mi marido y mi hijo, Pascual —dijo, mientras señalaba a un hombre alto y gordo que le enseñaba a su hijo un salvavidas naranja. El niño reía.

—Te envidio; yo viajo sola.

—Pues ya sabes —respondió sonriente, frotando entre sí sus dos pequeñas manos.

La morenita se despidió amablemente y desapareció entre la multitud. La envidié, ya lo creo.

El viaje no fue cómodo. Lo pasé pensando en la posible conexión que podía existir entre Sento y Pepe el Ruso. Seguí apuntando pesquisas en mi listado mental. Por una sola vez me alegré de que escribir no fuese lo mío; con lo gafe que soy, seguro que alguien hubiera encontrado mis notas y ahí hubiesen terminado mis indagaciones.

El día que el barco llegó a la República Dominicana, nos paseamos por Ciudad Trujillo como pollos sin cabeza. Una vez en tierra, lo primero que me impactó fue la visión de un extraño pájaro que estaba posado en la rama de un árbol; era una especie de cotorrita, de un color verde limón, con la frente blanca, alguna que otra mancha negra y las plumas rojas y amarillas, incluso azules. En la vida había visto semejante animal, bueno, tal vez en un anuncio de ron antillano de algún periódico, en el que aparecía una mujer negra con un turbante y un loro parecido en el hombro. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que me encontraba en otro mundo.

Los dominicanos eran negros como las morcillas; unos menos que otros, sí, pero blancos del todo había muy pocos. Las mujeres, descaradamente sensuales, se paseaban muy orgullosas ellas con aquellos traseros tan grandes

y esas prendas tan ajustadas y coloridas. Tenían tanto de todo que resultaban excesivas; los hombres, muy maleducados, desnudaban a una con la mirada con tal desvergüenza que un poco más y ya no merecía la pena ni vestirse. Uno, al verme pasar, dijo: “¡He visto un ángel!”, que no es que fuera nada malo, pero acompañado de tanto descaró resultaba obsceno; no sonaba igual que en boca de un paisano, encima su acento lo empeoraba. Era como escuchar a un español hablando con la boca llena.

Ciudad Trujillo era un caos de ciudad. Algunos edificios institucionales, como el palacio presidencial, se mantenían muy bien conservados, en contraste con el resto de la ciudad, que parecía que se fuera a derrumbar de un momento a otro. Las calles no se adecentaban con frecuencia y hedía a contenedor de basura por todas partes. En los edificios todos los balcones se protegían con rejas, hasta arriba, lo cual provocaba una sensación de desconfianza inmediata.

El día siguiente al desembarco, nos hicieron desfilar por Ciudad Trujillo con pancartas que decían cosas tan idiotas como: “Ofrenda al Jefe, todo lo mejor”, gritando de júbilo en agradecimiento a Trujillo. Una mujer, que venía de un pueblo que limitaba con Pontroig dio a luz a bordo del barco. Al chaval lo bautizaron en el palacio presidencial, con Trujillo de padrino y doña María, su mujer, como madrina. No tuve el gusto de acudir porque no me invitaron, pero hubo gente de Pontroig que me lo contó todo. Cuando llegaron al Palacio Presidencial, el cura ya estaba allí. Estos paisanos míos no habían visto en su vida tanto lujo y tanto boato. El Benefactor llegó tarde. Al niño le llamaron Rafael Leónidas, en homenaje a su padrino. Nunca pude ver a Trujillo de cerca, ni de lejos, pero conocí a alguien que le había mirado una vez a los ojos. Esa persona me dijo que fue la primera vez que vio a un monstruo. Yo he visto a más de uno. También había gente que decía que en realidad era negro, que se estiraba el pelo cuanto podía y se empolvaba la cara con arroz para disimularlo. Al escuchar este comentario, siempre percibía en las voces de quienes lo contaban que repetirlo podía ser peligroso.

Más tarde nos hicieron saber que se iba a celebrar una misa en nuestro honor en la catedral. Nos arreglamos como pudimos para asistir. Qué emoción. Nos encantó visitar un templo después de tantos días. Aunque aquella catedral se parecía más a un castillo que a una iglesia, con aquellas formas tan cuadradas. Lo que más me llamó la atención fue el doble arco de su puerta principal, adornado con un escudo que representaba un águila de dos cabezas.

Hacía mucho tiempo que no pisábamos una iglesia y queríamos oír misa. Sobre todo para pedirle al señor que velara por nosotros en aquellas extrañas tierras. Extrañas, sí. El entorno, de una increíble belleza, con tanto verde brillante y tanto árbol por todas partes, no tenía mucho que ver con el paisaje fértil aunque austero de Valencia. El agua era la más hermosa, la más cristalina y cálida que he visto, y la costa era lo más parecido al jardín del Edén que me he podido imaginar jamás. A pesar de todo, no puedo decir que fuera un lugar idílico. La primera impresión que tuve al acercarse el barco a tierras caribeñas fue la sofocante sensación de calor. Tal vez fuera comparable a los días de más bochorno en L'Albufera, pero a diferencia de aquel, que desaparecía al alejarse de la humedad de los campos, este era un ardor que nunca te abandonaba. Recuerdo una vez, cuando era muy pequeña y aún vivían mis padres, que estábamos oyendo misa a la intemperie un día de pleno verano y me entró tal sofoco que comencé a sentir angustia y a ver chispas de colores. Mi madre me hizo sentar en el suelo y me abanicó un poco hasta que se me pasó. En la República Dominicana me volvió a ocurrir varias veces lo mismo. Aquel clima terrible solo amainaba en los meses de lluvia, más o menos entre mayo y noviembre. Durante esa temporada, se decía que se podían desatar huracanes. Por suerte, diciembre resultó ser uno de los mejores meses para llegar nosotros, ya que las temperaturas, los vientos y la humedad solían bajar desde Navidad hasta Semana Santa. Después, la cosa empeoraba.

Apenas estuvimos en la capital dos días. Para sorpresa mía, nos obligaron a volver a subir a bordo del barco para ser trasladados hasta nuestros terrenos, donde supuestamente viviríamos. Subimos como borregos al barco y nos enviaron al noreste. Nadie puede imaginarse el escándalo que se organizó en el barco. Fue como subir a un coche con un extraño y no saber dónde te llevan. La mare que els ha parit, fue la expresión más repetida durante la travesía. Algunos, que por aquel entonces eran niños y ya no volvieron de la República Dominicana, todavía la recuerdan a pesar de no conservar la lengua.

El barco fondeó definitivamente en la Bahía de Samaná. Comencé a asustarme de verdad. Tuve la impresión que, al igual que a todos los demás, me estaban engañando.

Ya habíamos atracado cuando un delegado de Trujillo acudió a comunicarnos que nuestras casas aún no estaban terminadas y que deberíamos permanecer en el barco hasta que las acabaran de construir. Comenzamos otra

vez a protestar. El hombrecillo, de piel oscura, que parecía un duende vestido de militar, nos pidió con su dulce acento que uno a uno fuéramos levantando la mano y expresando nuestras opiniones:

—¡Nos han estafado! Si la situación no mejora pronto, estoy dispuesto a volver a España en el primer barco —dijo un joven paisano con un fuerte acento de la zona.

—Como el Generalísimo prometió, caballero, puede irse cuando guste; que los gastos del viaje de vuelta están pagados, así lo dice el contrato. De momento, deberán permanecer en el barco dos semanas más.

Fueron dos semanas eternas, en las que mis únicas distracciones consistieron en escuchar las conversaciones de Sento, que trababan en su mayoría de correrías nocturnas, mujeres de mal carácter e historias de cultivos fracasados, y los paseos que dábamos por el pueblo más cercano, que se llamaba Sánchez, y en el que solo parecían vivir hombres sin camiseta cuya única ocupación era montarse de dos en dos en sus motos. En aquellos lugares siempre daba la impresión de que acababa de pasar un ciclón. Después regresábamos al barco a dormir y así transcurría la mayor parte de nuestra vida.

Por una vez durante todo el viaje no nos mintieron. Una semana más tarde, desembarcamos y fuimos trasladados al poblado. Cargados con nuestros equipajes, nos hicieron subir a dos barcazas anchas con puertas grandes. Unos éramos menos torpes que otros. Las mujeres de más edad se agarraban como podían y se mareaban. Muchos vomitaron por la borda.

Llegamos al destino y la barcaza paró a unos cuarenta metros de la costa. Los nativos acudieron para ayudarnos a bajar a las barcas en grupos, cargados con nuestros fardos. Ni en guerra he visto un desastre semejante; un río de gente arrastrando bártulos, chapoteando con el agua hasta las rodillas. Nos mojamos todos. Algunos niños pequeños tuvieron que ser llevados a hombros por sus padres. A mí se me empapó todo el equipaje.

No tengo palabras para describir cómo era aquella playa. Si dijera que era hermosa no sería suficiente, así que dejaré que cada cual que no haya estado allí se la imagine con toda la belleza que pueda abarcar un lugar. Era una selva, y las selvas dan miedo; pueden resultar lugares crueles, rebosantes de hombres negros y de animales salvajes, pero siempre he creído, estúpidamente, que cuando Dios pone tanta belleza ante nuestros ojos lo que está haciendo es manifestarse. Debemos seguirle y, si pone obstáculos en

nuestro camino, tomar decisiones para poder superarlos.

Después de bajar de las barcas vimos una serie de camiones-autocar y camionetas que nos estaban esperando. Volví a desconfiar. No podía dejar de pensar que todo era mentira. Podrían secuestrarme y, de suceder, ¿qué rescate pedirían por mí? Los autobuses, a los que llamaban guaguas, arrancaron. Desde arriba del mío se podía ver el paisaje, todo selvas y ríos. Yo, que nunca había salido de mi tierra y como mucho había ido a pie hasta Pinedo o hasta Valencia capital en el coche de línea, pude comprobar que afortunadamente no todos los lugares de la tierra son iguales. Entonces me acordé de mi hermano y me sentí enormemente melancólica. Aquello podría ser un engaño, pero yo estaba allí por otros motivos que no tenían nada que ver. Al menos tuve la oportunidad de haber cruzado el océano para atravesar en autobús la República Dominicana. Mi hermano había muerto a los veintitrés años en su sucio cuchitril, sin más compañía que la mía y la de Alfonso. Me sentí algo más afortunada. Andaba yo en mis ensoñaciones cuando miré por la ventana y, a lo lejos, distinguí a dos niños de unos doce o trece años, de piel negrísima, casi azul, descalzos y sin camisa atravesando la selva. Llevaban pistolas colgadas del cinturón. Caí en la cuenta de que aquello podía ser un augurio de cualquier cosa, menos de buena suerte.

En ocasiones sentía vergüenza ajena de los nativos que veía al pasar, sobre todo de las mujeres. Algunas iban prácticamente en cueros y estaban bastante gordas. ¡Qué escándalo! Enseñaban los pechos para amamantar a sus hijos, les llegaban hasta las rodillas, y encima fumaban en pipa. Si Sento se encontraba cerca, las miraba con una expresión placentera; menudo fresco.

Después de un largo recorrido llegamos hasta un río de gran caudal y nos hicieron subir a unas barcas iguales que las de antes. Los morenos nos advirtieron de que no nos moviéramos durante la travesía porque el río estaba lleno de caimanes. Lo primero que pensé es que era otra mentira para que nos estuviésemos quietos, pero aun así me asusté. Las demás mujeres lloraban y se quejaban, mientras los nativos se burlaban de ellas:

—¡Pero, ¿qué es esto?! —decía una señora inmensamente obesa, con un fuerte acento levantino—. ¿Dónde nos han traído? —repetía entre resoplidos hasta el punto de hacerse insoportable. Me pasé toda la travesía escuchando sus sollozos y sus sorbidos de mocos.

Uno de mis paisanos se levantó y gritó:

—¡No bajéis, no bajéis que nos damos la vuelta y nos volvemos todos a casa!

En respuesta, se oyó una oleada de expresiones afirmativas y de júbilo matizadas de fondo por los alaridos de los pájaros exóticos. Sento, sin embargo, no le hizo demasiado caso; parecía encontrarse como en su casa.

Los negros que controlaban la barca pusieron orden y mandaron al paisano a sentarse, agarrándolo hábilmente por los brazos como si moviesen un muñeco de trapo; caminaban sobre la embarcación con una soltura envidiable.

Tras un largo y tedioso trayecto por una carretera que atravesaba palmerales como una raya parte en dos una melena rizada y frondosa, llegamos a la colonia donde íbamos a vivir; se llamaba “Línea Quince”, en el municipio de Payita. Nunca había visitado África, pero esas extensiones de hierba verde y amarillenta, aquellos árboles bajos de formas enrevesadas y esas aguas pantanosas, me recordaron a la imagen que yo tenía en mi mente de aquel continente. La dominicana era una tierra profundamente mestiza.

Fuimos a visitar las que serían nuestras futuras casas, cuya construcción no había finalizado aún. En cierto modo eso nos alivió, al menos a mí; aquel lugar se daba un aire a los campamentos de gitanos que se amontonaban en las afueras de Pontroig. Más que viviendas parecían almacenes, casuchas cuadradas de colores construidas con uralita o madera, de techos frágiles. Deseé con toda mi alma que los barracones mejoraran con las obras y terminaran convirtiéndose en casas decentes.

Después vimos las tierras. No eran de regadío, ni de lejos, sino charcos pantanosos en medio de aquella selva inmisericorde, rodeados de palmeras e infestados de mosquitos y musgo verde.

Volvimos a subir a las camionetas y nos trasladaron a un lugar llamado “El Pozo”. Nos instalaron en unas chabolas que en su día fueron ocupadas por presos. Llegamos de noche. Aquel lugar apenas estaba iluminado. La mayoría desconfiamos. Me dio por pensar que tal vez nos hubiesen secuestrado y que, a lo mejor, acabaríamos todos cosidos a tiros en una playa.

En cada uno de los barracones que estaban pintados de colores chillones como en Payita, nos fueron instalando a todos. Cuatro familias en los más grandes y hasta a seis personas solteras en los más pequeños. A mí, que me hubiera gustado vivir con vecinos de Pontroig, ya que estaba acostumbrada a los hombres, me acomodaron con cinco solteronas que habían terminado ahí porque pertenecían a una asociación católica de pueblo que recibía

subvenciones del gobierno; querían hacer el bien a cambio de una cama donde dormir. Sin embargo, a mí se me antojaban seres venidos de lo más profundo de los infiernos. A Sento le asignaron una casa en el otro extremo de la colonia, bien lejos de la mía.

En un año llegamos cuatro mil quinientos inmigrantes a la República Dominicana: valencianos, gallegos y canarios en su mayoría. Nos repartieron por todo el país, pero el grueso fue a parar a Baoba, en el norte de la isla; aunque la mejor tierra estaba a mil doscientos metros de altitud, en el Valle de Constanza.

Pasamos un par de meses en los barracones de “El Pozo”. Hasta que por fin, cuando nuestras casas estuvieron terminadas, nos llevaron definitivamente a Payita.

Aunque adecentaron las tierras, no dejaban de ser pantanosas. El poblado había sido construido sobre una selva y las ciénagas estaban ocultas bajo la hierba. Teníamos que ir pinchando con una vara para ver dónde estaban. Una vez, por empeñarme en seguir al valiente de Sento, pisé donde no debía y caí por error en una. Él mismo me ayudó a salir.

—¡Mira por dónde pisas, morena, que casi no lo cuentas! —dijo, con su habitual suficiencia. Yo me limité a sonreír y le di las gracias, encantadísima de ser socorrida por mi héroe.

Me sentía muy estafada, supongo que al igual que todos. Nos habían prometido tierras de regadío y aquello eran charcas cenagosas. Los mosquitos picaban a través de la ropa. Me salieron unas ronchas que escocían como quemaduras y me pasaba el santo día rascándome.

He llorado muy poco para como he vivido, pero siempre digo que no es lo mismo llorar por debilidad que por rabia. Como de costumbre, en Payita tampoco tuve mucha suerte que digamos. Volvieron a acomodarme con las mismas beatas que compartieron vivienda conmigo en “El Pozo”. Cuando regresaba todas las tardes a la cabaña, me echaba a llorar en mi cama. Siempre procuraba que ellas no me vieran; normalmente se alegraban de encontrar debilidades en cualquiera que demostrara un mínimo de valor. Es difícil comprender la sensación de derrota cuando no se ha abandonado un mundo de miseria para no encontrar nada mejor, teniendo que cargar además con todas las consecuencias. Pensaba en cuál había sido mi verdadera razón para cruzar el charco; acordarme de eso y de Sento era la mejor medicina. Eso y la sensación de libertad que me envolvía en aquella tierra tan hermosa como

cruel.

Mis compañeras de piso se llamaban: Inmaculada, Elena, Dolores, Rosa y Paulina. Solo cinco mujeres como ellas podían haber llegado hasta Payita para cumplir una misión: hacer el bien mientras se quejaban. Soy creyente, mucho, amo y respeto a Dios nuestro Señor sobre todas las cosas porque está en todas partes, pero nunca he comprendido a qué llaman algunas organizaciones religiosas “buena persona” o qué entienden por “hacer el bien”.

Por respeto, y porque temo meterme en un lío, no voy a mencionar el nombre del grupo católico para el que aquellas brujas trabajaban de voluntarias. Por lo que pude comprobar, según ellas parecía existir una especie de listado imaginario de cosas con las que había que cumplir en un lugar y un horario determinados. Al margen estaban la personalidad y la vida privada de cada una en la que, al parecer, podían hacer lo que les viniese en gana. Ser buena persona y hacer el bien para ellas era como un trabajo detestable. Algo molesto pero imprescindible para que, cuando cruzaran el umbral, tuvieran la garantía de una plaza al lado del mismísimo Señor.

Todas ellas formaban un grupo inseparable. Podrían haberse convertido en una sola persona y no habría ni caído en la cuenta, de tan insulsas que eran. Del grupo solo podría destacar a una de ellas: Elena; y digo que podría hablar de ella en especial porque, aparte de ser la cabecilla, puede que fuera de las peores personas que he conocido en mi vida. Gran parte de los chivatazos de la colonia salían de su boca a cambio de recompensas económicas.

—Hay personas que van al cielo directamente —decía, remangando su nariz de apagavelas.

—¿Por ejemplo?—preguntaba yo, tentándola a decir barbaridades.

—Las personas refinadas y de espíritu elevado —respondía, casi siempre mientras peinaba su larga melena pajiza. Se pasaba la mayor parte de su tiempo libre haciéndolo.

—¿A qué te refieres?

—A que la gente del campo, los analfabetos, esta gente bruta lo tiene más difícil. No entienden nada porque no han recibido instrucción ni educación, y eso les lleva a pecar con más frecuencia —sentenciaba, mientras sostenía sobre mis ojos sus mirada acuosa.

—¿Y los negros?

—Ellos también lo tienen complicado. Son gente sucia, apestan; no contienen su lujuria. ¿Te parece normal que aquí un hombre tenga dos mujeres?

—mientras hablaba, no asomaba a su rostro ni un mínimo rubor.

—No, Elena, muy normal no me parece, la verdad.

Era bajita, casi enana, andaría por el metro y medio, y se contoneaba por la colonia como si fuera una calle principal de la ciudad. Se dejaba suelta la larga melena, lacia y sedosa como una cortina y provocaba a todos los hombres con sus movimientos, aunque después era la tía más estrecha bajo la capa del cielo.

En la casa siempre solía acaparar los mejores sitios para sentarse a comer o a descansar, que era lo que hacía la mayor parte del tiempo. Siempre se colocaba lo más cerca posible de las ventanas. Como la casa era estrecha, profunda y más bien oscura, el ambiente se enrarecía con facilidad y acercarse a los puntos de luz era tentador, pero con Elena allí a todas horas era prácticamente imposible. Algunas veces se lo echaba en cara:

—Oye guapa, no te creas la dueña de las ventanas.

A Elena, y a sus bienintencionadas compañeras, les mandaban dinero sus familias a veces. Eso se sabía en la colonia, pero lo escondían tan bien que nadie pudo asegurarlo nunca. Se negaban a compartir todo lo suyo, incluso la comida que les enviaban desde España; criticaban a la gente pobre y analfabeta con la que compartían alojamiento y se dedicaban a difundir la palabra de Dios; además, hacían de voluntarias en las escuelas y en los hospitales. La gente como ellas va de cabeza al infierno.

Mientras tanto, en la Línea Quince nada transcurría con normalidad. No parábamos de rezongar. Se escuchaban juramentos por todas las esquinas. Todo el mundo se quejaba de la situación, del engaño, de la estafa. Algunos comenzaron a enfermar de malaria. Tal era la situación, que decidimos convocar una junta para tratar el tema.

—Por lo menos en Pontroig había calles asfaltadas; era nuestro pueblo e íbamos a la iglesia los domingos. Esto son chozas dejadas caer en medio de la selva —sentenciaba un hombre ya mayor, que estaba sentado en primera fila.

—De noche, para salir a las letrinas, hay que ir con piedras para matar a las cacatas\*; si no, te pican —se quejaba la mujer obesa que no había parado de lloriquear durante la travesía en barco por el río, cuando nos trajeron por primera vez a ver Payita.

—¿Y quién quiere salir solo de noche en un país donde los niños llevan pistolas?—dijo una joven madre, que sostenía sobre su regazo a una niña de unos dos años, sospechosamente callada e inmóvil.

—Estas tierras son pantanosas, aquí no se puede plantar. Cuando venga la época de lluvias no lo quiero ni pensar —volvió a añadir el anciano de la primera fila.

—¡Qué estafa!—murmuraban unos cuantos al fondo de la sala.

—¡Menudo engaño!—dije yo.

—Vamos, cálmense. Todo se arreglará. Sean positivos, solo es la llegada que está siendo mala. Hay que adaptarse, eso es todo —comentó Sento, volviéndose hacia atrás desde su silla, también situada en la primera fila, cerca de la del señor mayor.

—Pero ¿qué estáis diciendo? Tengo dos hijas con malaria; si no mejoran, pronto nos tocará volver a España—respondió la madre que traía a su hija en brazos con muy mal aspecto.

La junta no sirvió de mucho. Algunos, como Sento, intentaron calmar los ataques de ira de otros. Por lo menos, fue positivo hablar y desahogarnos. A la salida de la reunión, me coloqué a su lado y le pregunté:

—¿De verdad crees que esto mejorará?

—Sí. Por decepcionante que sea todo lo que nos hemos encontrado sigo teniendo tantas esperanzas que creo que, por lo menos, a mí me va a servir —respondió con un tono de voz acongojado.

—Creo que sí, te va a ir muy bien. Nos irá bien a todos si hacemos un esfuerzo —dije, intentando buscar la moral de donde no la había.

Sento se quitó el cigarro de la boca y sonrió. Los ojos azules le brillaron como antorchas.

La vida en Payita continuaba. Siempre me ha impresionado comprobar cómo una persona se resigna y aprende a vivir con lo que tiene. No nos resultó difícil porque era lo único que habíamos hecho desde la guerra. Había días mejores y días peores. Algunos muy buenos, sobre todo cuando pedíamos el pase para salir de Payita e íbamos a Villa Julia Molina, la ciudad más cercana; se llamaba así por la madre de Trujillo. Yo aprovechaba para llamar a Alfonso desde una cabina al teléfono de la taberna El Canyar. Alfonso nunca fue muy cariñoso, pero se ponía muy contento cuando hablaba conmigo. Siempre me decía:

—No tenías que haberte ido tan lejos. En ese país no hay más que miseria. No te hacía ninguna falta.

El bueno de Alfonso no sabía lo que se decía, ignoraba por completo mis intenciones y el motivo por el que había decidido cruzar el charco, pero por

no llevarle la contraria le daba la razón. En el fondo, no andaba tan desencaminado.

Mientras intentábamos plantar arroz en aquella selva, yo seguía a Sento como si fuera su sombra. Comencé a fingir que no sabía cómo eran muchos de los procesos del cultivo del arroz, y de esta forma encontraba una excusa para acercarme a él. Volvió a enseñarme algunas cosas que yo sabía hacer mucho mejor que él, tales como el machacado del forraje o el barrejat. Sento, que no tenía fama de ser precisamente estúpido, se aprovechaba bastante de la situación y todas sus enseñanzas iban acompañadas de roces disfrazados: que si te cojo de la cintura un momentito, que si mientras sujetas las herramientas pongo mi mano encima de la tuya.

En La Colonia, a nadie se le escapaba ni un solo chisme. Se aburrían tanto que, incluso estando ciegos, se hubieran dado cuenta de que yo perseguía a Sento como una avispa y de que él me manoseaba con total desvergüenza. Mis compañeras de barracón se creyeron con el derecho a advertirme de que tenía una hija con otra y de que se dedicaba al juego y al estraperlo, como si eso no lo supiera yo de sobra. Lo decían por pura envidia cochina.

Al verme rodeada de tan espeluznantes mujeres, me vi abocada a hacer amistad con Rosana, la chica de Pontroig a quien conocí en el barco. Dedicaba la mayor parte de mi tiempo libre a almorzar con ella y con su familia en su barracón o a espiar a Sento, creyendo estúpidamente que nadie se daba cuenta.

Rosana, una joya de persona. Jamás la escuché hablar mal de nadie. Daba la impresión de ser tan devota, tan sufridora, tan abnegada, tan dedicada a su familia, tan aparentemente insuperable y radiante al mismo tiempo, que confieso que a menudo la envidiaba. Comía con ellos tres los domingos y algunos días entre semana; y a veces viajábamos juntas a la ciudad, con todos los demás, cuando nos juntábamos grupos grandes. Luego nos separábamos del resto y caminábamos hasta el mercado o buscábamos alguna tienda si necesitábamos comprar algún objeto o ingrediente específico que no encontrábamos en Payita. Solía hablarme a menudo de su primo, Rafa el Negro. No tenía ni idea que ellos dos fueran familia, pero la tez morena de Rosana no dejaba lugar a dudas.

—Mi primo Rafa es muy guapo, probablemente el más guapo del pueblo —comentaba Rosana cada vez que nos cruzábamos con algún chico interesante y yo decía que me gustaba.

—Reconozco que no es feo —contestaba yo con la boca pequeña.

—Vamos, di la verdad. Nadie puede decir que es feo. No puedes decir que no te gusta; les gusta a todas. —Y se reía a carcajadas.

Rafa el Negro siempre me pareció un auténtico cafre. Menos mal que Rosana se me adelantó porque si no, sabe Dios cómo le hubiese hablado yo de su querido primo.

Algunas veces, muy pocas, nos uníamos a otras mujeres para hacer compras por el centro de la ciudad.

—¡Hay que ver cómo te miran los hombres, Paca, todos te piropean! —exclamaba Rosana, alegrándose por mí.

—Pues ojalá te empiecen a piropear a ti y a mí me dejen tranquila.

Molestaba. Aquellos negros la trataban a una como una perra. A lo único que se dedicaban en todo el día era a hacer girar sus cabezas rizadas por la calle siguiendo a las mujeres con la vista, porque lo que era trabajar... más bien poco. Lo más desagradable era tener que escuchar delicadezas como: “Qué pena que lleves el pelo corto, con lo linda que eres. Con esos ojos verdes”.

De buena gana hubiera cambiado a todas aquellas estúpidas de mi barracón por Rosana pero, al ser soltera, no me estaba permitido mudarme con ella y con su familia. Con lo que había tenía que aprender a vivir.

A veces, los hombres planeaban escapadas al bar América, que estaba en Villa Julia Molina y lo regentaba un valenciano. En aquellas correrías vi una oportunidad para forzar un encuentro de verdad con Sento, pero las quedadas acostumbraban a ser nocturnas, con lo que las mujeres no solíamos unirnos a ellos por el “qué dirán”. Una mañana, lo comentaron en la plantación y yo les dije, provocándoles:

—¿Qué fiestas son esas en las que no podéis bailar con mujeres?

—Eso es lo que tú te crees —contestó un viejo picarón sonriendo con desvergüenza.

En las calles próximas al bar América se ofrecían algunas prostitutas. A muchos hombres no les gustaban las “morenas”; tal vez por eso, un domingo hicieron planes para por la tarde. Benito, el dueño, cerró el bar solo para celebrar la fiesta. Pudimos apuntarnos unas cuantas chicas y varias parejas que no tenían hijos. Ese tipo de festejos no estaban tan mal vistos porque allá, en la República Dominicana, se fomentaban mucho los noviazgos entre paisanos; eso sí, era imprescindible cumplir con ciertas normas de moralidad. Para acudir a la fiesta, nos jugamos el pellejo conduciendo un coche prestado desde

la colonia hasta Villa Julia Molina.

A pesar de todo lo que se había escuchado de él, el bar América pasaba el corte de decencia; el dueño limpiaba a diario y no se veía demasiada gentuza por los alrededores. Imagino que las prostitutas saldrían de noche. El local solía llenarse de paisanos y otros españoles de las colonias vecinas, sobre todo los sábados, cuando algunos solicitaban un permiso al gobierno para salir de la colonia. Los permisos no solían durar más de una semana. También se colaba algún dominicano que otro, pero pocos, y el que entraba era para lucirse.

Olía por todas partes a café molido y a alcohol, más concretamente a anís y a ron. El bar América no dejaba de ser, sobre todo, un establecimiento nocturno, donde los hombres se jugaban los cuartos a dos barajas y bebían sentados o de pie en la puerta. Tenían una gramola maravillosa. Los chicos nos dedicaban canciones y nos invitaban a bailar. Y se me llevaban los demonios cuando Sento las sacaba a todas menos a mí.

Notaba que lo hacía adrede y, más tarde, cuando fuimos más que amigos, me confesó lo mucho que se divertía viendo mi cara mientras él bailaba con otras. Si algo me pierde son los celos, no puedo evitarlo.

Un día, por fin llegó mi momento. Sento se acercó a mí muy decidido y me habló:

—Baila conmigo, Paca.

Más que pedírmelo, me lo ordenó con su típica sonrisa, encantadora pero soberbia, tendiéndome la mano. Daba por hecho que le iba a responder que sí. Sentí la sangre en mis mejillas y me quedé boquiabierta. Menudo sinvergüenza. A punto estuve de decirle que no, pero ¿quién se le resistía? Acepté y, entonces, reconocí su mirada. Ya la había descubierto mucho antes en otros hombres, pero aquello era distinto. Se detuvo en cada uno de mis rasgos y, por último, en mi pelo y en mi boca. No es tan fácil ocultar siempre lo que uno piensa, especialmente cuando entre dos cuerpos no puede filtrarse ni el aire. Posó una de sus manos en mi cintura, bueno, un poco más abajo, y con la otra me agarró la muñeca. Fue entonces cuando percibí la diferencia de cuando me invitaban a bailar otros hombres o alguna chica desaparejada; me sujetaban como flotando en el aire, como lo harían con un instrumento o como si me fuese a enfadar si ponían las zarpas donde no debían. Sento ni se preocupaba de eso, me robaba el trozo de carne que sujetaba en mi cintura y la piel que sostenía con fuerza en mi mano. Me besaba solo con mirarme. Se

quedaba con el tacto de mi cuerpo apretado contra el suyo. La sensación era muy distinta, no adivinaba por qué, pero me encantaba.

Sonaba una canción lenta de fondo, una americana de la época, de las que se prestan al asunto. Sento me soltó:

—Paca, no te voy a decir lo guapa que eres porque sé que estarás harta de oírlo.

Y no le faltaba razón. Por mi mente se sucedieron los recuerdos de todas las ocasiones en las que me habían piroleado. No me han ayudado en la vida los cumplidos. Ni en aquella época era yo tan estúpida como para no darme cuenta de que había muchas que le sacaban partido al asunto; y algunas eran, de largo, más feas que yo. Si una se comportaba como le venía en gana, si salía con éste y volvía con aquella ponían a caldo; decían eso de que nunca se casaría y que ningún hombre la querría y entonces, ¿de qué iba a vivir la pobre infeliz? A mí, que me habían criticado siempre; yo, que me había ganado los cuartos toda la vida y que no tengo ni padre ni madre, ni perrito que me ladre, ¿por qué no podía usar mis dones, yo que no le debía nada a nadie? Pensé en ello como en una posibilidad, mientras Sento me decía todas esas cositas tan parecidas a las que les dicen los veterinarios a los caballos y los médicos a los niños, cuando van a ponerles una inyección. Si padre Dios me había dado una herramienta, bien podía considerarse una ofensa que no la usara. A veces, un hombre desea algo de una mujer y una mujer le da lo que quiere para conseguir lo que busca. Todo el mundo lo sabe. Hasta Dios lo sabe.

Una cicatriz pardusca, con relieve, atravesaba el rostro de Sento. Le caía justo por el extremo de la ceja derecha hasta lo alto del pómulo; ya comenzaba a emborronarse, pero seguía siendo visible. Le favorecía. Todo le sentaba asquerosamente bien, maldita sea. Aproveché para deslizar mi dedo sobre el surco que le cruzaba parte de la sien. Le pregunté cómo se lo hizo. Me pidió que le acompañara fuera, que prefería buscar un lugar con cierta intimidad para hablar de esos asuntos. Salimos a la calle y me guió hasta un callejón, con unos escalones al final que daban a un pequeño parterre de vegetación descuidada. Allí nos sentamos.

—Esto es una cicatriz de la guerra —explicó, señalándose la cicatriz con el dedo índice.

—Disculpa, no era mi intención recordarte cosas desagradables.

—Una bala me alcanzó de cerca, no me dio de lleno porque estaba tumbado en el suelo —siguió contando, con las pupilas dilatadas por la falta

de luz.

—Me alegro. Si no, no estarías aquí ahora. Yo también viví la guerra, pero de muy pequeña. Aun así, vi cosas horribles; muchas noches tengo pesadillas...

Bajé la vista, los recuerdos me absorbieron repentinamente y las imágenes diabólicas comenzaron a bailar en mi cabeza; hasta que las manos de Sento, deslizándose sobre mis caderas, me arrancaron de mis alucinaciones. Puso su boca sobre la mía y me besó de una forma salvaje, agarrándome con fuerza, como si fuese el último beso de su vida. Me desagradó y me fascinó al mismo tiempo. Nunca en la vida me habría imaginado que la primera vez que besara a un hombre sería así.

En el callejón anochece. Nos adentrábamos en él en aquella hora de la tarde a la que los valencianos llamamos “poqueta nit”, esa en la que el cielo se vuelve de un color amoratado y empiezan a asomarse algunas estrellas. Me despegué de Sento lo más cuidadosamente que pude y le dije que teníamos que volver. Me levanté. Al final de la calle distinguí a una mujer solitaria que se contoneaba de esquina en esquina. Sento me miró como un animal desde una jaula. Esta vez fue él quien me siguió a mí hasta el bar América.

A partir de ese día, Sento y yo empezamos a vernos con más frecuencia. A veces íbamos solos a la ciudad, en otras ocasiones a la playa de Arroyo Salado, a diez minutos de Payita. Yo solía atormentarle con mis avistamientos imaginarios de ballenas:

—¡Mira! Ahora no me puedes decir que no la has visto —insistía yo, plantada enfrente de la línea del agua con el brazo estirado señalando algún cetáceo de gran volumen, que muy lejos de la orilla sacaba su cabeza para respirar.

—Eso no son ballenas, Paca, son peces normales y corrientes, lo que pasa es que están tan lejos que parecen más grandes de lo que son —respondía Sento sentado en la arena, agotado y enrojecido por el sol.

—¡Son ballenas, míralas, van en manada! —seguía yo dando la lata, casi dando brincos de alegría.

—¿Por qué te gustan tanto las ballenas? —preguntaba Sento mientras fumaba, como siempre. Fumaba como un carretero.

—Porque una vez, mi hermano y yo vimos una. Estaba muerta. Cuando las ballenas se sienten enfermas nadan hasta la orilla de las playas y allí se dejan morir. Aquella ballena fue a morirse a Pinedo. Sento me miró como si se fuese

a reír a carcajadas. Aquella expresión en su cara me recordó a las de Alfonso; su forma de gesticular cuando algo le parecía ridículo era muy parecida.

—¿Quién te ha contado esas tonterías? Eso es imposible. Si fuera así, las playas estarían llenas de ballenas muertas y ni tú ni yo podríamos estar aquí sentados de tantas que habría. —Siguió manteniendo su sonrisa escéptica.

—Es verdad, siguen su instinto. Desde que nacen saben que deben morir en las costas. Igual que nosotros sabemos que no debemos vivir en la ignorancia y perseguimos las respuestas a las preguntas que nos hacemos —le expliqué, mientras restregaba mis manos sudorosas entre sí.

—¿Qué preguntas te haces tú? —contestó, y enterró la colilla de su cigarro en la arena.

—Busco al hombre que mató a mi padre.

Sento me miró de reojo, con sus ojos azules regañados por el sol, después bajó la vista y su expresión se quebró como un cristal roto. Guardó un silencio solemne, como el de quien vela el cuerpo de un hijo difunto. Así permanecimos los dos hasta que el sol comenzó a ponerse. Después decidimos volver a la colonia.

## CAPÍTULO IX

Muchos de los colonos enfermamos. Las sanguijuelas se nos pegaban a la piel y más de un día, algunos labradores salimos de la plantación con la cara hinchada por los ataques de los insectos. Al final no nos quedó más remedio, cuando íbamos al huerto, que vendarnos aquellas partes del cuerpo que llevábamos al aire para que no nos picaran los mosquitos.

Cualquiera puede pensar, ¿cómo es posible que esa gente que había pasado por una guerra se pusiera tan remilgada con unos cuantos bichos? Lo que ocurría es que aquellos animales contagiaban la malaria. En mi colonia, no, pero en algunos poblados de otras zonas hubo gente que hasta se murió.

A mí me entró fiebre diez días después que a la mayoría. Recuerdo estar tapada hasta el cuello, sudorosa y con escalofríos; me dolía la cabeza como si me la fuesen a abrir en dos mitades, peor que un catarro mal curado. Hubo gente en Payita a la que no le bajó la fiebre en mucho tiempo. Nos apartábamos los unos de los otros como si tuviéramos la peste. Era ver una cara amarilla y echar a correr.

Algunos de los enfermos decidieron regresar a España. Allí las cosas no andaban mejor, pero al menos ya habíamos dejado atrás la peor época de la posguerra. Los paisanos de Pontroig me animaban a volver con ellos, sobre todo Isabel, una rubia larguirucha que también vivía en Payita con su marido y sus dos hijas, la madre que acudió a aquella junta vecinal con su hija pequeña enferma:

—Vamos, Paca, tú todavía tienes edad. Hay gente que ha echado raíces aquí, pero tú aún estás a tiempo. —decía tratando de convencerme—. Nosotros nos vamos porque María va a cumplir siete años y Sabel tiene ya catorce; es más alta que yo, que ya es decir. No te imaginas la de negros extraños que la persiguen por la calle y merodean por la colonia buscándola. Tengo miedo, Paca y Sabel también, no queremos quedarnos más. —La angustia asomaba a sus ojos—. Además, aquí cerca no hay hospitales. Si te pasa algo grave te mueres por el camino. Mira todos estos enfermos y lo que

pasó el otro día con el hijo de Julito.

Se refería a una vez en que uno de los niños de Julio, un gallego con muy malas pulgas, también instalado en la Línea Quince, se rompió un brazo y él tuvo que cruzar el río llevando a cuestas al hijo y esperar en una parada de guagua durante horas para llegar a un centro de salud próximo.

Todas esas personas tenían razones para marcharse. A su manera buscaron excusas. Pero a mí aún me quedaba mucho trabajo por hacer. Por fin sentía que caminaba por el camino correcto.

Mis relaciones con Sento se fueron fortaleciendo, a pesar de los hirientes chismorreos que circulaban por la Línea Quince. De no haber tenido nada que conseguir a cambio nunca me hubiese abierto de piernas, pero me di cuenta de que era casi la única manera de hacer hablar a un hombre como él. Nunca pensé que aquellos actos sexuales serían violaciones consentidas. Después de magrearme como una barra de pan antes de ser comida, Sento me colocaba como si fuese un saco de arroz en cualquier esquina. Sin pensarlo demasiado, me apartaba la ropa que le molestaba y se ponía encima, descargando todo su peso sobre mí. Entonces, me penetraba. Era doloroso a veces, porque solía ser brusco y no daba tiempo a que el cuerpo se me acostumbrara. A veces sangraba después de tener relaciones y me preguntaba muchas veces si habría violado a mujeres en la guerra. De repente, me acordé de aquel miliciano que intentó forzarme de niña en la antigua casa de mis padres y supe que sí. Pero no se lo quise preguntar. A veces no hace falta saberlo todo sobre alguien.

Tampoco podría decir que no me gustara nada. Era una sensación extraña. Sabía que él no era consciente de su actitud. Además, cuando terminaba, se relajaba como nunca y parecía ser feliz, un instante que pasaba muy rápido. Esos eran los momentos perfectos para hacerle hablar.

—Dicen que mi padre está enterrado en el planter, al lado de la barraca de Alfonso —le comenté un día, mientras estábamos en la playa. No esperaba que reaccionara con tanta indiferencia.

—A ti te gusta creerte todas esas mentiras, ¿verdad? Todos esos cuentos de las ballenas, la tumba de tu padre, Dios todopoderoso. Sé lo insoportable que puede ser la vida cuando no se cree en nada, pero sabes que todo eso son bobadas —contestó sin ni siquiera mirarme.

—A lo mejor no. Imagínate que fuera verdad, que pudiera enterrar a mi padre en el cementerio, con mi madre y con mi hermano.

—Tu padre estará enterrado en cualquier fosa común en un monte perdido.

Hazme caso y deja de buscar. Olvídate de los muertos y recuerda que eres tú la que está viva y estás aquí con los demás. —Se levantó bruscamente.

—Mataron a mi padre y con él se nos fue la vida. Tengo derecho a buscar al responsable —dije gritando, como si necesitara su aprobación por encima de todo.

—Y me dices eso a mí, que soy hijo de una prostituta gitana y de un desconocido, que siendo un niño he tenido que aguantar que los hombres se beneficiaran a mi madre en la habitación de al lado, que la trataran mal sin yo poder hacer nada, que he estado en una guerra, que he visto y oído cosas que... Ahora estoy aquí, en otro sitio y quiero olvidar, empezar otra vez. No me apetece hablar de todo eso. —Encendió otro cigarro y se alejó de mí paseando solo y abstraído por la orilla de la playa, como si estuviese recordando con todo detalle todas las horribles imágenes que acababa de describir.

A veces, mis intentos de sonsacarle información salían bien, pero otras no tanto. Los recuerdos le desgarraban.

—Sento, aunque no me creas, yo te quiero a mi manera —le consolaba yo, cuando comenzaba a enfadarse a causa de mi insistencia.

—Mentir no es de cristianos, Paca. —La expresión de su rostro durante aquellos ataques de ira era de pura impotencia.

—No te miento, rezo todas las noches por ti a la Virgen para que algún día tú también me quieras.

—No, no le rezas por mí, le rezas por ti. Yo también te quiero a mi manera, Paca, no te creas, pero te conozco —decía, con las venas hinchadas asomando a la piel de sus sienes, mientras me señalaba acusadoramente.

—Tú no sabes nada de mí.

—Ya lo creo, Paca, sé muchísimo más de ti que tú misma. Sé que tu Dios no te ha dado más que pena y miseria en esta vida, que esas malditas ballenas con las que sueñas no son más que fantasmas que arrastras a todas partes y que no dejan que te muevas del mismo sitio donde estás por muchos océanos que cruces, que no has venido a este mundo sino a sufrir. Pero eso no es motivo para odiarnos a todos. —Se quedó jadeando—. Ahora va y me dice que está rezando por mí, ¡será posible!

—Lo digo de verdad, Sento. Mira esos cardenales que tienes en los brazos y esos cortes que tienes en la cabeza. Por favor, para de lastimarte. ¿Qué sentido tiene?

—Paca, tú otras cosas no sé, pero tonta no eres. Antes o después, lo

sabrás.

—¡Estás loco, eres un suicida!

—Con esa delicadeza, a lo mejor te sales con la tuya. ¿Te crees que no sé por qué te arrimas a mí? ¡No me dejas tranquilo! ¡No paras de hacerme preguntas sobre la noche que mataron a tu padre! ¿Por qué iba a querer contártelo? Si yo te preocupara lo más mínimo, te pondrías en mi lugar e intentarías imaginarte lo que se siente contándole a alguien cómo fue la noche en que casi te llenan la cabeza de plomo.

—Sento, sé que no me debes nada, pero no pienses en la Paca de ahora, la que está aquí contigo, piensa en la niña que se crió sola; hazlo por aquella niña, por la Paca pequeña... — suplicaba yo agarrándole con ambos brazos.

—¡Déjame en paz! —gritaba, zafándose de mi abrazo.

—Pues hazlo por mi hermano.

—Paca, no te empeñes en remover la mierda. Asume lo que te ha tocado y sigue adelante. Intenta llevar una vida como las demás mujeres.

—Sento, no me des lecciones. Siempre habla el que más tiene que callar.

—Ya te he dicho muchas veces que esa noche no vi nada. Me llevaron todo el tiempo metido en el furgón, creyendo que no volvería vivo. ¿Qué querías, que cotilleara lo que hacían como una alcahueta?

—Pero oíste algo, seguro.

—¡Nada, haz el favor de dejar este asunto ya! —y cerraba su discurso con una frase gritada y algún puntapié, o un manotazo contra algún objeto. A veces hasta se hacía daño y todo. Después montaba en cólera y me pedía que me alejara de él.

Había comenzado a vivir solo en Villa Julia Molina, en un cuchitril. Cuando se quedaba a solas, daba tales golpes por todas partes que se escuchaban desde fuera. Destrozaba cristales y muebles; a veces, incluso, se hacía cardenales de tanto aporrear objetos. Después salía serio y silencioso y se ofrecía a llevarme a la colonia, aun a riesgo de que nos cogieran por el camino sin el permiso. Nos jugábamos el cuello.

Sin apenas darme cuenta pasaron dos años, y los que quedábamos seguíamos intentando acostumbrarnos a la vida en Payita. Improvisábamos depósitos de agua, organizábamos fiestas locales y nos íbamos relacionando torpemente los unos con los otros. Un diecinueve de marzo, día de San José, construimos una falla con los trastos viejos de todos los vecinos. Cada uno sacó lo que tenía; el uno una silla vieja, los otros una puerta que se había roto.

Como solía hacerse antiguamente en Pontroig y en casi toda Valencia, apilamos aquellos cacharros de madera todos juntos y les prendimos fuego. Les costó arder, con tanta humedad no era de extrañar. Allí, en mitad de la selva, se cantaron canciones típicas falleras. Algunos niños se vistieron imitando los trajes tradicionales, aunque resultaba difícil, por no decir casi imposible, conseguir algún parecido con tan poco brillo. Durante las celebraciones se formaron muchas parejas, y algunas llegaron a cuajar. Entre ellas, no nos encontrábamos Sento y yo.

Si me preguntaran ahora, no sabría decir lo que éramos él y yo; supongo que novios a escondidas y unos amigos que se ayudaban a los ojos de los demás. A veces venía a buscarme e íbamos juntos al antro donde vivía; otras veces hacíamos alguna excursión a Moca, un pueblo que se encuentra a unas dos horas y pico de Payita.

Aquellas escapadas eran arriesgadas. Tal vez me quede corta, eran suicidas. Sento conducía como si no le importara perder su vida en ello, olvidándose de que yo viajaba con él. Con intención de adentrarse en la selva sin permiso y conduciendo de aquella forma me aterrorizaba, porque podíamos llamar mucho la atención del gobierno y acabar deportados.

A veces, esa especie de fugas terminaban convirtiéndose en travesías hermosas y yo conseguía olvidarme de las condiciones en las que viajábamos. Era frecuente encontrar por el camino comitivas de dominicanos que cruzaban la selva con dos estandartes a hombros, uno con la imagen de Trujillo y otro con la estampa de la Virgen de las Mercedes. Nunca fuimos denunciados; lo pienso ahora y me parece un milagro. Muchos nativos tenían miedo de los colonos, que éramos blancos y extranjeros, por eso nos guardaban el secreto. Hasta que salí de España, los campesinos de la huerta me habían parecido siempre las personas más morenas que había visto en mi vida, incluidos mi hermano y yo; pero al lado de aquella gente parecíamos tan blancos como ingleses o franceses; yo, que siempre me vi como una aceituna negra.

Una vez en Moca solíamos visitar la cascada, un lugar de aguas verde joya y con unos chorros que caían como azúcar glaseado sobre una tarta, o paseábamos por el pueblo. A veces aprovechábamos para comprar algo si teníamos dinero suficiente. Durante una de aquellas compras puntuales conocimos a una familia natural del lugar que vendía todo tipo de verduras en un puesto callejero. Eran gente extraña, algunos de ellos mestizos, sobre todo los hijos; creo que tenían cuatro, si mal no recuerdo. Uno de ellos con los ojos

tan verdes que destacaban sobre su piel marrón chocolate. La mujer, de belleza exótica, si no hubiese sido por su pelo, rebelde y fosco como una de esas nubes de algodón que venden en las ferias, podría haber resultado atractiva para los hombres. Se llamaba Altagracia, todavía me acuerdo; muchas dominicanas se llaman así en honor a una virgen protectora del pueblo dominicano. Él, sin embargo, era grueso y medio jorobado, bastante mayor que ella.

—¿Vienen de alguna de las colonias de españoles? —preguntó el caballero, mientras contaba el cambio para devolvérselo.

—Sí, de Payita —respondí yo, mientras le tendía la mano para que me lo entregara.

—Habrán conseguido el pase, ¿verdad? —en su voz se adivinaba temor.

—Sí, claro, nunca viajamos sin el pase —añadí.

—¿Y cómo les van las cosas por acá? —preguntó esta vez la mujer.

—No volvemos a España por todo lo que nos costó venir; lo dejamos todo y todo lo que nos prometieron era mentira —intervino Sento.

—No hablen del Jefe, acá no se puede. Al que habla mal del Jefe le ahorcan, le torturan o le meten preso. No hay límite —el temor en la voz del vendedor se hacía cada vez más evidente.

—Ni en España —se burló Sento.

—Pero acá no es lo mismo. ¿Se creen que allá en las tierras que a ustedes les dieron no vivía nadie? —le respondió el hombre, incómodo por la broma chulesca de Sento.

—¿Y a dónde les llevaron? —pregunté.

—No lo sabemos.— Después de responder, el hombre hizo una seña a sus hijos para que le ayudaran a recoger. Nos estaba echando, iba a cerrar.

Al volver de Moca, Sento no me llevó directamente a casa. Fue un viaje silencioso, incómodo, tenso. Nos limitamos a mirar por la ventana, viendo verdes intensos, azules profundos, grisáceos y alguna gente marrón. Por fin, tomé la palabra:

—Sento.

—¿Qué? —contestó secamente, mientras por la cochambrosa carretera nos cruzábamos con un señor de unos setenta años montado en una moto que parecía su hermana gemela, de tan vieja y deslucida que era. En el portabultos llevaba amarrado un capacho del que sobresalía la cabeza de un pescado. No se parecía en nada el hombre, pero por algún motivo me recordó a Alfonso.

—¿Qué crees que pasó con esa gente?

Me miró con sus ojos de ave de rapiña.

—¿Qué gente? —contestó después de pasarse un buen rato callado.

—Los que vivían en Payita.

Por la ventana se divisaba la fachada de una pescadería, con una especie de pez serpenteante pintado en la fachada azul celeste; debajo, el nombre del local: “Pescadería la Morena.” No sé si por el dibujo del animal o por la piel de la dueña.

Sento no articuló sonido alguno, solo se escucharon las risas descaradas de una chica gordinflona que caminaba por la carretera seguida por un joven más o menos de su edad. Él la piropeaba con desvergüenza.

—¿Qué crees que pasó? —repetí.

—¿Por qué quieres hablar de eso? —respondió sin mirarme, con los ojos fijos en la carretera.

—Porque no me gusta ignorar. —Le di un golpecito suave en el hombro, indignada.

—No te empeñes en saber eso —intentó cortar la conversación, sin éxito.

—¿Están muertos? ¿Qué falta hacía matarles? ¿No podían haberles enviado a vivir otro sitio? —ya me limitaba a dar gritos en lugar de hablar.

—Paca, ¿no ves lo que ocurre con los de Haití? —me explicaba en un tono entre cura y padre.

—Que si pasan la frontera y Trujillo los atrapa, los ahorcan.

—¿Y por qué crees que eso no ocurre con nosotros? ¿Por qué nos dan las tierras de otra gente? —siguió diciendo con la vista fija en la carretera.

—Para cambiar blancos por negros.

Me clavó sus ojos líquidos, que parecían, por primera vez, desnudos de intenciones.

Se hizo un tercer y definitivo silencio. Sento se mostraba tranquilo, a pesar de que detestaba que le fusilaran a preguntas. La expresión de su rostro se había relajado. Casi pensé que iba a dar la vuelta para llevarme a su casa, pero no; siguió de camino hasta Payita mientras el cielo pasaba de morado a negro intenso.

A esas horas no solía salir nadie de su casa si no era para ir al aseo. El silencio se había adueñado de la zona. Solo se escuchaban los sonidos de algunos animales nocturnos, fauna típica de allí. Yo caminaba con paso ligero hasta mi barracón. De lejos se veían las luces encendidas de las demás casas.

Me llegaban los olores de las cenas, de caldo de ave o de leche caliente. Entonces escuché un ruido; pensé que sería alguna jutía pequeña de las que solían merodear tras los arbustos, pero no, era un niño dominicano, de unos siete u ocho años. Se escondía detrás de una ventana. Me miró con sus ojos más negros que la noche y salió corriendo espantado. Siempre supe que de Trujillo no se podía hablar, pero últimamente me asustaba más allí que en España con Franco. ¿En qué lugar podíamos decir lo que nos diera la gana? Pues después de tanto tiempo sin abrir el pico, sin decir lo que nos apetecía, sin recibir nada de lo prometido, al ver que además no llegaba la paga, a un grupo de colonos no se les ocurrió otra cosa sino proponernos a todos organizar un corte de carretera para protestar. Sento y yo, como buenos imbéciles que éramos, dijimos que sí y nos unimos a ellos. Y claro, si no nos ocurrió nada fue por ser extranjeros y blancos, no por otra cosa.

El Gobierno envió militares que nos prometieron que las condiciones del contrato se cumplirían, que no nos preocupáramos; que las autoridades dominicanas mantenían sus promesas, que podíamos estar tranquilos; que volviéramos a la colonia, que nos relajáramos. Eso hicimos. Sento me pidió que le acompañara a su casa de la ciudad, pero yo preferí volver a la colonia aprovechando que las carreteras, tras todo el jaleo, estarían más libres de vigilancia. Había comenzado a preocuparme por lo de viajar sin el permiso, una costumbre arriesgada que a Sento le encantaba y que podía costarnos cara.

Casi al llegar a Payita, en un palmeral cercano a las afueras desde donde se podían ver las casas, Sento aparcó el coche y empezó con sus achuchones violentos. No cedí por dos razones, una porque estábamos a las afueras de la colonia y yo ya tenía bastante mala reputación; la segunda: ya iba siendo hora de que hablara de una vez.

—Vamos, Paca, ¿por qué no hacemos algo? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —dijo, con la respiración entrecortada.

—Haz el favor de estarte quieto, este no es momento. —Le atajé las manos—. Aquí nos van a ver, y yo siempre he ido con cuidado. La gente puede pensar lo que quiera mientras no me vean.

—¿Y qué te crees que piensan?, ¿qué vienes a verme a la capital y dormimos en camas separadas? Vamos, Paca, vamos, yo también tengo mis momentos. Mañana podría no ser igual que hoy —soltó, el caradura.

En aquel entonces pensaba que decía esas cosas solo para asustarme, para verme la cara de miedo que se me ponía cuando amenazaba con irse. Más

tarde, me di cuenta de que lo decía de verdad. Pero sabía que tenía que mantenerme firme o podría conmigo.

—No, Sento, últimamente estoy desanimada. Me acuerdo mucho de mi familia. Aunque ya no me queda nadie, pienso en mi hermano Tono, en mi padre, en la forma en la que murió.

Bajé la cabeza para que no viera mis lágrimas. Las gotas se abrieron paso en mis mejillas y rodaron hasta mis labios cerrados; incluso así pude percibir su sabor a sal. Él me levantó entonces la barbilla con su dedo áspero y al mismo tiempo delicado. El cielo se había vuelto ya de color negro.

—Paca, pero si tú no lloras nunca —su voz era un susurro—. No me lo puedo creer, no puedes venirte abajo ahora.

—Hay un asunto importante que tengo que resolver, y es cómo murió mi padre. Sin saberlo, nunca estaré completa del todo. Y tú, que sabes cosas..., no puedo creer que no quieras ayudarme.

—No llores, haz el favor. Te voy a contar lo que sé, pero te voy a hacer jurar por todos tus muertos, que son unos cuantos, que nunca dirás que esto ha salido de mi boca. —Me miró a los ojos. Los suyos, se me clavaron como navajas. En su interior pude ver a otro Sento, un hombre al que aún no conocía de verdad. Luego comenzó su confesión en un tono de voz tan bajo que apenas se le entendía—: Yo fui todo el rato en el furgón hasta después de que los fusilaran en la playa, escuché hasta los tiros. Por lo menos, dos de los hombres que dispararon se quedaron a tapar la fosa. A mí me acompañó el más joven de vuelta a mi casa. Llevaba una capucha puesta y no le vi la cara. No sé por qué me perdonaron la vida, supongo que porque solo tenía dieciséis años.

—¿Por qué tengo la impresión de que todo eso es mentira?

—Porque te estás volviendo loca. —Dio un golpe violento contra la luna de coche, casi la rompe—. ¡Joder! ¡Y me estás volviendo loco a mí también!

Sento echaba chispas por los ojos y yo había empezado a llorar de verdad. A ninguno de los dos nos había salido bien la jugada. Me acercó hasta la colonia. Bajé del coche sin despedirme y cerré dando un portazo. No le quise ni mirar.

Recorrí la oscura entrada que llevaba hasta los barracones y esperé un poco para ver si se me borraban de la cara los signos de haber llorado. Al entrar supe que no, que mis ojos seguían hinchados y rojos. Las miradas de mis compañeras de barracón eran como espejos, perros de presa esperando para hundir sus dientes en una liebre cansada. Les di las buenas noches casi en

un susurro, bajé la vista y me encerré a dormir.

A partir de ese día las relaciones entre Sento y yo comenzaron a ser tormentosas. Había días en que nos peleábamos a morir. Yo le reclamaba lo que era mío, como si fuese un pago por los servicios prestados.

—¿Cuándo me lo vas a decir? ¡Es tu obligación y mi derecho! No puedes callarte lo que sabes, es una crueldad. Vamos, dime, ¿quién fue? Tú lo sabes. Fue Pepe Domingo, ese al que llaman el Ruso. Se cargó a medio pueblo, incluido mi padre, ¿verdad?

Sento se apoyó con los codos sobre la mesa, agarrándose la frente con las manos, y puso cara de “qué he hecho yo para merecer esto”.

—Es cierto, mírate. El que calla otorga —le gritaba.

—No me hables de mi padre —mascullaba y se volvía más violento aún.

A veces hablábamos de Pepe el Ruso. Él me decía que no le conocía en persona, pero que era un grandísimo hijo de puta, comparable a Trujillo; incluso a Franco. Sento tenía la lengua más sucia que se pueda imaginar, pero era tan ambiguo que siempre conseguía hablar por los codos sin contar nada.

—Era un tío inteligente, algo taimado. Supongo que estará muerto. Es difícil sobrevivir en la Unión Soviética, sobre todo si eres pobre y fugitivo.

—No es tan difícil, míranos a nosotros.

—Nosotros no estamos solos ni a treinta bajo cero. —Al contrario, los termómetros nunca bajaban de veinte, ni de noche.

—Ojalá esté muerto —dije, sin ser consciente.

Cuando yo sacaba a relucir estos temas, los ojos cristalinos de Sento se empañaban como las ventanas de algún lugar en cuyo interior hace demasiado calor. Entonces solía levantarse y se ponía a fumar si tenía tabaco, a fregar los platos o cambiaba bruscamente de tema:

—Vamos a ver cómo escapamos de lo del otro día.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué va a ser?, al corte de carretera.

—Conociendo a esta gente, a nosotros no sé, pero a Palau y al cuñado seguro que les cae una buena.

No me equivoqué. Dos días más tarde, los milicos de Trujillo se plantaron en Payita y preguntaron por Agustín Palau y por su cuñado, al que conocíamos como “Fabra” o “El cuñado de Palau”. Se los llevaron detenidos a los dos. Ellos, que eran dos hombres muy dignos, dieron la cara enseguida y accedieron a ser detenidos sin resistirse. La colonia quedó conmocionada tras

el suceso. Una semana más tarde, Palau y Fabra fueron deportados a España.

Después de lo ocurrido, tras la marcha de los dos cuñados, muy apreciados en la colonia, a los vecinos nos costó recuperarnos. La vida continuaba, pero con un halo de desolación. Solo en algunos momentos nos sentíamos felices. A mí, personalmente, me levantaba el ánimo ir a la taberna más cercana, donde tenían teléfono, y hablar con Alfonso, Balbi y Auri. Luego tenía que pagarle un diner al tabernero, que hacía negocio con las llamadas. Teníamos que llamarnos, porque escribir no se nos daba bien a ninguno.

A veces llegaba un camión de correos a Payita. A la gente le alegraba la visita del cartero porque la mayoría de los paquetes traían comida y regalos. Allí se pasaba hambre y se agradecía mucho. Algunos, como Rosana y su familia, compartían conmigo lo que recibían, otros no; cada uno tenía derecho a hacer con lo suyo lo que quisiera. Yo solía esconderme cuando venían aquellos camiones porque nunca traían nada para mí. A veces, no soportaba ver las caras de felicidad de algunos, se me rompía el alma. Hasta que un día, el cartero dijo mi nombre en voz alta:

—Fransisca Almenar Soler. —y volvió a repetirlo—. Fransisca Almenar Soler.

Era una carta para mí, pero ¿de quién? Estuve a punto de devolvérsela al empleado de correos que me preguntó si había otra Francisca Almenar Soler. Como no la había quedaba claro que la carta era mía.

—Pero yo no espero ninguna carta de nadie; además, no hay remitente. — Me sequé el sudor que me chorreaba por la nuca.

—Si no le gusta, se la va a tener que quedar —respondió el joven con una sonrisota que resplandecía sobre su piel canela.

—Pues si no sé de quién es, la devuelvo.

—No sea frecosa y quédese la, que seguro que es de algún caballero que anda desacatao por usted. Si fuera un grillo, pero con esa cara y ese tumbao, no me extrañaría que fuera un pretendiente. Si lo único feo que tiene es el nombre, mujer. A lo callao, ¿Sabe a quién me recuerda usted? A Sofía Loren. Aunque Le faltan veinte kilos y dejarse crecer el pelo. —Y me dio un cachetito en la mejilla, el sinvergüenza.

No supe qué contestarle. Me limité a coger la carta y a sonreír, sintiendo cómo la sangre se me subía a la cara. Había muchas cosas que me complacían de aquella gente, una de ellas era esa forma de no avergonzarse del amor, de no temerle ni siquiera al rechazo. Para ellos, amar y desear a alguien era un

motivo para sentirse orgullosos de sí mismos, aun no siendo correspondidos. Estas son algunas de las cosas que aprendí en la República Dominicana y que en la vieja Europa deberíamos tomar como ejemplo.

Las manos me temblaban al tocar la carta. Lo primero que pensé era que alguien tenía algo que contarme en relación con la muerte de mi padre. Tal vez aquel papel contuviera el nombre por el que tanto tiempo había estado peleando sin éxito. No podía ir a leerlo al barracón, estaban mis compañeras; tampoco era hora de ausentarme porque tenía que volver al trabajo, así que la guardé bien en uno de los bolsillos de mi camisa e hice todo lo posible por no leerla hasta el día siguiente. Cuando mis compañeras se ausentaron, la leí. Decía así:

*Querida Francisca:*

*¿O debería llamarte Paca? Bueno, qué importa eso. Primero que nada, me gustaría que supieras cuánto me ha costado decidirme el enviarte esta carta, porque no sé cómo te lo tomarás. Siempre me has parecido una persona imprevisible, pero ahora que estás tan lejos la distancia me protege y no podré ver tu reacción; eso me ha animado a escribirte.*

*A veces, me gustaría poder olvidarte, que no me gustaras tanto; a veces ni siquiera me caes bien, pero es mirarte y se me pasa, aunque ahora ya no puedo verte tanto como antes. Tengo que conformarme con saber de ti a través de algunos conocidos del pueblo que se fueron contigo en el barco.*

*Parece que quieras contonearte por todas las calles sin que nadie te observe, sin que nadie te desee, pero eso es imposible, ¿o no lo sabes? No deja de suceder cada vez que te paseas por ahí, aunque quieras parecer invisible. Lo que ocurre es que a unos hombres se les nota menos que a otros lo que piensan; pero no es malo, si no fuera por eso, la especie no se perpetuaría. Así funcionamos los humanos, nadie es de piedra. Tal vez no seas consciente del daño que haces sacando de sus casillas a un hombre que no sabe bien cómo expresarse, aunque estoy seguro de que sí que lo sabes.*

*La primera vez que te vi experimenté sensaciones que deseé que se repitieran y se repitieron todas y cada una de las veces que me crucé contigo por la calle. Sé muy poco de ti, pero solo verte ya es un placer y con eso me conformo. No te conozco, pero creo que me gustaría. Intenté hablarte varias veces en Pontroig, pero te me escapaste justo en el momento en el que ya me había decidido a hacerlo y ahora ya es demasiado tarde. Aun así, no quiero*

*dejar pasar la oportunidad de expresar lo que siento porque tengo el corazón roto y hace que me encuentre mucho mejor.*

*Es posible que no quieras saber nada de mí. Sé que hay un hombre en tu vida y que sientes por él lo que yo quisiera que sintieses por mí. Por eso no voy a firmar esta carta con mi nombre; por eso y porque sé que en el fondo ya sabes quién soy. Si no es así, lo sabrás en cuanto vuelvas a verme y espero que sea pronto.*

*Con afecto, alguien que te espera.*

Me gustó. El lenguaje que utilizaba el autor de aquella carta era más que correcto; tanto, que hubo palabras que ni siquiera entendí. Me incliné por pensar que era una carta real, pero que provendría de alguien poco apetecible. De pronto, me acordé de Paco, el del estanco, pero me resultaba imposible imaginar que fuera él; ya nos conocíamos y Paco era un hombre de pensamiento sucio, pero no tan caliente como el del que escribía aquella carta. Paco, el estanquero, era un ser de sangre fría, como los lagartos o los insectos. No, no podía ser él, pero tampoco podía ser Sento; a esas alturas ya le conocía lo suficientemente bien como para saber que un detalle como ese era impropio de él. Cuánto me hubiera gustado que aquella carta fuese suya.

Fui a guardarla en un lugar seguro. Pensé hacerlo en un agujero que había tras la pared de la alacena, que alguien había cubierto por un trozo de madera. Cuando fui a guardar la carta descubrí que mis compañeras ya habían utilizado ese hueco para guardar su dinero y las provisiones que recibían. No compartían nada, ni siquiera entre ellas. Visto que aquel no parecía un lugar muy seguro, lo guardé bajo el colchón de mi cama.

Días después, presa de la vergüenza, decidí hablarle a Rosana de la carta. Ella la leyó conmigo y me explicó qué significaban algunas de las palabras que no entendí cuando la leí.

—No sé quién puede querer escribirme esto. —Me moría de la curiosidad.

—Alguien a quien llevas de cabeza, está claro —sonrió.

—Sí, pero no es Sento —escuché mi propia voz, que sonaba enormemente decepcionada—. ¿Por qué no puede ser él? La vida es desproporcionada, no me digas que no. Alguien a quien no conozco hace por mí cosas increíbles y mi hombre de verdad sigue sin darme nada.

—Tal vez no sea tu hombre de verdad —respondió Rosana en un tono desprovisto totalmente de indulgencia.

—Rosana, a veces consigues hacerme perder la paciencia.

—¿Por qué?, ¿porque no te digo lo que quieres oír? —Su carita morena de garbanzo había enrojecido de ira.

—Porque no me entiendes.

—Te entiendo, Paca, pero miras en una sola dirección y la vida está llena de posibilidades. No te empeñes en continuar por un camino que no te lleva a ninguna parte solo por una corazonada.

—¿Y qué hubiera sido mejor?, ¿casarme con Paco el estanquero y limpiarles las babas a sus tres mocosos, o casarme con alguien como el que escribió esta carta?

—Igual es alguien más interesante de lo que crees.

—Te burlas de mí, Rosana.

—No, Paca. Por una vez pienso que quien está detrás de todo esto no es otro de los perros que te rodean. Tu suerte nunca cambiará si no abres los ojos —sentenció dolida. Luego se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta, como invitándome a que me marchara de su casa.

—Explícate —le dije, ya en el portal.

—Creo que esa carta la escribió alguien a quien descartas sin darte cuenta —respondió y, tras despedirse, me cerró la puerta en las narices.

Las palabras de Rosana me dolieron. Además, se enfadó conmigo por aquella conversación y costó unos días que volviera a ser la misma de antes. La carta permaneció bajo mi colchón durante mucho tiempo. La leí varias veces y en mis peores momentos. Al menos, me acompañó en mi soledad.

Los días en la colonia pasaban con más pena que gloria. Las tierras que habíamos recibido para el cultivo eran malas; el clima inestable, a la mínima que caía una tromba de agua o el sol abrasaba fuerte, la cosecha ya no servía. Encima, el estado no nos ofrecía protección bajo ninguna circunstancia. Terminamos por desengañarnos del todo. Al final, comprendimos que lo que quería Trujillo no eran labradores ni que les enseñáramos las técnicas del cultivo de L'Albufera a los nativos; lo que quería Trujillo eran colonos blancos. Aquello explicaba que no tuviera piedad con nadie excepto con nosotros, que como mucho nos deportaba a la mínima que chistábamos. Más dramático resultaba el asesinato masivo de inmigrantes haitianos, que llegaban aun a sabiendas de lo que les esperaba al otro lado de la isla. El hambre les podía más que la sospecha.

Sento seguía haciendo de las suyas después de cruzar el charco. Muchas

veces se reunía en bares de la capital con algunos de aquellos haitianos y con dominicanos. Pero no eran presa fácil para él. No le resultaba tan sencillo engañarles y no ganaba las apuestas tan a menudo como hubiera querido. A veces, las menos, traficaba con artículos prohibidos por el régimen y estafaba a los inmigrantes ilegales como podía. Hasta que un buen día, un par de haitianos se cansaron de sus estafas y decidieron no pagarle una deuda de juego.

Los haitianos tenían mala fama, sobre todo porque los que cruzaban a la República Dominicana no conocían el significado del miedo.

—Ni se te ocurra ir a cobrar esa deuda.

—¡Bah!, si he sobrevivido a una guerra, qué importan un par de negros.

—Ya les has estafado bastante; considera las deudas compensadas.

—No tengo miedo; aunque quieran matarme, no me asustan. ¿Qué se han creído, que se van a salir con la suya ese par de muertos de hambre? ¡Ni hablar!, iré a cobrar y te digo que cobraré.

Cuando se le metía algo en la cabeza se creía el más fuerte de los hombres.

—¿Te has vuelto loco? No paro de escuchar por ahí que los haitianos se acuchillan por una pelea de vecinos. ¡No vas a ir! —le advertía yo agarrándole por el brazo, como si con eso fuese a conseguir que se quedara.

—¡Tú no vas a darme órdenes! Iré en cuanto pueda a esa pocilga donde viven y me darán el dinero, aunque sea tirándolo sobre mi tumba. ¡Esos hijos de puta!

En la colonia comenzó a extenderse el rumor de que Sento había recibido amenazas de muerte. Lo escuchaba mucho por casualidad, pero nadie me lo decía a la cara. Hasta le propuse acompañarle para que cobrara la deuda.

—¿Y qué crees, que vas a defenderme de dos negros del tamaño de dos palmeras? —dijo, volviendo la vista hacia un cocotero con hojas en forma de melena de león que debía medir unos veinte metros.

—No, Sento, no es eso; es que a lo mejor si te ven conmigo, se tranquilizan. Te lo digo porque solía pasarme cuando iba con mi hermano por la calle. Si me veían con él, no le molestaban.

En ese momento se nos cruzó por la orilla de la playa un joven flacucho de unos quince años que me miró como ofreciéndome su ayuda por si me ocurría algo, tales debían ser los gritos de Sento y mi expresión.

—Sí, Paca, pero estos no son los patanes del colegio, son dos negros que no tienen nada que perder, ni la vida, ¿no lo entiendes? Por favor, quédate en

Payita y no insistas más. —Ver a Sento suplicando resultaba cómico y a la vez enternecedor.

—Me preocupo por ti, porque no quiero que te hagan daño, y ya ves cómo me lo pagas, tratándome así.

—No, Paca, no volvamos a hablar otra vez de qué es lo que te preocupa de verdad, que me pongo enfermo. Sé lo que quieres y por eso me quieres vivo —aquellas palabras las sentí como si me apuñalaran varias veces en el estómago.

—Eres un monstruo, ¿no, lo que tú eres no tiene ni nombre!

Me sobrevino un ataque de rabia e intenté pegarle; él se zafó y me inmovilizó por la espalda. Un minuto más tarde, la llave se convirtió en un abrazo fuerte, como nunca me lo había dado.

—¡Suéltame!

—Paca..., si nunca vuelvo... al hombre que buscas le llaman “El gato”.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Una cosa te aconsejo: olvídate de todo, de tu padre y de todas esas ballenas con las que sueñas; mátalas y entiérralas. Hazme caso, tu padre no era ningún santo. De haber vivido hubieran asesinado a mucha gente por culpa suya. Uno por muchos, Paca; por favor, no lo olvides.

Se separó de mí suavemente. Me apretó la cara entre sus manos y me dio el beso más salvaje que nadie puede imaginar, amargo, apasionado, desolado.

—Adiós, Paca. Pasaré por Payita en cuanto termine con estos dos —dijo, sin creérselo ni él mismo.

Luego subió a su coche y arrancó. Le seguí con la vista hasta que desapareció al fondo del camino.

No regresó. Julito el Gallego y Enrique, otro de la Línea Quince, encontraron su cadáver cosido a tiros en la orilla del Río Boba, dos semanas más tarde. Le reconocieron por los objetos personales y por la identificación. No quise verle, preferí recordarle en vida. Veinticuatro horas después le enterraron en el cementerio de Villa Julia Molina. No se celebró misa porque Sento no creía en Dios.

Durante toda mi vida había velado, amortajado y enterrado difuntos. El luto había sido mi uniforme desde que tenía uso de razón, pero no podía creer que estuviese asistiendo de nuevo a un entierro, no podía ser cierto. Permanecí un buen rato ante la tumba de Sento, llorando. Había sido testigo de la muerte de mi madre, de la de mi hermano y había visto desaparecer sin más a mi

padre. Había derramado lágrimas por todos, pero esta vez era la primera que sentía el dolor en toda su potencia. Aquel fue el primer momento en que recuerdo haberme sentido viva de verdad.

## CAPÍTULO X

No sabría decir si las condiciones de vida en la República Dominicana habían mejorado o es que nos habíamos acostumbrado a ellas. Pasados los años, y viéndolo ahora, más bien creo que lo segundo.

Cultivábamos, a duras penas, café y maní (como lo llamaban allí). No era fácil que los negocios crecieran por aquel entonces en todo el país. Cuando un comercio prosperaba, Trujillo lo compraba; además, era socio de todas las empresas con monopolio. Yo no soy experta en estos asuntos, posiblemente lo que cuento no sea del todo fiable porque no comprendo bien ciertas cosas, pero lo digo tal cual se comentaba en la colonia por los que más sabían. Igual fue casualidad, o a lo mejor producto de la resignación, pero llegó un momento en el que vivíamos mejor que en Pontroig. Las cosechas empezaron a ser copiosas y algunos de la colonia comenzaron a criar ganado en las casas, sobre todo cerdos. Nos abastecíamos los unos a los otros.

Algunos niños que habían nacido en tierras dominicanas hablaban valencià y en cuanto cambiaban al castellano soltaban el acento de allá. Resultaba gracioso verles colgados de las lianas jugando a ser Tarzán. Esos niños fueron creciendo, convirtiéndose en adolescentes que se criaron allí. Yo comenzaba a hartarme. Tras la muerte de Sento me sentí constantemente irritable, angustiada e incluso culpable por no haber insistido más en acompañarle aquel día. En mi cabeza se entremezclaban voces e imágenes de Sento despidiéndose la última vez que le vi, o saludándome desde la puerta del bar La Sirena en Pontroig, o secuencias imaginarias de cómo pudo haber sido aquel tiroteo en el que murió. Solo me faltaban los comentarios de Rosana y Pascual: “Sento no hubiera querido que llorases por él”, que solo conseguían hacerme sentir peor por no superar rápido la pérdida.

Acabábamos de dejar atrás el día de Navidad. Aunque desde que tengo uso de razón se ha vivido como una época feliz, a mí solo me gustaban los días previos, en los que se adivinaba en el ambiente una emoción especial que se me contagiaba, como si de repente mi suerte fuese a cambiar y me fuera a

ocurrir algo mágico, cualquier cosa, me daba igual. Después la Nochebuena y la Navidad pasaban sin pena ni gloria. Al terminar, llegaba el vacío y todo, las calles, las plazas, los árboles, las casas, cobraban un aire triston y resacoso. Las fiestas navideñas me resultaban desagradables en general por razones que no es necesario explicar. Aquel año me lo parecieron aún más. Casi todos en la Línea Quince recibieron cartas y tarjetas de felicitación; algunos hasta regalos. A mí solo me enviaron una postal con una imagen del Portal de Belén, firmada por Alfonso, Auri, Balbi y sus respectivos maridos, junto con un telegrama. Este último me lo entregó ese cartero tan simpático que me llamaba Sofía Loren. Esperaba recibir más noticias de mi misterioso admirador. Y Me llevé una gran decepción cuando descubrí que lo mandaba la chismosa de Pilar, la mujer de Navarro. Decía así:

*Estimada Paca,*

*Hay un asunto importante que intenté comentarte antes de que te marcharas. Algo que deberías saber sobre tu padrino, Alfonso. Contacta conmigo en cuanto puedas.*

*Saludos.*

*Pilar Requejo Marco.*

Arrugué el telegrama con rabia y lo tiré al suelo, yendo a parar a la pequeña acequia que habíamos construido nosotros mismos para cultivar. Se fue empapando poco a poco hasta que se hundió en el agua turbia. ¿Qué se había creído esa perdida, qué podía ir por ahí hablando de Alfonso? ¿Quién era ella para contarme nada, si ni siquiera nos conocía? El contenido de aquella nota, unido a la decepción de que no fuera de mi admirador y a la reciente pérdida de Sento, terminó de hundirme en el desánimo.

Para consolarme, Rosana se ofrecía a acompañarme a dar un paseo por la capital. Los días que se conseguía reunir a las suficientes personas se organizaba un viaje y se solicitaba el correspondiente permiso. Aquellas escapadas eran lo único que conseguía animarme. No hacíamos gran cosa, pero solo con salir de aquel agujero en el que estaba metida en medio de la selva ya era suficiente. Rosana me cogía del brazo y me obligaba a caminar por entre la gente; yo me dejaba llevar, medio ida, con la cabeza en otra parte. Una vez me llamó la atención un chico, uno indecentemente guapo.

—Ese chico de ahí...Míralo, no sé qué es lo que tiene, es guapísimo.

—¿El moreno?, ¿el que está subiendo al coche?

—Ese —contesté, mirando en dirección contraria al joven para que no me descubriese.

—Sí, es guapo; se parece a mi primo Rafa.

— ¿A tu primo? ¡Qué va!

—Vamos, no digas que no; cuanto más lo miro más se me parece —decía sin quitarle los ojos de encima, como sorprendida por su reciente descubrimiento.

A Rosana, le encantaba hablarme de su primo Rafa y yo me tenía que tragar todos los rollos que me contaba; ¿qué iba a hacer?, ¿decirle que me caía mal?, imposible. Se portaba bien conmigo, podría hasta decir que era la única amiga que tenía en Payita y no podía hacerla enfadar, ya había tenido la oportunidad de comprobar cómo se ponía cuando perdía los nervios.

—Pues a mi primo le han dado una beca para estudiar.

—¿A Rafa? —preguntaba yo, intentando que no se me notara mucho la falta de interés.

—Sí, a Rafa.

—No sabía que se le diera bien estudiar.

—Nadie lo diría, pero Rafa es muy inteligente. Estoy segura de que acabará los estudios. Lo que pasa es que tiene la lengua muy larga. Encima se ha puesto a escribir artículos en una revista de muy mala reputación. Cualquier día de estos, los curas le echarán del colegio mayor y se habrá acabado el estudiar en Valencia capital. La pobre de mi tía no sabe qué ha hecho mal con Rafa; no para de llorar.

Sí, sí, Rafa sería muy inteligente, pero cuando uno lo disimula tan bien como él y hace tantos esfuerzos en comportarse como un idiota, el resultado es el mismo que si fuera tonto. La imagen que yo tenía de Rafa en mi mente seguía siendo la de siempre, por mucho que Rosana me lo pusiera por las nubes.

—Una vez hasta amenazaron con expulsarle. Se puso a fumar en el patio delante de todo el mundo. Un compañero le advirtió de que podían expulsarle por eso y, ¿sabes lo que dijo?

Rosana se acercó y me lo contó al oído para que no la pudiera escuchar su hijo. Rafa le contestó a su compañero: “¿Cómo van a expulsar a un tío tan guapo como yo solo por fumar...con todos los maricones que hay aquí dentro?”.

\*\*\*

A mí, el corazón no se me había soldado desde la muerte de Sento. Amar a alguien que no está entre nosotros resulta extraño, y llega un momento en el que ya se convierte imposible. Lo que queda se esfuma poco a poco, a medida que transcurren los días y aceptas que ya no es que no esté, es que no existe. Son momentos duros, dolorosísimos, en los que se pasa francamente mal; en especial si esa persona se ha esfumado de repente, si su muerte resulta inesperada. En días como esos, una se plantea la existencia de Dios, que me perdone si es que puede leerme el pensamiento. El desánimo no era muy llevadero, sobre todo si se rodeaba una de mala gente, como la que me acompañaba en mi barracón. Como siempre, Elena, la jefa del comité de sanguijuelas, era siempre la primera, y normalmente la única, en comenzar el espectáculo de tiro al blanco:

—Aquí viene la viuda. —Me recibía plantada en la puerta, con los brazos cruzados, como siempre.

—Haz el favor de callar, ¿quieres?

—Eres una viuda, una viuda sin papeles —escupía.

—¡Cállate!

—Tranquila, que ya me callo, pero voy a decirte una cosa: se veía venir que acabaría bajo tierra. Te lo dije. Qué mala idea tuviste en enredarte con un hombre como ese. No eres lista, Paca, no eres lista. Si por lo menos te hubieras casado... Pero bueno, si lo piensas bien, no hubieras heredado más que deudas.

Hasta aquel momento siempre me había contenido, lo había conseguido por increíble que pareciera en mí; pero últimamente, aquella lagartija seca se estaba superando. Sin pensármelo eché mano de una jarra de cristal grueso que había sobre la mesa y se la tiré con fuerza, con tan mala suerte que le dio en la frente y se le rompió en la cara. Le hice un corte en una ceja y empezó a chorrearle sangre como si tuviera una fuente entre los ojos. Todas las “aves del palomar” corrieron a socorrerla; eran tan estúpidas que no fueron capaces de pronunciar ni una sola palabra. Ella seguía sentada en los escalones de la entrada, tapándose la cara con las manos mientras las demás intentaban contener el flujo de sangre. Cuando se apartó las manos y vi su rostro teñido de rojo, la pude mirar a los ojos y me encontré cara a cara con el mismo demonio.

Sé que se me fue la mano. Me sentí fatal durante semanas, pero tuve claro desde el principio que de ninguna de las maneras le pediría perdón, ni hablar. Trasladé mi colchón al barracón de Rosana y su familia y así evité verla por más tiempo, aunque no me gustaba vivir en aquella casa. Además de estar prohibido, no me parecía correcto dormir allí habiendo un hombre casado, pero no tenía otro sitio adonde ir. Sería por poco tiempo y los caliés estaban demasiado ocupados paseándose en sus coches cepillo y limpiando la colonia de traidores como para mandarme a mudar de casa de Rosana.

Me quería morir. Fue la primera vez en la vida que estuve a punto de tirar la toalla. Me encontré con el vacío y empezaba a temer que todo aquel peregrinaje no hubiera tenido sentido. Lo había perdido todo, incluso a Sento, y ya empezaba a resignarme pensando que nunca sabría el nombre del asesino de mi padre; menos aún encontraría su tumba. Decidí retomar una de mis antiguas costumbres de Pontroig como remedio para cuando me encontraba sin esperanzas: ir a la iglesia y oír misa.

La voz del cura se escuchaba de fondo:

Jehová dirigió su palabra a Jonás, hijo de Amitai, y le dijo: «Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y clama contra ella, porque su maldad ha subido hasta mí.»

Me vino a la mente la imagen de un gato ahorcado que encontró una vez uno de los jornaleros en el huerto de Alfonso. Me fijé en cómo estaban colocadas las cuerdas para provocarle la muerte al animal; alguna panda de degenerados habrían puesto fin a su vida por pura diversión. Un extremo estaba bien atado al tronco de una higuera y el otro caía desde lo alto de dos de las ramas más fuertes apretando el cuello del gato, que colgaba suspendido en el aire...

Pero Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis y descendió a Jope, donde encontró una nave que partía para Tarsis; pagó su pasaje y se embarcó para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová. Pero Jehová hizo soplar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave.

Intentaba calcular cómo debía ser de gruesa una cuerda para soportar el peso, ya no de un animal, sino de una persona. El tronco de aquel árbol era fuerte, pero ¿lo sería como para sostener un cuerpo humano? El objetivo de la horca era provocar una muerte rápida y sin dolor, no un final con sufrimiento.

Los marineros tuvieron miedo, cada uno clamaba a su dios. Luego echaron

al mar los enseres que había en la nave para descargarla de ellos. Mientras tanto, Jonás había bajado al interior de la nave y se había echado a dormir.

Pensé que en cualquier lugar del puerto de Samaná me venderían una cuerda tan gruesa como para levantar unos cincuenta kilos. Ataría la cuerda con fuerza en una de las vigas del patio trasero del barracón. Lo haría en mi anterior casa, para ahorrarles el mal trago a esas personas que me habían acogido.

Entonces, el patrón de la nave se le acercó y le dijo: «¿Qué tienes, dormilón? Levántate y clama a tu Dios. Quizá tenga compasión de nosotros y no perezamos.»

Levántate y clama a tu Dios, Paca, no hagas tonterías, quizá tenga compasión de ti y deje de llevarse con él a todo el que te toca. ¡Levántate y clama a tu Dios! Él te ayudará a encontrar la verdad; los muertos nunca podrán encontrarla, pero tú estás aquí y no puedes abandonar solo porque la vida no te ha concedido ni uno de tus deseos. ¡Vamos, no pienses solo en ti!, ¿y tu hermano?, ¿qué le dio la vida a él? ¡Por Tono!

Entre tanto, cada uno decía a su compañero:

Venid y echemos suertes para que sepamos quién es el culpable de que nos haya venido este mal.

¿Quién es el culpable? ¡Maldita sea, Paca!

Echaron, pues, suertes, y la suerte cayó sobre Jonás. Entonces, ellos le dijeron:

—Explícanos ahora por qué nos ha venido este mal. ¿Qué oficio tienes y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra y de qué pueblo eres?

Yo soy Paca, de Pontroig; apenas aprendí a leer y a escribir. Mi oficio es la tierra y sacar la vida de ella. No sé por qué me sobrevino el mal, ni por qué me cambió la vida la guerra, pero estoy cerca de saberlo.

Él les respondió:

—Soy hebreo y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra.

A veces, no sé si existe ese Dios que, según dicen, hizo el mar y la tierra, pero sigo creyendo en él. Aunque no le tema.

Aquellos hombres sintieron un gran temor y le dijeron:

—¿Por qué has hecho esto?

He pensado en la muerte como el fin de mi sufrimiento, pero eso no puede ofender a Dios.

Pues ellos supieron que huía de la presencia de Jehová, por lo que él les había contado.

Como el mar se embravecía cada vez más, le preguntaron:

—¿Qué haremos contigo para que el mar se nos quiete?

Él les respondió:

—Tomadme y echadme al mar y el mar se os quietará, pues sé que por mi causa os ha sobrevenido esta gran tempestad.

Dios puede hacer eso conmigo si le place, pero si no lo ha hecho ya, seguramente muera cuando me toque.

Aquellos hombres se esforzaron por hacer volver la nave a tierra, pero no pudieron porque el mar se embravecía cada vez más contra ellos. Entonces clamaron a Jehová y dijeron: «Te rogamos ahora, Jehová, que no perezcamos nosotros por la vida de este hombre ni nos hagas responsables de la sangre de un inocente; porque tú, Jehová, has obrado como has querido.»

Tomaron luego a Jonás y lo echaron al mar; y se quietó el furor del oleaje. Sintieron aquellos hombres gran temor por Jehová, le ofrecieron un sacrificio y le hicieron votos.

Pero Jehová tenía dispuesto un gran pez para que se tragara a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches.

El señor me envió un gran pez hace muchos años y aún sigo atrapada dentro de él.

Entonces Jonás oró al Señor, su Dios, desde el vientre del pez. Dijo:

«En mi angustia clamé al Señor, y él me respondió.

Desde las entrañas del sepulcro pedí auxilio,  
y tú escuchaste mi clamor.

A lo profundo me arrojaste,  
al corazón mismo de los mares;  
las corrientes me envolvían,  
todas tus ondas y tus olas pasaban sobre mí.

Y pensé: “He sido expulsado  
de tu presencia.

¿Cómo volveré a contemplar  
tu santo templo?”.

Las aguas me llegaban hasta el cuello,  
lo profundo del océano me envolvía;  
las algas se me enredaban en la cabeza,

arrastrándome a los cimientos de las montañas.

Me tragó la tierra, y para siempre  
sus cerrojos se cerraron tras de mí.

“Pero tú, Señor, Dios mío,  
me rescataste de la fosa.

Al sentir que se me iba la vida,  
me acordé del Señor,  
y mi oración llegó hasta ti,  
hasta tu santo templo.

Los que siguen a ídolos vanos  
abandonan el amor de Dios.

Yo, en cambio, te ofreceré sacrificios  
y cánticos de gratitud.

Cumpliré las promesas que te hice.

¡La salvación viene del Señor!”.

Entonces, el Señor dio una orden y el pez vomitó a Jonás en tierra firme.

Ahora que ya tengo el extremo del hilo, he de tirar de él. Dios me ha enviado una señal. La ballena que me ha llevado dentro de sí todo este tiempo acaba de escupirme sobre la arena de esta playa en el otro extremo del mundo. Ahora la ballena está muerta, pero yo sigo con vida y debo enterrarla para siempre... aunque no antes de saber la verdad. Que Dios me perdone si piensa que le desobedezco.

Las cosechas, por fin, comenzaron a dar frutos. El café y el maní, en tierras dominicanas, eran mucho más productivos que el arroz. Al final aprendimos a plantarlos. Resultaba un tanto ridículo pensar cómo nosotros, que habíamos firmado un convenio de inmigración con el objetivo de transmitirles a los dominicanos nuestros conocimientos sobre el cultivo del arroz, éramos quienes aprendíamos de ellos a plantar café y cacao; las vueltas que daba la vida.

A esas alturas hacía todo lo que podía; incluso conseguí reunir algún dinero. Pero sentía que nada me unía a aquella tierra. No había creado ningún vínculo con nadie, excepto con Rosana, su familia y con el cartero, que siempre pasaba a saludarme cuando venía con los dueños del bar desde donde solía llamarme Alfonso. Tampoco podía decirse que yo hubiese hecho las Américas. Si una se va a un sitio con la intención de ahorrar dinero y consigue ganar un duro largo por lo menos y vivir mejor, no resulta tan atractiva la idea

de volver; pero cuando lo que has ganado no te da ni para comprar un terreno mediocre y encima se escucha por ahí que en España las cosas están empezando a funcionar mejor, te entran ganas de coger el portante. No era la decepción la única razón que me empujaba a volver a Pontoig; con un océano de por medio, nunca podría encontrar al “Gato”.

Cuantas más vueltas le daba, más me enrabieta y perdía la paciencia. Andaba por la huerta plantando semillas de maní. En mi mente iba pasando una imagen tras otra: las barcazas, los caimanes, los negros cargando maletas, los barracones que parecían celdas para criminales, las cacatas gigantes, los enfermos de malaria, las tierras pantanosas, el entierro de Sento... Había pocas cosas buenas, solo algunos recuerdos de Sento, de Rosana, de la bahía de Samaná y las ballenas que a veces creía distinguir de lejos; las tardes en la iglesia, los paseos por la capital, las calles repletas de mujeres con sus rostros color café y sonrisas caballunas vestidas de colores vivos... Aquellas gentes no eran, de ningún modo, similares a nosotros. Por piel tenían puro cuero y resistían el sol más picante. En las plantas de los pies se les formaban costras de tanto caminar descalzos. Con unas cuantas frutas aguantaban un día entero. Nosotros habíamos vivido la posguerra y sabíamos lo que era pasar hambre, pero no habíamos nacido para el Caribe.

Me acostaba y me levantaba con la misma idea en la cabeza. A cada momento me acordaba de Trujillo y de la buena mujer que lo parió. Para postre, a aquellas alturas ya circulaba el rumor de que había llegado a asesinar hasta veinte mil haitianos, con lo que no me quedaba ni la menor duda de que lo que pretendía era poblar aquella tierra con colonos blancos y católicos que hablaran español. Menuda estafa. Ahora que tenía lo que quería, ¿qué demonios hacía yo en aquella selva? Esa idea me perseguía allá donde iba, en la cama, en la cocina, por la calle, en la plantación. Un día, en mitad de una cosecha, vi pasar un jeep lleno de caliés, muy uniformados ellos. Pensé que estarían dando la habitual vuelta de control con el coche cepillo. Intentaban por todos los medios evitar conspiraciones. Aunque nosotros éramos bienvenidos, no era la primera vez que les causábamos problemas. De pronto, me asaltó esa rabia súbita del que no puede más. Cogí de la tierra una piedra de buen tamaño y la lancé con tal fuerza que le di a uno de los cristales del jeep; luego lo rematé diciendo gritando: “¡Trujillo, hijo de puta!”.

El coche frenó en seco. Todos me miraron atónitos y comenzaron a decir: “Pero ¿qué has hecho? ¡Estás loca! ¡Nos van a deportar! ¡Maldita sea!”, y

fueron a esconderse. Yo me quedé un poco rezagada, viendo cómo los caliés bajaban a revisar el cristal roto. Afortunadamente, ese día no volvieron atrás para pedirnos explicaciones.

Payita era un nido de serpientes. Allí las noticias se propagaban como las manchas de aceite. Supuestamente, mi pequeña rebelión había pasado desapercibida para los militares que conducían. Ninguno de los que estábamos allí diría ni una palabra sobre el incidente. Pero había que ser muy ingenuo para creerse eso. Al llegar a casa, algunos de los trabajadores, la mayoría, se quejaron a sus mujeres advirtiéndoles de que no se fueran de la lengua. Sus mujeres, sin embargo, se lo contaron todo a sus amigas con la condición de que tampoco dijeran nada y las amigas de las mujeres les hicieron prometer lo mismo a sus maridos cuando les llevaron el chisme. Horas después, todo el mundo sabía lo que había ocurrido. Al día siguiente, justo después de salir de camino al trabajo, vi pasar corriendo como descosidos a dos niños nativos que parecían venir de mi antiguo barracón; entonces supe que mis días en la República Dominicana se habían acabado.

Un día después apareció en Payita un coche cepillo idéntico al que le tiré la piedra, pero mucho más nuevo y lujoso. Bajaron tres militares blancos y preguntaron por Fransisca Almenar Soler; venían de conversar con algunos jornaleros de los que me acompañaban en el campo el día de la pedrada y aquellos no habían tardado en señalarme como la única culpable de lo sucedido. Vinieron directamente a casa de Rosana a preguntar por mí, muy educados y con un tono muy pacífico, sobre todo cuando vieron asomarse al niño. Me pidieron que les acompañara y yo les seguí sin rechistar.

Los militares condujeron muy solemnes y en un absoluto silencio hasta llegar a la capital, donde pararon delante de un coche oficial que me esperaba. Confieso que en aquel momento se me subió el corazón a la garganta, pensé que me iba a pasar como a mi padre. Durante el trayecto, el chófer guardó silencio y el militar que compartía el asiento trasero conmigo no paró en todo el rato de explicarme lo decepcionado que estaba el gobierno con las colonias de españoles.

—No comprendemos por qué no nos agradecen todo lo que hemos hecho por ustedes. Les hemos regalado tierras, casas; les hemos animado a que inicien una vida aquí. Sin embargo, ustedes no paran de hacernos desdenes, de desobedecer. Lo único que les pedimos era que se limitaran a trabajar la tierra y a vivir.

Yo guardaba silencio mientras él despotricaba como si no hubiera un mañana, recordándome el incidente de la piedra y el insulto. Sabía que yo había participado en la manifestación del corte de carretera, que si no hubiera sido por eso no hubieran tenido en cuenta lo de la piedra, pero no podían correr el riesgo de mantener en la isla a nadie que fuera contrario al régimen. Siguió conduciendo hasta llegar frente a un edificio similar a una granja ruinoso; lo señaló con el dedo y dijo:

—Esto es la cárcel de la cuarenta. Aquí es donde vivirá a partir de ahora si no decide regresar a España voluntariamente.

Decidí ser deportada siempre y cuando se cumplieran las condiciones del contrato y me pagaran el viaje de vuelta a mi país. Ellos ya contaban con eso y se mostraron dispuestos a ayudar en todo lo que hiciese falta, con tal de deshacerse de mí cuanto antes. De pronto, me entristecí estúpidamente al pensar que parecía ayer cuando bajábamos del barco cargados de esperanzas.

No fui la única en volver; muchos otros decidieron marcharse también. En 1957, Trujillo autorizó el retorno de mil quinientos españoles; otros intentaron escapar a Venezuela, la mayoría sin éxito. Hice las maletas. Me llevé algo de ropa y el escaso dinero que había ahorrado. Tuve que recoger cosas tanto de casa de Rosana como algunas que me había dejado en el barracón de las brujas, como la carta de aquel desconocido que había recibido hacía ya algún tiempo y que aún guardaba bajo el colchón de mi antigua casa. Afortunadamente, aquellas alimañas nunca la encontraron; claro, ¿cómo iban a tocar mi cama, no fuera a ser que se les pegara algo? En una de mis forzadas visitas a la casa, me encontré con Elena y alguna de las otras. Ella dijo con su habitual protocolo y falsedad de siempre:

—Te echaremos mucho de menos, Paca.

Las demás, como de costumbre, no abrieron la boca. A Elena le brillaban los ojos; por fin tenía su trofeo de guerra. Si hubiese podido, habría colgado mi cabeza en la pared lo mismo que si fuese un jabalí. No le contesté. Me limité a sonreír levemente y me fui. Un jeep esperaba en la entrada de la colonia a algunos españoles que pretendíamos regresar.

En aquel momento, vi cómo una época de mi vida se cerraba delante de mis narices y sentí una punzada de decepción. Solo había conseguido enamorarme de un hombre que ahora estaba muerto, algo de dinero, más bien poco, y un nombre: “El Gato”; nada más. Me eché a llorar. La mujer que estaba sentada a mi lado en el jeep me cogió la mano. Algunos nativos nos

gritaban al pasar: “¡Invasores! ¡Fuera españoles!”.

El barco que me tocó para la vuelta era más modesto que el de la ida. De lejos aparentaba ser lujoso, a mi modesto entender, de un blanco reluciente y con montones de camarotes que se adivinaban debido a las pequeñas ventanitas que se podían distinguir de lejos. Pero una vez dentro se podía comprobar que el mobiliario externo, las sillas de madera de la cubierta, los botes salvavidas que colgaban de las barandillas exteriores, la decoración... habían sido abrasados por el sol y el salitre. La escalera por la que accedíamos al buque estaba recubierta en la zona del pasamanos por una especie de lona azul pegajosa, y las habitaciones bien podrán haberse parecido por dentro a las de un burdel. Por lo menos, en el viaje a América se respiraba un ambiente de alegría e ilusión, por todos lados se podían encontrar sonrisas, personas cuchicheando emocionadas, vestidas con las mejores prendas de su armario y banderas españolas y dominicanas de distintos tamaños ondeando al viento. Todos viajábamos con esperanza. En cambio, el regreso fue desolador. Había muchos pasajeros a bordo de varias zonas de España, y todos se quejaban de la gran estafa del gobierno de Trujillo. Por todas partes se veían caras flacas y cuerpos esqueléticos como espíritus quejándose de sus dolores o murmurando con mucha cautela sobre el asunto de siempre, aún convalecientes por haberse contagiado de alguna enfermedad tropical y con aspecto de encontrarse más que en un barco, en un sanatorio ambulante. Me sentía defraudada, igual que el resto. Fui incapaz de celebrar mi regreso a España. Aun así, durante todo el viaje tuve tiempo de pensar. Se me ocurrió que cuando supiera el porqué de la muerte de mi padre, quién fue la persona que lo asesinó, intentaría escribirlo aunque fuera a trancas y barrancas para que no se me olvidara nunca y para podérselo contar a otra gente que le interesara si se me brindaba la oportunidad.

Una de las pocas cosas buenas que me ocurrieron en el viaje de vuelta fue ver una ballena; esta vez, de verdad, mientras el barco zarpaba de la bahía de Samaná, junto al Banco de la Plata. Recordé cuando Sento me decía que las ballenas que yo veía no eran reales, que eran imaginaciones mías. Un señor muy viajado comentó en el barco que aquellos cetáceos (así los llamaba) solían acercarse al Caribe en invierno. El animal, de un gris oscuro moteado, nos ofrecía todo un espectáculo de impresionantes saltos y aletazos. Mediría unos quince metros. Aquella ballena no estaba muerta, sino muy viva. Parecía indicarme el camino a seguir.



## CAPÍTULO XI

A finales del año cincuenta y siete, que fue cuando volví de América, las posibilidades en lo que a lo laboral se refiere no eran muchas, sobre todo para una mujer sin recursos y prácticamente analfabeta. Una riada provocada por el desbordamiento del Turia acababa de asolar parte de Valencia, incluido mi pueblo, con lo que aquél año y el siguiente resultó imposible pisar un huerto siempre que no fuera para achicar agua.

Había trabajado siempre en la agricultura y solo tenía experiencia tanto con el arroz como con el maní; además, la desnutrición que llevaba arrastrando durante años y el trabajo físico intenso me estaban pasando factura y tardaría algún tiempo en recuperarme. Pude haber hecho caso omiso de lo que me dijo el médico, que me recomendó descansar de la huerta por un tiempo, y marcharme a cualquier otro lugar donde pudiera trabajar con mis manos y la tierra; pero al final decidí obedecer al doctor.

Me alojé de nuevo en la casa de Alfonso, que milagrosamente había sobrevivido a los efectos de la inundación, y caí en la cuenta de lo distintos que se ven los lugares una vez pasados los años. El mobiliario, ya de por sí escaso, ahora parecía sacado de una chimenea a punto de prender; la riada había arrasado con todo y había dejado a Alfonso sin muebles y sin cosecha, pero como siempre ahorraba todo lo que podía y guardaba excedentes y dinero por si se presentaban problemas, en ese momento estaba tirando de las reservas. Por lo demás, era un hombre autosuficiente y se encargaba de sus labores por sí mismo sin complicaciones. Si bien decía haberme echado de menos, fue un alivio comprobar que no me había necesitado.

Con el poco dinero que traje de América, me matriculé en la escuela nocturna y empecé a mejorar poco a poco en la lectura y la escritura. ¡Qué desastre! Menudos eran mis dictados. Rompía las palabras y unía el final de unas con el principio de otras. ¡Qué horror!

El único trabajo que pude conseguir fue en el taller de un sastre, el señor Cipriano, primero como aprendiz y después como empleada. Me recomendó

Lola, una amiga de Auri, un día que les ayudé a cortar unos patrones y vio que no se me daba mal.

Al principio éramos dos aprendices, Teresa y yo. Yo no había ido al colegio desde los ocho años, vestía con ropa que otros tiraban al cubo de la basura y estaba más flaca que un gato sarnoso. Teresa, en cambio, era la hija de una familia pudiente; siempre se arreglaba mucho y llevaba el pelo con ondas muy marcadas y teñido de rubio. Hoy la llamarían gorda, pero en aquel entonces era considerada una belleza. El taller de costura era su castigo. Se había divertido demasiado paseando y bailando con algunos jóvenes en público y eso había avergonzado al clan familiar. Pobres de Don Salvador, un banquero tan leal al régimen, y de Teresita, su mujer, que tan repeinada iba siempre a todas las misas con sus collares de fantasía, jactándose de que cuando la niña cumplió los dieciocho le hicieron una fiesta de puesta de largo, mientras que medio Pontoig se las veía y se las deseaba para comerse un plato caliente. Pobres de ellos, que iban a tener que aguantar las burlas de todo el pueblo, ahora que tenían una hija casquivana y costurera, aunque solo fuera por una temporada.

A pesar de su frivolidad y de que nunca era puntual, Teresa no era una mala aprendiz ni tampoco se tomó nunca su paso por el taller como un trámite insoportable, aunque se pasaba el rato contando chismes.

—Si hubieras visto la cara que se le puso a Rafita el Negro cuando le contamos que habías vuelto... —En cuanto contaba un cotilleo los ojillos color oro de Teresa centelleaban. No había cosa que le gustara más que darle a la lengua.

—Hace ya mucho que regresé, Teresa —contestaba yo, no sin preguntarme si el inquietante brillo en sus ojos no significaría otra cosa.

—Le dije a Rafa que estábamos en el taller de don Cipriano, que a ver si se acercaba algún día a vernos —añadió, mientras se pinchaba con una aguja sin querer—. ¡Ay!

A Teresa nada le daba vergüenza, ni siquiera invitar a hombres al taller. Nunca pensé que lo dijese en serio pero, un par de días después, Rafita se pasó por allí, aunque no fuese para verla a ella. Teresa tenía otros planes.

¡Maldita Teresa!, era una de esas chicas que parecían haber nacido sabiéndolo todo sobre cómo conquistar a un hombre. No podía comprenderlo, con lo que a mí me costó con Sento. En fin, qué demonios me importaba a mí eso, si mis deseos estaban muy lejos de los de ella. ¡Con niñas a mí!

Después de darle muchas vueltas al asunto terminé por llegar a la conclusión de que se podía atraer a un hombre fingiendo ser quien no se era. Al final las máscaras se caían y los juegos terminaban por aburrir, y Teresa, aunque se cubriese de gloria al principio, siempre terminaba perdiendo la partida y llorando por hombres que la dejaban sin pez y sin caña de pescar. Aquello a lo que llamaban amor, ni era idílico ni era un juego. Fue entonces cuando decidí que, aunque me muriese de rabia, no haría nada por impedir lo que viniese. Las aguas volverían a su cauce sin necesidad de mover un dedo.

Teresa era capaz de conseguir de inmediato cualquier cosa que se propusiera, por lo menos en un principio. Yo nunca he sido de las que creen en esa superstición a la que llaman destino. Siempre he escuchado decir a la gente aquello de: “No tenía que ser para ti”, algo absolutamente estúpido.

El error de mucha gente es el de complicar las cosas cuando estas, en realidad, son más sencillas de lo que parecen; ese era el error de Teresa. Se pasaba el santo día fingiendo ser aquello que los hombres querían que fuese, riéndoles las gracias y sin quejarse, no les fuese a espantar: que si soy demasiado joven para el matrimonio, que si sé conducir, que si los que mejor hacen el amor son los franceses, y toda una serie de tonterías por el estilo. Al principio, les engatusaba con mucha facilidad. Luego les tendía la trampa: les dejaba probar un poco para que volvieran a por más.

Yo tendría la sangre de horchata, pero me había criado con hombres. Si había algo que tenía claro es que en la mayoría de las ocasiones con el cebo tienen suficiente. Una vez se lo han comido ya no vuelven más.

Había dos tipos de hombres de entre los que caían rendidos a los pies de Teresa, los tontos y los sinvergüenzas. A los tontos, que no eran nada atractivos, solía utilizarles según le convenía. Esos jamás la rozaban con un dedo. De los sinvergüenzas se enamoraba y estos siempre terminaban aprovechándose de ella.

Rafa el Negro pertenecía, sin lugar a dudas, a la segunda categoría. Teresa pensaba, en su ignorancia, que le estaba enseñando el anzuelo a un simple pececito inofensivo, pero Rafa no era ninguna trucha indefensa; no, sino un auténtico tiburón asesino. Lógicamente, Rafa, por aquel entonces soltero y sin compromiso, pensó que no le debía explicaciones a nadie y centró su atención en Teresa, un bombón de melena rubia oxigenada, y que encima se le había puesto a tiro.

La llevó de paseo a la capital, al cine un par de veces, y caminaron

cogidos del brazo. Le dijo que era preciosa en repetidas ocasiones. Se besaron en público alguna que otra vez. Ella empezó a considerarle su novio y a pregonar cursilerías por la calle, como si fuera una actriz de esas que salen en las revistas. Al final se hizo eco del rumor y Rafita desapareció sin dejar rastro.

Teresa no podía soportar ser la perdedora; se creía una diosa. Entiendo que alguien sufra en un momento así, pero yo había vivido muchas situaciones complicadas con resignación y no podía entender cómo ella podía coger aquellos berrinches porque creyera que nadie tenía derecho a dejarla; ella, que era tan guapa y tan lista.

Por suerte, Teresa no duró mucho más tiempo como aprendiz en el taller. El verano terminó y con él su castigo; y bueno, el mío también.

Más adelante acabaría comprendiendo que si algo les encanta a los hombres son los retos imposibles. Lo más absurdo que he oído en la vida. Qué lástima que no nazcamos con un manual de instrucciones debajo del brazo.

Una vez se aseguró de que Teresa ya había dejado el taller y de que no se la encontraría si iba, lo primero que hizo Rafa fue dejarse caer de nuevo por allí. Al principio venía siempre contando excusas, como aquella vez que nos encargó una camisa a medida para ir a misa los domingos, según decía. Me tocó tomarle las medidas, y cada vez que le miraba de reojo le encontraba con una media sonrisa picarona en la cara. Don Cipriano pensó que lo que quería era hacer las paces con Teresa.

Siguió viniendo algunas veces. En más de una ocasión, me invitó a salir a dar un paseo con él para tomar el fresco y que me diera el aire. Me decía que estaba muy pálida. Después de dos o tres negativas, un día, sin más, dejó de venir.

Hasta que se le ocurrió la mejor de las ideas: invitarme al cine. Era magnífico, sí, porque yo nunca en mi vida había estado en uno. Con esa fachada que tenía, con esa sonrisa perfecta, se plantó en la puerta del taller del sastre para vencer la resistencia de aquella pobre aldeana que era yo, que no había visto los cines sino por fuera.

Llevarme a ver mi primera película fue uno de los mejores regalos que me han hecho en la vida. Fuimos a ver una de Sofía Loren, precisamente. Pensé que tal vez había elegido la película adrede, como haciendo un guiño a mi supuesto parecido con ella, así que me pasé el rato esperando que Rafa me dijera lo mucho que yo le recordaba a la Loren, pero no dijo nada. Aunque

pueda parecer increíble, yo no paraba de advertir a los protagonistas que no hicieran esto o aquello, y Rafa se partía de la risa en el asiento de al lado. Yo le daba manotazos y le gritaba: “¡Y tú ¿de qué te ríes, idiota?! Todo el mundo me mandaba a callar. Desde ese día, miré a Rafa el Negro con otros ojos.

Cuando terminó la película, salimos a la calle. Yo estaba sorprendida de que Rafa se hubiera olvidado de intentar besarme; le hubiese dicho que no, por supuesto. Pero es que, claro, el pobre se había pasado la película riéndose con tantas ganas...

En el vestíbulo, me fijé en algunas parejas. Los hombres ayudaban a sus novias a ponerse el abrigo; les abrían la puerta del coche como si fueran inválidas, y ellas se dejaban llevar mostrando una estúpida sonrisa. Rafa se dio cuenta de que les observaba y yo no pude más que confesar con resignación:

—Yo..., no soy como esas.

—Sí, ya lo sé.

Después de lo del cine, Rafa tomó confianza y comencé a verle cada vez más a menudo; solía encontrármelo cerca del taller, en una plaza donde le gustaba ir a fumar. Me llamaba la atención que siempre estuviera allí solo. Había días que se ponía a hablar y me retenía hasta que yo me despedía porque no tenía más remedio que irme o llegaría tarde al trabajo. Otras veces se ofrecía a acompañarme hasta mi casa, aunque yo le pedía que se fuera antes de llegar hasta la puerta. A Alfonso, Rafa no le hacía mucha gracia, no le caía bien.

—Vas de mal en peor, Paca, de mal en peor —sermoneaba, sentado en la mesa del comedor con su vaso de leche y mendrugos de pan remojados, su típica cena.

—Sólo somos amigos —contestaba yo, plantada de pie ante la mesa, sin mirarle.

—Lo mismo decías con el otro, que no te gustaba.

—¿Por qué no te gusta? ¿Tanto te recuerda a Sento? —Me daba rabia que se pasara la vida poniéndoles pegas a mis novios.

—No, a Sento no... —Negaba al mismo tiempo con la cabeza.

Y se quedaba callado. A mí me hervía la sangre. Alfonso, que siempre había mirado para otro lado, ahora se preocupaba por los señores que me sacaban de paseo. Un día, Rafa insistió en ver la barraca de cerca, siempre le había llamado la atención por ser una vivienda típica; le dije que sí una vez

que Alfonso había salido de faena. Fue un día de marzo, soleado, aunque frío. Yo subí el escalón, Rafa se quedó abajo. Como era tan alto, aun sin haber subido el escalón del porche, se podía medio descolgar con las manos de la pérgola. Su cara estaba a la altura de la mía, me podía mirar a los ojos. Acercó su boca a la mía y yo me aparté. Por un momento, le noté decepcionado, pero se recuperó rápido.

—Paca, dime una cosa, ¿somos amigos o no somos amigos? —su tono de voz rayaba el enfado.

—Depende de lo que entiendas por amigos. —Yo seguía fría.

—Pues eso, ya sabes, como lo eres de mi prima, por ejemplo.

—Sí, lo somos, pero te confieso que a veces me cuesta verte con buenos ojos.

—Si alguna vez he sido un idiota, perdóname. Nunca se me ha dado bien expresarme —aclaró con sinceridad.

Al decir aquello, me vino a la mente la imagen de Rafa y de sus amigos en aquel coche, el día antes de la muerte de mi hermano. No le quise decir nada. Acto seguido, me acordé de la carta que recibí en la República Dominicana, decía algo así como: te gusta sacar de sus casillas a un hombre que no sabe cómo expresarse; y ahí lo tenía, delante de mí y sin saber cómo expresarse.

—Esa carta, la que recibí en la República Dominicana, ¿la escribiste tú?

Él bajó la cabeza y se le subieron los colores. Guardó silencio durante un momento, después dijo:

—¿Importaría que fuera mía? —Ya no había rubor en sus mejillas.

—Importaría, porque si puedes escribir eso, puedes escribir otras cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó, entre sorprendido y desconfiado.

—Algunas que yo te diga, porque estoy aprendiendo, pero creo que ya he llegado tarde. Nunca terminaré de escribir bien de verdad.

Él seguía colgado de la barandilla. El sol de la tarde iluminaba una de las mitades de su cara. Estaba increíblemente guapo, ni en el cine los había visto igual. Me miró con unos ojos que parecía que me fueran a tragar, y dijo:

—Sí, Paca, claro, seré tu voz. —Y sonrió.

Hizo otro amago de intentar besarme, pero esta vez fue él quien decidió no hacerlo; parecía sobradamente satisfecho con lo que acababa de conseguir.

—Tengo que irme, Paca, se me está haciendo tarde y Alfonso no tardará en llegar. —dijo mientras se descolgaba del techo del porche.

—Tienes razón, mañana nos vemos; si quieres, cuando salga del trabajo.

—Sí.

Ese “sí”, sonó travieso y extraño.

Caminó hacia atrás con esa gracia especial tan suya. A pesar de medir más de un metro noventa, los movimientos de Rafa siempre eran rápidos, ligeros y elegantes. Subió al coche y me sonrió echando la cabeza atrás para despedirse. Sin más, arrancó y se fue.

Seguimos viéndonos solo como amigos. Empecé a confiar en él, a contarle cosas que nunca habían salido de mí. Al contrario que Sento, él me escuchaba. Con el transcurrir de las semanas fuimos sintiéndonos más cómodos. No es que me metiera mano, sino que a veces hacía cosas como recostarse en la hierba a mi lado con total naturalidad, apoyándose en los codos, estirando las piernas mientras yo hablaba, o caminaba a mi lado como si llevara haciéndolo toda la vida. No éramos novios, pero lo parecíamos y la gente murmuraba.

A veces me hacía preguntas realmente indiscretas:

—¿Por qué te fuiste a la República Dominicana? ¿Por qué ibas detrás de Sento?

A mí me costaba responder a aquellas preguntas; y hasta que no pasó un tiempo y supe de verdad que era de fiar, no las contesté:

—En realidad, Sento sabía cosas que me interesaba que me contara — admití, sin intención de dar ni una explicación más.

—¿Qué cosas? —insistió, sin quitarme sus ojos negros de encima.

—Quién fue el hombre que mató a mi padre —dije, dejándole por fin ganar.

—¿Y tienes alguna idea de quién pudo ser? —Rafa no se daba por vencido jamás.

—Antes de que le mataran, Sento me dio un nombre: “El Gato”; no sé nada más. Sé que él estuvo allí ese día; por lo visto iban a pasearle, pero en el último momento le perdonaron la vida. Sólo tenía dieciséis años.

—No sé, Paca, todo eso suena muy raro. Conozco a gente a la que fusilaron con menos edad —respondió con cara de no creerse ni una palabra mientras encendía un cigarrillo.

A veces, Rafa cogía una hoja en blanco de su carpeta de estudiante y decía:

—Vamos a ver lo que tienes. Dime nombres.

Y los apuntaba todos teniendo en cuenta el lugar donde vivían: Antonio, yo, mi padre, Fina, Juanito, Alfonso, Sento, Pepe el Ruso, Dora, su marido.

Después, con una línea, unía todos los nombres formando una especie de círculo, en el que casualmente mi nombre quedaba en el centro, y decía:

—Creo que el asesino, si todavía vive, no está tan lejos de ti como piensas.

—Tengo que saber quién es el Gato, pero si no consigo hablar con el Ruso, aunque sea a través de terceros, lo veo bien difícil.

—El Ruso es quien menos vinculado está con el resto de los implicados. Puede que sea él, pero me siguen surgiendo dudas.

—Hay que ser paciente, antes o después todo se sabe.

Otras veces era yo quien interrogaba a Rafa:

—¿Qué hiciste para que estuvieran a punto de expulsarte del colegio mayor?

—Llamé maricones a los curas —contestaba él, tan fresco.

—Debería darte vergüenza.

—Vergüenza la que deberían tener ellos. —Seguía manteniendo su seguridad en lo que decía.

—No digas tonterías.

—Imagínate que tú eres yo y yo soy uno de los curas. Yo te pregunto qué te atormenta y tú me respondes que te vuelven loco las mujeres y que no puedes dejar de pensar constantemente en tener encuentros sexuales con ellas. — Confieso que a veces la excesiva naturalidad de Rafa me hacía sonrojar.

Se sentó a mi lado y colocó su mano en mi muslo, casi a la altura de la ingle, y siguió diciendo:

—Tú vas y me pones la mano aquí y dices: “No te preocupes, hijo, pecar es humano, las personas que se aman se demuestran su amor así. —Hizo una pausa—. ¿Te parece normal? —dijo, con un tono entre sensual y de mofa. Y me miró sonriendo con los ojos.

—No sé, tampoco es para tanto; hay gente que es más tocona que otra — contesté, apartándole la mano de mi pierna, incómoda—. Hay más cosas que no he contado. —Guardé silencio, esperando que siguiera. Al ver que no hablaba, le pregunté—: ¿Qué cosas?

—Una vez llegaron al colegio mayor dos chicos sordomudos; uno sólo se expresaba en la lengua de signos, el otro hablaba de viva voz con un timbre extrañísimo, propio de alguien que nunca ha escuchado hablar a otros. Querían ver al director. Ese colegio mayor es de pago, excepto para alumnos con becas como yo y para alumnos que son acogidos por la caridad, como esos dos

chicos, que eran sordomudos y pertenecían a familias muy humildes. El que solo gesticulaba a través de signos parecía alterado y de sus señas se podían intuir cosas horribles. El otro traducía. Yo podía escuchar de lejos la voz, pero no entendía lo que decía. Más tarde, cuando les vi salir, me acerqué a preguntarles si necesitaban ayuda. Acabamos en un bar cercano y me contaron que uno de ellos, el que nunca utilizaba la voz, había sufrido abusos durante varios años y tenía la intención de denunciar a uno de los curas; por lo visto se aprovechaba de niños con familias que no sabían la lengua de signos. Les prometí que estaría con ellos, por eso es probable que me expulsen de un momento a otro.

—Puede que ese chico mienta —desconfié.

—No, Paca, decían la verdad; si les hubieses visto lo sabrías. —Parecía confiar con total seguridad en aquellos dos jóvenes.

—Sí, es cierto, debió de ser un infierno, pero tal vez debas pensar en ti, en lo que más te conviene, y no meterte en asuntos ajenos que te puedan perjudicar. Es tu último año de estudiante y no deberías arriesgarte.

—Se lo prometí, estoy de su lado —contestó, levantando las palmas de las manos y moviendo la cabeza, como asegurando que el trato ya estaba cerrado.

—Lo sé, pero tal vez si hablas con ellos y se lo explicas te comprenderán. Yo, lo haría.

—No sé si puedo hacer lo que me dices.

—Cuando tengas el título puedes seguir estando de su lado apoyándoles. Que creas en ellos no tiene por qué suponer que tú no te beneficies del colegio. También puedes ayudarles desde dentro.

El permaneció un rato en silencio y asintió.

—Esa no es una mala idea. —Asintió con la cabeza.

Los días pasaban y las semanas y las cosas entre Rafa y yo no iban a menos. Yo tenía veintiocho años y él veintitrés, pero razonaba como un hombre mucho más maduro. Aunque a veces, claro, Rafa se llenaba la boca con verdaderas tonterías:

—El amor funciona más o menos así, por lo menos en un hombre: ves pasar a una hermosa criatura por la calle, es preciosa y peligrosa a la vez, como un gato salvaje o como una flor venenosa. Sientes una verdadera sacudida por todo el cuerpo, aunque amarla te complace y te hace daño al mismo tiempo. De repente, quieres hacerla tuya, cuidarla, tenerla toda para ti y beneficiarte de ella, coger lo que es tuyo.

Recuerdo que Rafa estaba diciendo eso un día que volvíamos caminando a casa y pasábamos por enfrente del bar La Sirena. A mí me entraron ganas de reírme y él se dio cuenta.

—¿Por qué te ríes? —preguntó, con una mueca de decepción.

—Porque acabas de decir una sarta de cursiladas —respondí yo, al borde de la risa.

—De verdad, a veces no sé qué hacer contigo, con las demás es tan fácil... Dice uno dos o tres bobadas y todo va sobre ruedas. Contigo no me funciona ni ser sincero. Quiero robarte el corazón, pero no tienes. A veces creo que estás muerta por dentro.

Se le veía realmente afectado. Se ajustó bien la bufanda al cuello, sacó un cigarro y lo encendió.

—Creo que hoy deberías irte sola a casa. Yo me voy.

Y sin decir ni una palabra más, se fue. Eché la vista a un lado y vi las puertas del bar La Sirena de par en par y un montón de hombres que conocía sentados en la barra, asistiendo, divertidísimos, al espectáculo. Entre ellos estaba Armengol, uno de los jornaleros que trabajaban para Alfonso en el huerto y que me conocía desde pequeña. Me miró con expresión de reproche y me llamó:

—Ven aquí, Paca, siéntate. Hoy te vas a tomar una cazalla conmigo. —Hizo una seña con la mano invitándome a entrar.

—Yo no bebo esas porquerías —contesté mientras entraba por la puerta del bar.

—Pues hoy las vas a beber. Romo, tráele a la xiqueta una cazalla.

Romo trajo la cazalla y bebí un trago, no me gustó. Hice una mueca.

—¿Te costaba mucho seguirle la corriente? —preguntó Armengol, en tono paternal.

—Es que yo siempre digo lo que pienso.

—Pues no, piensa que hay muchos hombres, seguro que algunos te han mirado; pero de entre ellos Rafa no solo es el más guapo, porque guapos hay a montones, sino también es el más inteligente. Ha peleado mucho por conseguir lo que quiere y lo tiene, ahora sólo tienes que dárselo.

—¿Cómo que lo tiene? —Me molestó un poco que se refiriera a mí con un “lo”.

—Ni yo ni ninguno de nosotros acabamos de nacer. Vamos, no le hagas sufrir más.

—Si a lo que te refieres con dárselo es a lo mismo que yo estoy pensando...

—Hazme caso, Paca.

—Te crees muy listo ¿no?

—No, sólo soy viejo —contestó, haciendo bailar suavemente el contenido del líquido que había en su vaso.

Los demás escuchaban divertidos, pero no decían nada. Algunos solamente levantaban la vista de vez en cuando de sus fichas de dominó y seguían jugando. De repente, me entró una vergüenza tremenda. Quise que la tierra me tragara.

—Bueno, Armengol, tengo que irme.

—¿No quieres comer algo con nosotros?

—No, es tarde. Alfonso me estará esperando.

A Rafa no tardó en pasársele el enfado. Un par de días después volvió como si nada y yo le recibí de la misma forma. Aunque yendo a clases nocturnas había aprendido a escribir mejor, todavía no podía expresar la historia que yo quería contar con palabras. Así que como Rafa había prometido ser mi voz, se lo volví a pedir y me sugirió que fuésemos a escribir al piso donde él solía ir a estudiar. Era un piso de su familia, construido más o menos en el año 1900, prácticamente en estado ruinoso; aunque era bonito y conservaba ese aire anticuado, casi fantasmal. Allí Rafa se sentaba frente a la máquina de escribir y, mientras yo hablaba, él escribía.

—Deberíamos empezar por el asesinato de tu padre.

—No, empezaremos desde la muerte de mi madre, lo que ocurrió antes de morir mi padre también es importante.

A veces se empeñaba en añadir cursiladas que no pegaban ni con cola con lo que estábamos escribiendo en aquellos testimonios, que al final tenían que servirme de prueba para que no se me olvidara nada si algún día había que contarlos; pero Rafa se tenía por un artista y no había manera de hacerle cambiar de idea.

—Rafa, no pongas esas palabras en boca mía, que yo no hablo así. ¿No ves un poco imposible que alguien que apenas sabe leer y escribir diga por ejemplo “rostro” en vez de “cara”?

—A ver, Paca, ¿cómo te lo explico para que lo entiendas? —Rafa hacía una pausa y ponía cara de estar imaginando alguna situación—. ¿Te acuerdas de la película que vimos ayer, esa de Charlot, la del vagabundo?

—Sí, me acuerdo.

—Pues ese vagabundo no es real, es un actor, es Charlot, bien maquillado y disfrazado. Es un efecto que se busca para hacer llegar un mensaje al espectador y que a la vez sea atractivo y guste.

—Sí, lo entiendo.

—Pues nosotros con tus testimonios estamos haciendo lo mismo que Charlot.

Cuando terminábamos de escribir, sobre las ocho de la tarde, me ponía el abrigo y me iba. Entonces, a Rafa se le adivinaba una mueca de decepción.

Un día, me acompañó hasta la salida para despedirse de mí, supuestamente, pero en lugar de dejarme salir se interpuso entre la puerta entreabierta y yo. Para mi sorpresa, la cerró y me miró con esos ojos negros que parecía que me fueran a tragar. De hecho, esa vez me tragaron.

A partir de entonces, los encuentros en el piso de Rafa empezaron a ser para escribir lo que yo le mandaba. Cuando menos me lo esperaba, me metía las dos manos por debajo de la falda o en cualquier otro lugar y de ahí se perdían por todas partes; luego entraba en mí. Al principio era agradable, yo me reía y él también. Pero había un momento en el que la cabeza de repente se le iba; cerraba los ojos y dejaba de intentar complacerme para saciarse; lo hacía así hasta que se cansaba, olvidándose de mí. A veces me dejaba realmente destrozada, tardaba demasiado en acabar. Luego, al cabo de unos minutos, cuando parecía recobrar la conciencia y volvía al mundo real, me miraba con detenimiento, a medio vestir, y decía cosas como:

—Pero qué belleza la tuya, pareces un ángel.

Menudo ángel, pensaba yo; con la trayectoria que llevaba iba a ir de cabeza al infierno. Pero valía la pena dejarse llevar, con Rafa por lo menos. Después de aquellos encuentros parecía relajadísimo y se le veía muy contento. Sento solo era feliz durante pequeños instantes apenas perceptibles. A Rafa la felicidad le duraba lo suficiente como para hacer todo lo que yo le dijera sin decir ni media.

A ojos de los demás, desde luego, éramos más que amigos. Nadie nos creía cuando decíamos que entre nosotros no había nada, y todo el mundo se burlaba.

—Vaya, qué pareja más bonita —solían comentar a menudo; desde dependientas zalameras hasta conocidos más íntimos.

—No somos novios —contestaba siempre yo, entre avergonzada y

nerviosa, bajando la vista. A Rafa nunca parecía molestarle mi actitud.

—Ya.

Hasta el cura lo decía cuando nos veía pasar:

—Otra preciosa pareja que dice que solo son amigos...

Nunca he comprendido por qué los curas y las monjas demuestran tal fijación por los romances. Debe ser la nostalgia de no haberlos vivido a la par que la certeza de que jamás los vivirán. O tal vez sí, qué sé yo. Para mí las hermosas parejas, como todo lo bello, estaban malditas, estrechamente relacionadas con la desgracia, ya que desde niña siempre pensé que todo lo bello resultaba demasiado caro y de una manera u otra al final la vida siempre pasaba factura.

Fue entonces cuando comencé a avergonzarme de verdad de mis actos. Me sentía como si fuese una especie de prostituta y me entraron ganas de dejar de ver a Rafa y empezar otra vez de cero. Había escuchado que algunas mujeres de Pontroig se estaban marchando a trabajar a Suiza, a las fábricas textiles; y por mi cabeza pasaba que aquello, tal vez, fuese una solución. Pontroig nunca había sido un lugar fácil para mí.

Un día estuve cerca de hablar con Rafa. Quise comentarle que lo nuestro se había terminado, que ya no quería seguir viéndole y que mi intención era marcharme a trabajar a Suiza o a Alemania; pero antes de que yo abriera la boca, él me sorprendió con una noticia inesperada.

—No te lo vas a creer. Han cogido a Pepe el Ruso. —La expresión de Rafa destilaba euforia, como si le importara más que a mí.

—¿Volvió? —Ya me lo estaba imaginando entre rejas, con su abrigo de pelo de zorro del ártico.

—Nunca se fue. Por lo visto, nunca estuvo en Rusia. Todo aquello de que se escapó de allí fue un bulo. Le cogieron en Dos Aguas. Por lo visto estuvo mucho tiempo por aquella zona de maqui. Permaneció escondido bastantes años después de que sus compañeros de la guerrilla antifranquista abandonaran. No sé cómo se las arreglaría para sobrevivir.

—¿Y cómo es que le han cogido después de tanto tiempo? —pregunté yo, un tanto decepcionada de ver convertido en añicos el mito del intrépido Pepe el Ruso.

—Porque ahora es manco. Tuvo que cortarse un brazo, por la gangrena. Estaba en una cueva, enfermo, con fiebres altas y muerto de hambre, cuando vio pasar a un niño del pueblo y le dio treinta pesetas para que le trajera

comida y medicamentos. La familia del niño le denunció a la Guardia Civil. Ahora está en el penal de San Miguel de los Reyes.

—Tengo que ir a verle —contesté, poniéndome en pie.

—Iré contigo —respondió Rafa sin dudarlo ni un segundo.

Dos o tres días después, Rafa me acompañó hasta el penal. Quedé sorprendidísima; en la vida me hubiera imaginado que una cárcel fuera así, un lugar tan inmenso e imponente. Parecía más bien una especie de castillo con grandes e impenetrables muros y una cúpula azul. Al ver mi cara de asombro, Rafa me dijo que antes había sido un convento de frailes.

Lo que más llamaba la atención al entrar era el inmenso frío, que cortaba la piel. Si te quedabas ahí dentro quieta te podía entrar una pulmonía. Al preguntar por los presos, nos llevaron directamente hasta un patio pequeño en comparación con el edificio, que tenía más aspecto de cárcel. Allí estaban todas las dependencias, incluida una especie de portería. Rafa y yo nos acercamos para preguntar si podíamos visitar a un preso. Los dos funcionarios de prisiones que se sentaban detrás del mostrador, un par de gañanes gordos y calvos, nos contestaron de muy mala manera.

—Si vuelves tú sola, te dejamos entrar. ¿A quién buscas? —preguntaron, después de mirarse el uno al otro y soltar una risotada.

—A Pepe el Ruso, un ex maqui que arrestaron hace poco en Dos Aguas —contesté, limpiándome el agüilla que me chorreaba por la nariz con la manga de la camisa.

—¿El manco?

—Sí, ése.

—¿Quién pregunta por él? —El tipo me miró fijamente, con los brazos cruzados.

—Su hija, él a mí no me conoce, pero a mi madre sí. —Tardé demasiado en inventarme la trola.

—Su hija, ¿eh? Claro, como tiene tantas...

Y los dos volvieron a mirarse, esta vez dudando. Recé para mis adentros para que me permitieran entrar. El que parecía que mandaba de los dos examinó detenidamente mis facciones. Al parecer, algo que encontró en ellas le hizo decidirse.

—Anda, entra al locutorio, pero tendrás que esperar hasta las diez que es la hora de la primera tanda de visitas. Tiene fiebres altas debido a la gangrena, no sé si va a querer verte, tiene un pie aquí y el otro en el cementerio —

sentenció, con una expresión muy seria y desconfiada.

Atravesamos el patio acompañados de un guardia hasta llegar a la sala que nos habían dicho los otros dos funcionarios de prisiones. Esperamos en la puerta una media hora, junto con otros visitantes, en su mayoría mujeres empobrecidas, viejas para sus años, y algunos niños. A las diez en punto, el guardia nos abrió la puerta y pudimos entrar. Cuando me hablaron del locutorio, me imaginé a Pepe el Ruso tras una mampara de cristal, con un teléfono en la mano, como en el cine. Nada más lejos de la realidad. Aquel lugar se parecía más a una mazmorra que a otra cosa. Allí se hacinaban varios presos ansiosos que hablaban a grito pelado para hacerse escuchar por sus familiares entre la multitud. Cuando entré, había más bien pocos debido a que era hora laborable. La mayoría estaban enfermos, como Pepe el Ruso, y esperaban a sus esposas e hijos; algunos hasta a sus nietos.

El aire olía a humanidad y a gente enferma. Lo único bueno que tenía aquel lugar era que por las ventanas se veía el mar.

Pepe el Ruso se había colocado en un extremo de la celda. Por lo visto, era cierto que estaba muy enfermo; la herida del brazo le provocaba dolores y fiebre. Cuando nos acercamos a hablar con él, le vi sudado y estuvo a punto de mandarnos a paseo.

—Maqui, ¿cómo estás de ganas? —le preguntó bruscamente el guardia que nos acompañaba, una armario ropero igual de alto que Rafa y que pesaría más de cien kilos.

—Flojo —contestó el Ruso, tras los barrotes del locutorio, en un tono entre indiferente y soberbio. La luz del sol, que entraba por una de las ventanas, hizo que la sombra de los barrotes se proyectara sobre su rostro. Mientras el resto de los presos permanecían de pie, el Ruso se había sentado en una silla debido a su estado de salud.

—Te traigo a una señorita que dice que es tu hija.

—Si su madre es igual, seguro que no miente.

—Te dejo con ella. Ten cuidado con lo que hablas, que voy a estar aquí en la puerta —advirtió el guardia, y se alejó con sonoros pasos.

—Descuida —respondió el Ruso, esta vez con desdén.

Pepe el Ruso alargó su único brazo para alcanzar un sombrero negro y se lo puso. A pesar de su edad y de su enfermedad, tenía pinta de haber sido un hombre muy atractivo. Llevaba unas gafas de vista de cristales redondos y su piel era muy morena; hablaba con inteligencia y desvergüenza.

—Dime, chica ¿cómo te llamas? —preguntó mientras tosía. A pesar de encontrarnos cara a cara, no se tapó la boca al hacerlo.

—Paca; y él es Rafa, un amigo —respondí, mientras me ponía en cuclillas para poder escucharle bien.

El guardia gigante me observó y enseguida se acercó con una silla rudimentaria para que pudiera sentarme y hablar con mi supuesto padre. Me senté y Rafa le dio las gracias en mi nombre. Pepe el Ruso, por su parte, no se empeñó en matizar la definición de “amigo.”

—No he venido aquí porque sea su hija.

—Me lo imagino. ¿A qué has venido? —contestó, en un tono que dejaba entrever la obviedad de lo que acababa de aclararle. Pepe el Ruso tenía la habilidad de hacerse entender sin apenas hablar. Aunque su tono de voz era muy bajo y se confundía fácilmente con el del resto de los presos.

—A averiguar cosas sobre mi padre, Antonio Almenar.

—¿El que cosieron a tiros en la puerta de su casa? —respondió, como si en su cabeza guardase un auténtico archivo de datos que recordaba con impactante lucidez.

—Ése. ¿Fue usted?

Pepe el Ruso soltó una carcajada ahogada de inmediato por el sonido de sus pulmones, cargados de flemas y alquitrán. Escupió en el suelo un amasijo de mocos, sangre y saliva.

—¡Qué ingenuidad! No, yo no le maté.

—¿Se acuerda de Vicentito? Sento, el hijo de la Pequeñita. Nos conocimos en la República Dominicana. Él me dio un nombre: El Gato.

—Sí, ya me contaron que acabó bajo tierra. ¿Y qué te contó ese hijo de la gran puta? —escupió.

No quise saber cómo la noticia había podido llegar hasta él. Se me retorcieron las tripas.

—Que aquella noche le iban a pasear a él también y que oyó cosas; pero que al final le perdonaron la vida por tener solo dieciséis años.

Al escuchar esto último, Pepe el Ruso abrió los ojos como platos y soltó una carcajada mucho más fuerte que la anterior; e igual de cargada de mocos.

—¡Qué imaginación! No serías tan tonta de creerte que a uno le perdonaban la vida en la guerra por tener dieciséis años, ¿no? —dijo, limpiándose un resto de sangre de la boca con la mano mugrienta.

—¡Basta ya, hábleme en plata! —se me calentó la sangre y le grité como

una vendedora del mercado a lo que quedaba de aquel hombre, olvidando que podía ser el asesino de mi padre.

—Lo que intento decirte es que tu amigo vio lo que vio fue porque estaba en el bando de los paseantes —esta vez habló en tono paternal.

—No le creo. Sento no mató a mi padre.

—Él no es el Gato, no apretó el gatillo; pero fue uno de los tres que estuvieron allí ese día paseando gente.

—¿Y por qué iba a señalar a un compinche, si estaban todos igual de metidos en la mierda?

—¿Qué importaba que cantara, si ya sabía que alguien le buscaba allá, en el otro lado del charco, para llenarle los sesos de plomo?

—¿Usted es su padre? —se me ocurrió soltar, sin pensar en lo estúpida que sonaba la pregunta.

—¿El padre de quién? —Pepe el Ruso parecía a punto de perder el conocimiento, su piel se había vuelto de un blanco verdoso.

—De Sento.

—No —respondió débilmente.

Me quedé muda. Rafa me pasó una mano por el brazo y tuve un amago de echarme a llorar.

—No le creo, usted es un maqui, un asesino... —me tembló la voz.

—Una vez, una posadera de Dos Aguas tuvo el detalle de esconderme de la Guardia Civil en su bodega. Mientras estuve escondido escuché cómo un grupo de hombres asaltaban el local y la violaban; decían ser maquis, pero eran guardias civiles de la brigadilla, que se disfrazaban para montarse juergas.

—¿Y a qué viene contarme eso ahora?

—Si algún día te viola un maqui, niña, piensa que es un Guardia Civil de paisano.

Entonces sí que me eché a llorar, tapándome los oídos. En la vida había oído tantas barbaridades juntas.

—Ahora vas y lloras, ¿no? ¿Tanto te sorprende? Pues esos eran los hombres de tu padre. ¡Deja de llorar, coño, que las mujeres duras no hacen esas cosas! Mantente serena porque lo peor no lo has oído.

—Cuéntemelo. —Y me sequé como pude las lágrimas.

El Ruso se pasó una mano por la mejilla sin afeitarse. Tenía los ojos enrojecidos y enfermos. Pareció cavilar muy bien sus palabras y al final

remató con toda su prepotencia:

—Si estoy aquí es porque sé cerrar la boca.

Me di la vuelta y Rafa me contuvo.

—Me voy, no puedo estar aquí más tiempo.

—Lo siento, chica —escuché decir al Ruso detrás de mi espalda, con su voz de fantasma.

Al salir del locutorio me tuve que sentar en un banco del patio para que me diera el aire. Rafa se sentó conmigo y estuvo allí, en silencio, hasta que se me pasó un poco. Después dijo que lo mejor era que nos fuéramos a casa. Nos fuimos a su piso.

El piso estaba helado cuando llegamos. A pesar de eso se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero de la entrada, después me señaló uno de los viejos sillones roñosos de la sala de estar y dijo:

—Siéntate, tengo que decirte una cosa. —Se le veía un tanto nervioso, cosa poco habitual en él. Observé que le temblaban ligeramente las manos. Se sentó en otra de las butacas.

—Di —le invité a hablar.

—Paca, llevamos tiempo siendo más que amigos, escondiéndonos... —decía Rafa, mientras por momentos parecía que estaba a punto de arrepentirse y echar a correr. Encendió un cigarro. Mientras la mecha le iluminaba los rasgos juveniles recordé que tenía cinco años menos que yo.

—¿Y qué?

—Te conozco y sé que esta situación no te gusta.

—¿Y bien?

—No quiero que me evites. Tal vez si nos casásemos sería una solución. Confieso que la idea nunca me ha gustado ni la comparto, pero si es la única forma de que no me dejes... —Soltó el humo de su cigarro como con alivio.

—¡Ni hablar! No quiero más decepciones en mi vida. —Yo seguía erre que erre, empeñada en que lo quería era un hombre y no un niño como Rafa, como si todos los que había conocido hasta ahora no hubieran sido como para tirarlos a la basura en comparación.

—¿Y crees que yo te decepcionaría? ¿Acaso lo he hecho hasta ahora? Vamos, Paca; sólo tienes que decir “sí” y ya está. Además, puede que esta sea tu última oportunidad. Ya te han desvirgado antes que yo, y no eres tan joven como te crees —mientras soltaba semejante burrada una sonrisita insolente le asomaba a la cara.

—¿Y tú qué sabes? —Podía sentir las palpitaciones en mis sienes.

—Vamos, que no soy imbécil. Cuando ibas a ver a Vicentito a su casa y te quedabas por la noche, ¿dormías en otra cama?

—No es la primera vez que me lo piden, para que lo sepas.

—Sí, ya me acuerdo de lo de Paco, el del estanco... —contestó, al borde de una risa nerviosa.

—¿Qué gano yo?

—Te gusta la idea, reconócelo. —Me apuntaba con un dedo, mientras con el resto sostenía el cigarro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sonríes. —Acercó el pitillo al cenicero y allí aplastó la colilla para apagarla.

Entonces sentí cómo de pronto se me encogía el estómago.

—Está bien, sí.

—¿Todo esto es para hacerme sufrir?

—A veces, no te entiendo. Puedes tener a Eva en el Paraíso y persigues a la serpiente.

—Mi serpiente, la que va de Paraíso en Paraíso —respondió con una de sus incontestables bromas. Cuando se ponía de aquel modo significaba que ya no tenía la intención de seguir con la conversación.

Esa noche no volví a casa con Alfonso. Le llamé y le dije que había ido al cine a Valencia capital con una de mis nuevas compañeras del taller de costura, para que no se preocupara. Y me quedé en el piso con Rafa.

Al día siguiente, cuando desperté, Rafa estaba poniendo una cafetera al fuego. A pesar de su mala fama, siempre se levantaba temprano. Dejó la taza de café sobre la mesa, se sentó en una silla y me atrajo hacia él, haciéndome sentar sobre una de sus rodillas; yo hice un leve forcejeo, mientras él le dio un apretón a una de las dos mitades de mi trasero.

—¿Seguimos con tu historia? —preguntó. No parecía muy contento, sino al revés; se le veía levemente deprimido.

—Sí —contesté yo, pensativa.

—¿También vas a obligarme a escribir de las cosas que hacías con Vicentito?

—¿Tanto te molestaría eso?

—¿Le querías? —era una de esas preguntas que uno lleva mucho tiempo guardando dentro de sí.

—Sí...bueno, supongo que quise al hombre que me hubiera gustado que fuese. —¿Qué necesidad había de explicar algo que para mí era obvio?—. Si tan difícil es para ti, a lo mejor debería ahorrarme detalles.

—Déjalo, no me importa si le querías a él; también podrás quererme a mí.

La voz de Rafa se oscureció al pronunciar esas últimas palabras. Yo no pude más que mirar al suelo; entonces sentí el frío en las plantas de mis pies y el calor del cuerpo de Rafa debajo del mío. El estómago se me encogió y dije:

—Te quiero.

Seguía asistiendo a clases nocturnas en una escuela de Valencia. Rafa venía a buscarme todos los viernes, un poco antes de terminar las clases. Le traía Medina, un transportista de Pontroig que tenía una destartalada furgoneta y que de camino en ruta pasaba cerca del colegio. Las clases nocturnas eran un hervidero de gente rara; en su mayoría personas a las que ya se les había escapado la juventud, pero que no habían abandonado sus ambiciones, por modestas que fueran. La mayoría eran hombres, pero también había muchas mujeres. Me hacían gracia, porque al mirarles una se los imaginaba de niños, escondiendo los libros en cualquier lugar y haciendo fuchina de las clases; sin embargo, ahora se les veía tan atentos, a pesar de su apariencia chulesca y esos tintes de llevar a sus espaldas una vida desgastada, que parecía mentira.

Nuestro profesor, don Pablo Morro, era un señor corto de vista y un tanto baboso que rondaría los sesenta y cinco años. Un día, durante un dictado que trataba sobre una serie de acontecimientos históricos que habían ocurrido hacía años en el extranjero, se me ocurrió preguntarle al caballero dónde podría encontrar información sobre la Guerra.

—¿Por qué te interesa saber sobre la Guerra? —preguntó, mirándome desde el rabillo del ojo con desconfianza.

—Porque mi padre desapareció durante un paseo, en el año treinta y seis.

—¿Era rojo, tu padre? —se apresuró a preguntar con toda la desvergüenza. Pablo Morro acababa de delatarse abiertamente como un “odiador” oficial de la izquierda española.

—No, Don Pablo, era simpatizante del Bando Nacional.

—Claro, de ahí lo del paseo... —respondió sin demasiado interés. Luego, como si acabara de ocurrírsele una idea brillante, dijo—: Oye, guapa ¿Y no sería mejor pasar página?

—No puedo pasar página ignorando lo que pasó.

—No es una mala respuesta —dijo el señor Morro, mientras deslizaba uno

de sus dedos por la manga de mi blusa.

—Mira, cariño... ¿Puedo llamarte cariño?... —Permanecí en silencio ante su pregunta—. Ya veo que no —asumió a su pesar—. No sé dónde puedes encontrar esa información, tal vez en Audiencia Territorial o en el Archivo Municipal de Valencia. Aunque lo dudo, debe ser cosa de la Causa General —entonces empezó a susurrar en voz baja—. Toda esa documentación debe de estar guardada en Madrid.

—Entonces intentaré preguntar en el Archivo Municipal de Valencia.

—Espera, cariño. Voy a escribirte una nota para que cuando vayas digas que vas de mi parte.

Terminó de escribirla y la firmó, luego la dobló y extendió la mano para alcanzármela.

—Esto es una carta de amor entre tú y yo.

—De acuerdo, gracias —contesté yo casi muerta de la estupefacción, mientras sentía como la sangre se me subía a los carrillos.

—Espera, cariño, ¿no me das dos besos?

Le di dos besos al viejo verde y me fui de estampida secándome la cara con las manos. Al salir del colegio, vi a Rafa sentado en un banco, fumando. Hacía rato que esperaba.

—¿Cuánto has tardado? ¿Qué hacías? —preguntó, mientras se sacudía la ceniza de la ropa con sus clásicos movimientos, ligeros y elegantes.

—Le pregunté a mi profesor dónde podría encontrar más información sobre la muerte de mi padre.

—¿Sabía algo?

—Algo, sí; me mandó al Archivo Municipal de la Capital. Aunque dudó, cree la información debe estar en Madrid. Es un viejo baboso. No sé si le aguantaré mucho tiempo más.

—Bueno, tal vez te interese, si las cosas no van más allá.

—Por cierto, ¿qué pasó al final con tus amigos los sordomudos?

—Hablé con ellos.

—¿Y qué?

—Me dijeron que comprendían mi decisión y que aceptaban mi ayuda desde dentro. Están abiertos a recibir cualquier información que yo les pueda pasar.

—Entonces, ¿volverás al Colegio Mayor?

—Volveré.

Tiempo después, Rafa averiguó que existían más víctimas. Pero ya eran adultos y habían conseguido puestos de trabajo bien remunerados en instituciones importantes gracias a la influencia del Opus Dei. Se encontraban entre la espada y la pared y no podían hablar. Al final, los dos chicos terminaron denunciando los abusos y escribiendo una carta al Vaticano. La denuncia terminó siendo ignorada y el Vaticano jamás respondió a aquella carta.

En cuanto pude, un día por la mañana, cogí el coche de línea y me fui yo sola a Valencia, al Archivo Municipal; no estaba muy lejos de la parada del autobús, así que fui caminando y llegué enseguida. Era un edificio antiguo, rimbombante y rodeado de jardines. Entré por la puerta y caminé sobre una alfombra estrecha y granate hasta llegar a una mesa donde había un imbécil sentado detrás, quien me miró de arriba abajo como si fuera una vagabunda.

—Buenos días.

—Buenos, días, vengo a buscar información sobre los años de la dominación republicana —me lo inventé sobre la marcha.—¿Sobre qué concretamente?

—Sobre los abusos que se cometieron por parte de los rojos. —continué con mi trola como si tal cosa. El tipo me miró como si fuese una pirada y torció el morro.

—Verá, señorita, eso es documentación política sensible y usted debería saberlo. Debería tener más miedo y más vergüenza de presentarse aquí con esos aires haciendo ese tipo de preguntas.

—Mire, traigo esto.

—No me sirve, no es ninguna acreditación oficial.

—Vamos, déjeme entrar. —Me la jugué.

—Lo siento, no puedo acceder a su solicitud.

—De acuerdo, gracias de todos modos. —cedí. Tuve que morderme la lengua para no llamarle lameculos.

Al llegar en el coche de línea a la estación de Pontroig, Rafa estaba esperándome.

—¿Qué?¿ Has conseguido colarte?

—No, y según me ha dicho el de la puerta soy una auténtica sinvergüenza y una temeraria por atreverme siquiera a preguntar sobre esos asuntos en un archivo.

—¿Y el escrito de tu profesor?

—Le ha faltado hacerlo añicos y tirarlo a la basura.

—Tal vez puedas buscar en otro sitio.

—Pues no sé dónde.

—Ya... No vas a tener más remedio que pedirle a tu profesor que vaya en tu nombre al archivo.

—¡Ni hablar! ¿Te has vuelto loco o qué?

—¿Quién me dijo que aguantara a un cura que me aconsejaba amar sin barreras? Yo no te digo que te acuestes con él, con que se lo imagine será suficiente.

No pude evitar soltar una carcajada, él se rió conmigo.

—De acuerdo, pero me acompañas y me esperas en la puerta, no se vaya a armar.

—Hecho.

## CAPÍTULO XII

Cuando encontramos el momento oportuno, Rafa y yo decidimos contarles a nuestros familiares y amigos que nos íbamos a casar.

Llamé a Rosana por teléfono; por mi parte fue la primera en enterarse:

—¡No me lo puedo creer, Paca! Por favor, esperadnos.

—¿Es que vais a venir?

—Sí, en breve tenemos pensado volver. Los españoles ya nos somos bien recibidos.

—Ahora soy yo quien se alegra. Ojalá lleguéis a tiempo para venir a la boda, aunque será muy discreta; nunca me han gustado las bodas.

—¿Ni la tuya?

El segundo en enterarse fue Alfonso. Como esperaba, no le gustó la idea.

—Yo de ti esperaría, a lo mejor encuentras a otro que te guste más —dijo con voz lúgubre, sin mirarme.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo Rafa?

—No tiene vergüenza..., igual que...—de pronto se detuvo, como si le hubiese sobrevenido una inusual prudencia, pero ya era demasiado tarde.

—Mi padre. ¡Ya lo sé, me cago en diez! Lo has dicho demasiadas veces ya. ¿Y qué tenía de malo? ¿No erais amigos?

Al final tuvo que aceptarlo. Los demás, Balbi, Auri, sus maridos y sus hijos se alegraron mucho. También don Cipriano, el sastre, y todos los hombres que trabajaron conmigo en la huerta desde pequeña; en especial, Armengol. Un día pasé frente al bar La Sirena y le vi allí sentado.

—Armengol, invítame a una cazalla —le grité desde la calle.

—Sí, reina; a ver qué día me invitas tú —contestó mientras sonreía.

—¿Sabes qué? —le anticipé mientras me sentaba a su lado en la barra.

—Te casas —se adelantó.

—Sí —respondí, sin sorprenderme de que el viejo Armengol ya lo supiera.

—¿Qué te dije? Me hiciste caso y mira qué chico tienes. Si vieras cómo te

mira, te casarías con él dos veces. —Y me dio un par de palmadas en el hombro, como si fuese un hombre.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes? —respondió con la sonrisa aún más acentuada.

—No entiendo cómo Adán, teniendo a Eva, se casa con una serpiente.

—No hace falta que lo entiendas —dijo, dando un manotazo en el aire.

—Armengol, siempre dices eso de “no hace falta que lo entiendas” y ya no me sirve. Ahora, lo explicas.

—Hay cierta clase de hombres que se sienten atraídos por lo imposible, por lo inconquistable. Creo que Rafa es así.

—¿Vendrás a mi boda? —le pregunté, aún sabiendo de antemano que la respuesta iba a ser un “no”.

—Yo en las fiestas no pinto nada. Me tomaré una cazalla contigo luego, pero me invitas tú —respondió sosteniendo el vaso y señalándome con el dedo índice al mismo tiempo. Después se lo bebió de un solo trago.

Poco tiempo después ya vivía prácticamente en el piso de Rafa, porque Alfonso no me dejaba en paz con sus sermones. Inesperadamente se había vuelto un hombre distinto al que había conocido siempre. El piso era minúsculo, pero bastante cómodo para vivir y donde hacía un frío de mil demonios. Comparado con todos los lugares en los que había dormido, me parecía una casa de ricos. Rafa parecía feliz de tenerme allí, aunque yo dudaba de que se acostumbrara tan rápidamente. Un día fui a guardar unos papeles en un cajón que nunca había antes abierto, y encontré una revista con un dibujo picante en la portada y una bandera republicana en una esquina. Dentro había una hoja doblada hacia adentro; en esa página vi una foto de Rafa publicada hacía un par de años y una columna de texto con palabras arriesgadas contra el régimen.

—¿Qué es esto?

Le mostré la hoja. Él me dio la espalda y fingió seguir en sus cosas.

—Un artículo mío —respondió, en tono temeroso.

—¿Te has vuelto loco? ¿Es que quieres que te encierren? —Me coloqué enfrente de él para que no me diera la espalda.

—Hace dos años que escribí eso —siguió diciendo sin mirarme.

—Tíralo al fuego. —Y abrí una de las puertas de la alacena para coger la caja de las cerillas.

—¡Ni hablar!, lo he escrito yo y me costó un esfuerzo. —Me arrancó la

caja de cerillas de las manos.

—Pues guárdalo bajo llave y no vuelvas a escribir nada así. —Por un momento me vino a la mente la imagen de Fina, la doncella, revolviendo en los papeles de mi padre y saliendo de estampida por la puerta.

—Hace tiempo que no escribo nada de eso. No me conviene. —Se sentó en una silla de la cocina, entre avergonzado y abatido.

—Tú lo has dicho: no te conviene.

Rafa guardó la revista verde bajo una de las vigas del techo; ahí se quedó hasta que muchos años más tarde la volvió a sacar, destrozada por las polillas.

Esa noche me acosté alterada y volví a soñar con animales marinos: yo estaba dentro de una ballena dando golpes en sus entrañas y gritando para que alguien viniera a rescatarme. La ballena olía a podrido. De pronto, el animal explotaba y yo saltaba por los aires y quedaba liberada, cubierta de sangre, en una playa. Luego acudían más ballenas moribundas a la orilla. Sus gritos insoportables perforaban mis oídos; todas iban muriendo una tras otra.

Entonces descubría que a mi lado, tumbado en la arena estaba Sento, que me decía:

—Las ballenas están muertas, te han traído hasta aquí. Ahora debes darles un entierro digno, el que se merecen. Te han guiado durante todo el camino y te han mantenido fuerte. Sígueme, te llevaré hasta el lugar donde debes enterrarlas.

Unos mozos con camiones se acercaban y cargaban las ballenas una por una. Después, en comitiva, circulaban detrás de nosotros hasta el lugar donde Sento tenía que llevarme. Caminábamos por la orilla de una playa de aires dominicanos y sudábamos de tanto calor que hacía.

Los dos rezábamos:

*En mi angustia clamé a ti, Señor,  
y tú me respondiste.  
Desde las profundidades de la muerte,  
clamé a ti, y tú me oíste.  
Me arrojaste a lo más hondo del mar,  
y las corrientes me envolvieron...*

Entonces llegábamos a Valencia, a un lugar desconocido y familiar al mismo tiempo. Allí, frente a una fosa enorme cavada en el suelo, esperaba mi

padre, de pie, envuelto en una sábana ensangrentada y con la cabeza agujereada.

—Aquí, Paca, aquí debes enterrar a las ballenas —su voz se escuchaba apenas, susurrante y distorsionada, ya que su boca estaba cubierta por el sudario.

Entonces escuché la voz de mi maestro, Pablo Morro, que decía:

—¿Y no sería mejor olvidar? ¿Pasar página?

Luego, sin saber cómo, me encontraba de nuevo en mi cama, dando vueltas sin parar. A mi lado, en lugar de Rafa, yacía acostado un joven de rasgos delicados y mirada de gárgola. Sin dejar de observarme, repetía:

—Chica, dame un beso y te prometo que no tocaré a tu hermano...

La cantinela del joven fantasmal de mi pesadilla me hizo despertar sobresaltada. El sol ya asomaba por la ventana. Aquel día por la noche tenía clase. Le pedí a Rafa que me acompañara porque había decidido pedirle a mi profesor que me ayudara.

—Don Pablo —comencé con dificultad, intentando aparentar fragilidad y delicadeza, cualidades de las que, a decir verdad, siempre he carecido.

—Dime, cariño, sin el Don —contestó el viejo, jugando con su anillo de casado en su rechoncho dedo.

—Mire, don Pablo, digo, Pablo.

—Háblame de tú.

—Escucha, Pablo, el otro día me acerqué al Archivo Municipal de Valencia, con tu nota. Estaba nerviosa y el recepcionista se dio cuenta enseguida.

—¿Hubo suerte? —dijo con una sonrisa burlona, como si hablara con su nieta de cinco años.

—La verdad es que no. Me trataron de sinvergüenza por hacer preguntas sobre documentación política sensible. —De pronto sentí una llaga ensangrentada en la boca, me la estaba haciendo de tanto mordisquear nerviosamente mis propias carnes.

—Yo podría entrar. Tal vez si les diera un aguinaldo...

—¿Lo haría? —El asco se transformó en esperanza.

—De tú, cariño, trátame de tú.

Evidentemente, no podía ser a cambio de nada.

—¿Lo harías?

—Si cenas conmigo luego, claro, cariño. —Se pasó la mano por su

ridículo bigote.

—De acuerdo, cenaremos después, cuando terminemos en el archivo.

—Eres un ángel —dijo, mientras deslizaba uno de sus gordos dedos por mi mejilla.

—Ahora tengo que irme, que pierdo el coche de línea.

Y salí en estampida, antes de que aquel caníbal se ofreciera a llevarme a cenar. Rafa me esperaba en la puerta.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó divertido, sin disimular una curiosidad morbosa.

—Que me acompañará el viernes, si accedo a cenar con él después — contesté algo decepcionada por la falta de vergüenza de Rafa.

—¿Irás?

—Ya veremos. —La sola idea de imaginar al profesor Morro comiendo me provocaba el vómito.

—¿Se puso muy baboso?—me sonsacó, con una risita.

—Me sobó la mejilla y me dijo que era un ángel — dije con repugnancia.

—Es verdad —añadió.

—No lo es —respondí fingiendo que el cumplido me era indiferente.

—Pues te gusta oírlo.

—¿Por qué dices eso? —pregunté sorprendida.

—Porque sonrías.

Aquel viernes, nos acercamos don Pablo Morro y yo hasta el Archivo Municipal de Valencia. Insistió en que entrara con él, aunque yo no quería. Desfilamos por la alfombra estrecha y roja hasta llegar a la mesa en la que se sentaba aquel imbécil de siempre. Di los buenos días, y el señor Morro inició la conversación:

—Buenos días, soy Pablo Morro, ¿se acuerda de mí? Estuve por aquí ayer; me acompaña mi alumna, la señorita...

—Francisca Almenar.

—Estoy realizando un trabajo de carácter histórico con fines docentes sobre los meses previos al inicio de la Guerra de la Liberación.

—Un momento, que tengo que hacer una llamada. ¿Me repite su nombre, por favor?

El imbécil apuntó el nombre de Pablo Morro Blanch en una hoja de papel y se levantó para hacer la llamada telefónica. Entonces me acordé de que Pablo Morro había presumido varias veces de ser adicto al régimen durante

alguna de sus clases. Yo había comentado que buscaba información sobre los años de la dominación republicana, así que supuse que esta vez no habría ningún problema. Entonces, el imbécil volvió y dijo que podíamos pasar, no sin antes mirarme de arriba abajo, esta vez no como a una vagabunda sino como a una prostituta.

Esperé durante horas sentada en un banco del pasillo, mirando a través de una puerta de cristal cómo buscaba y rebuscaba. No encontró nada.

Al salir del archivo me sentía tan decepcionada que casi me costaba caminar. Hubiera querido tenderme sobre cualquier banco del jardín y dormirme allí mientras me tragaba mis propias lágrimas. Al llegar hasta la puerta me desvié para ir a coger el coche de línea.

—¿Te llevo a tu casa, cariño?—preguntó el viejo, con toda la mala idea.

—No, gracias, me acercaré caminando a coger el coche de línea.

—¿A qué hora te recojo esta noche? —No tenía la intención de largarse sin su presa.

—¿Esta noche?

—Habíamos quedado para cenar, cariño. ¿No te acuerdas?

—No pienso ir a cenar con usted.

—¿Cómo que no, cariño? Me debes una.

—Yo a usted no le debo nada —le contesté, sacudiéndome de golpe su mano de encima.

Me fui a toda prisa a coger el coche de línea, mientras él me gritaba:

—¡De tú, cariño! ¡Trátame de tú!

La boda fue un 30 de octubre de 1958. Me costó la vida encontrar un vestido blanco; me sentía tan ridícula con todos... O demasiado largos o demasiado historiados; ¿dónde iba yo con un vestido de cola? Encima costaban carísimos, Dios. Tampoco me valían ni el de Auri, ni el de Balbi, las dos estaban más gordas que yo cuando se casaron y me quedaban siete sacos los malditos trajes. Encima eran los dos tan feos que no me los quise ni probar. Al final me quedé con el más sencillo que encontré; uno a la altura del tobillo, para no pisármelo mientras caminaba. “Estás guapísima”, me decía la dependienta, la pobre. Lo decía de verdad y yo, ni caso.

Salí de novia de casa de Alfonso. Él, que siempre fue tan reservado, tan desapegado, me dio un abrazo antes de acompañarme a la puerta y dijo: “Ay, Paca, ahora sí que te me vas.” Era curioso, Alfonso no sentía lo mismo al marcharme yo de la mano de un hombre que al viajar a otro país; o tal vez

fuese porque ya me había visto volar dos veces y la segunda suele ser más difícil, si cabe, que la primera.

Al llegar a la iglesia vi que el cura nos estaba esperando en la puerta. Entramos y nos detuvimos frente al altar.

Rosana y Ángel (el hermano de Rafa) hicieron de padrinos. Yo llevaba una teja y una mantilla blancas que había alquilado. Al entrar, Rafa me miró y me colocó la mantilla en su sitio; con su gracia habitual dijo:

—Estás tan guapa, exactamente igual que la primera vez que te vi, ¿te acuerdas? —Sus ojos se posaron en mí. Alguna luz blanca se reflejaba en su fondo negro, como en las noches muy oscuras brilla a veces un punto lunar.

—Sí, me acuerdo.

Me hubiera gustado poder expresar lo que sentía, como hacía Rafa, pero las palabras se negaban casi siempre a salir de mi boca en todo lo que a emociones se refería.

El cura celebró una misa breve. Al terminar, dijo:

—Enhorabuena, hacen ustedes una preciosa pareja.

Y dale con las preciosas parejas, ¿qué tenían de especial? Mi padre y mi madre; Sento y yo; Rafa y Teresa... Pude sentir el calor de la sangre en mis mejillas otra vez. No quise mirar a Rafa, pero me pareció que se aguantaba la risa.

Celebramos la boda en casa de mis suegros, quienes colocaron una serie de mesas que llegaban, una tras otra, desde la puerta de entrada hasta el final del patio. Dos mujeres, contratadas para la ocasión, hicieron la comida y trajeron una vajilla de porcelana con flores azules, que también alquilaban para ocasiones especiales. Vino Alfonso resultaba extrañísimo verlo de traje; Auri, Balbi, sus maridos y muchos hombres de los que habían trabajado conmigo. Sentí la ausencia de algunos que ya eran muy mayores y no tenían ganas de asistir a celebraciones, pero sobre todo la de Armengol. También vinieron Sabel, su marido y su hija, quienes habían convivido conmigo en la colonia de la República Dominicana.

Fue divertido, pero no faltaron los rumores impertinentes. Se me acercó una niña, de unos siete años, y me preguntó al oído:

—¿Estás en estado?

—¿Qué?

—Mi madre dice eso.

—¡No estoy en estado! —contesté yo, crispada. Lo dije tan fuerte que me

escucharon dos chavalitas que unos trece o catorce años que pasaban por allí cerca y soltaron unas risas ahogadas.

La niña corrió a esconderse, muerta de vergüenza, con la intuición de que había metido la pata. Después se acercó un primo de Rafa, de unos dieciocho años, al que se le había ido un poco la mano bebiendo. Le dio una palmada a Rafa y dijo:

—Es muy guapa, primo. ¿Está preñada?

Rafa se rio y dijo que no, pero cuando su primo se alejó dijo para sí: “de milagro no lo está”. Al oírles a los dos, quise que la tierra me tragara.

Cuando terminamos de comer, los invitados empezaron a poner discos y bailamos. Bailé con Alfonso, con el padre de Rafa, con su hermano y con casi todos los demás. Mientras daba vueltas sobre mí misma, escenas de la vida me atravesaban la mente como cohetes veloces: mi madre riendo, mientras enseñaba su dentadura rebelde; mi padre con Tono recién nacido y diminuto en sus brazos; mi hermano correteando por el patio, presumiendo de que había atrapado un ratón; los ojos de Auri, chiflados y hermosos; la tía Aurelia llevando a Antonio de la mano, mientras él cojeaba; Rafa, adolescente, siguiéndome con su oscura mirada; Alfonso, en el huerto con la espalda doblada entre las espigas; la expresión de Sento las pocas veces que reía con ganas; y Tono; y Tono; y Tono.... Había un chico sentado al fondo de la mesa que se le parecía tanto...

Por lo demás, fue un día imposible de olvidar, mucho más llevadero y relajado de lo que yo esperaba, y muy divertido. Uno de esos recuerdos que nunca se borran de la memoria, de esos que vienen a la mente en los peores momentos y sirven de antídoto para sobrellevarlos.

Aquella noche, esa en la que se supone que todos los recién casados duermen juntos, Rafa me dejó en paz. Pero los tres o cuatro días siguientes fueron agotadores. Sé que no es muy correcto hablar de estas cosas, pero no puedo evitarlo, así es como ocurrió.

A él se le veía radiante y a mí con ojeras. Algunos decían:

—Demasiada juventud es lo que tiene Rafa. Tú aguanta, que el tiempo todo lo iguala.

Aunque todas las mujeres digan que esas cosas les dan lo mismo, no es cierto. La salud y la cara le cambian a una después de estar con un hombre, siempre que te guste, claro. Yo me encontraría un poco más cansada, pero siempre estaba sonriente; antes, casi nunca.

Semanas después me apeteció acercarme al cementerio a llevar flores a las tumbas de mis muertos. De camino, no pude evitar comerme la cabeza con varias cosas. A pesar de mi felicidad, una parte de mí seguía sintiéndose decepcionada. Después de haber dado vueltas y vueltas como una idiota no había podido averiguar nada, excepto que Sento, en realidad, me había usado en su propio beneficio y encima había participado en el asesinato de mi padre. Aparte de Sento, me faltaban los nombres de quienes le acompañaron aquella noche: El Gato y alguien más. Tenía la sensación de que la verdad se escondía tras de mí burlándose como un niño que juega a hacerse el desaparecido. En mi cabeza retumbaban las palabras de Pablo Morro: “¿Y no sería mejor que pasaras página y te olvidaras?”. Por un momento tuve la tentación, pero como el baboso de Morro nunca fue santo de mi devoción preferí no hacerle caso y seguir adelante. Sento decía que enterrara a todas aquellas ballenas con las que soñaba. Pero antes de echarles tierra encima, tenía que cumplir mi misión; tenía que saber quién o qué las había matado.

De pronto, cuando ya estaba entrando por el Camí de la veritat, caminando por entre los cipreses, escuché un traqueteo de ruedas y un murmullo de gente hablando en voz baja. Una comitiva fúnebre avanzaba silenciosa, como una fila de fantasmas, a unos metros de mí. Navarro, el marido de Pilar, había fallecido. Me aparté a un lado y la comitiva pasó. Cuando me crucé con Pilar, esta me hizo una seña disimulada, como diciendo: “Después hablamos”. No parecía muy apenada la reciente viuda; de hecho, Navarro nunca tuvo buena fama entre los vecinos de Pontroig, ni siquiera la propia Pilar había demostrado nunca aprecio por él. Mientras miraba alejarse a Pilar con sus habituales contoneos, la sacudida de una mano me devolvió a la realidad. Era Alfonso, quien por lo visto también asistía al entierro de Navarro. Por respeto al difunto nos saludamos brevemente sin hablar y yo dejé mi visita al cementerio para otro día.

Después de la boda, mi vida con Rafa no cambió demasiado. Siguió siendo prácticamente la misma; eso me tranquilizó, me hizo sentir cómoda. Había escuchado tantos cuentos sobre el matrimonio que pensaba que las cosas iban a pasar de un extremo a otro desde el día siguiente al de la boda, que nos convertiríamos en personas diferentes o que el trato que nos daríamos sería distinto; pero no; creo que esa amistad del principio, que fue convirtiéndose poco a poco en otra cosa, tuvo mucho que ver. Aunque Rafa siempre me dijo que nunca había querido ser mi amigo.

—Tú me gustabas desde el principio.

Y lo decía como si tal cosa. A mí me resultaba muy extraño, y gracioso al mismo tiempo, imaginarme a ese Rafa de entonces haciendo todas las tonterías que hacía.

Sabiendo lo que sé era como leer un libro otra vez, pero conociendo el significado de muchas más palabras.

Rafa acabó la carrera de magisterio y empezó a dar clases en un colegio de la capital. Me costaba muchísimo imaginármelo como maestro. A veces me entraban incluso ganas de reírme, con todo lo payaso que él había sido. Yo seguí en el taller de costura hasta que conseguí que me contratara otro sastre, no como aprendiz, sino como auxiliar de corte y confección, aunque yo seguía queriendo volver al huerto. Cuando se ha vivido y trabajado allí desde siempre, el campo nunca se va del alma. No se mira la hora en un reloj, se mira en el sol. Pero el médico no me recomendaba trabajar más allí. Regresé de la República Dominicana con secuelas de la malaria, además según dijo el doctor, a mi edad mis huesos ya eran más porosos que los de una vieja. El único remedio que me quedaba si quería poner los pies en un huerto era seguir ahorrando para sumar más dinero al que gané en la República Dominicana y así comprarme un terreno. Solo me encargaría de la gestión del cultivo. Por lo menos podría pasearme por mi propio huerto de vez en cuando, aunque ya no pudiera trabajar. Sería como cuando en esos sermones de misa el cura describía al Señor Dios paseándose por el jardín del Edén, al aire del día, observando su grandiosidad y belleza. Nadie jamás ha comprendido mi amor por la tierra de cultivo, pero ese no es mi problema. Será que formo parte de ella y, como suele decirse, allí he de regresar.

Un domingo, Rafa y yo nos estábamos vistiendo para salir a dar una vuelta cuando llamaron a la puerta.

—Abre, están llamando.

—¿A estas horas?

—¡Que sí, abre!

Rafa fue a abrir. Cuando no sabía quién era le mandaba a él; no quería encontrarme con ningún personaje raro que viera a una mujer asustada al otro lado de la puerta.

—Paca, preguntan por ti. Una mujer con el pelo rizado.

—Voy —respondí, sin dejar de preguntarme quién demonios sería.

Salí al vestíbulo y en la puerta me esperaba Pilar, la viuda de Navarro.

Vestía de luto, pero en lugar de encontrarla más triste y deslustrada me pareció que había rejuvenecido varios años.

—Hola, Pilar, buenas tardes. No esperaba verte por aquí.

—Buenas tardes, Paca. Espero no molestar.

—No, Pilar; siéntate y hacemos un café con el calcetín.

—Sí.

—Te acompaño en el sentimiento. ¿Cómo estás?

—Mejor, gracias.

Sonaba tan extraño aquello de “mejor”. Pilar se sentó y se alisó la falda. Tenía el pelo crespo y tupido, la piel morena y gruesa de esas que a la mínima se recubren de un ligero velo de sudor, la boca grande; parecía dominicana, aunque era más de Pontroig que los naranjos. Cuando el café estuvo listo, serví tres tazas y me senté con ella y con Rafa en la mesa del comedor.

—Bueno, Paca, te preguntarás a qué he venido, ¿no?

—Pues sí, porque creo que tú y yo apenas hemos cruzado más que dos o tres palabras por la calle.

—Porque tú no has querido —reprochó, muy seria, y siguió diciendo—: Toma, te he traído esto.

Pilar me tendió un paquete rectangular envuelto en una tela arrugada y de un color azul desteñido que tenía sobre las rodillas. Bajo la tela asomó otro paquete de papel-cartón abierto por la parte de arriba. Metí la mano por el agujero; dentro encontré unas dos o tres hojas. En la primera de ellas, amarilleada y carcomida, vi la foto de mi padre. De la impresión que me dio, tiré las hojas al suelo. De repente, me empecé a asustar, aquello parecía cosa de brujería. Pilar se inclinó y recogió las hojas.

—En el pueblo se dice que buscas al hombre que mató a tu padre.

—¿Aquí lo dice? —dije señalando los papeles.

—El mismo día en que los nacionales tomaron Valencia, mi marido consiguió robar estos archivos de entre la documentación que custodiaba para destruir pruebas.

—Pilar, ¿qué quieres decirme? —Sentí que el corazón se me aceleraba.

—Lee, Paca.

Comencé a leer los documentos. Formaban una especie de ficha en la que vi la foto de mi padre al principio y donde se contaba con todo lujo de detalles mediante las declaraciones de Navarro cómo fueron los detalles del paseo y de la ejecución. Junto al de mi padre se podían leer una serie de nombres entre

los cuales se encontraba el nombre del marido de Dora, al que también pasearon el mismo día; pero no encontré el nombre de Sento.

Seguí leyendo. Se describía con detenimiento cómo mi padre se resistió a subir al furgón y cómo le acribillaron a balazos en la puerta de nuestra casa. Al final esperaba descubrir alguna fotografía del cadáver de mi padre, pero no la encontré; con lo que deduje que después de fusilarlos llevaron los restos a cualquier descampado y allí los enterraron. Pero mediante aquellos papeles era imposible demostrar cómo se habían deshecho de los cuerpos. Al final de la ficha decía: “Lugar del enterramiento: desconocido”.

—¿Quiénes fueron, Pilar?, ¿dónde lo dice?

—Al principio, un poco antes de la foto de tu padre. Lo que pasa es que con los nervios te lo has saltado.

Las manos me sudaban. Por un momento creí que no sería capaz de leerlo. Miré arriba de la foto de mi padre y vi tres nombres: Agustín Navarro Raga, conocido como “Navarro”. Vicente de Jesús Ruano Heredia, apodado “Sento”. El tercer nombre no lo pude ni leer en voz alta: Alfonso Barrera Peris, de mal nombre “El Gato”.

Le tendí los papeles a Rafa para que los leyera él mismo. Aspiré hondo y me llené los pulmones con aire; sentía tal presión en el pecho que por un momento pensé que el corazón se me iba a salir por la boca. El bueno de Alfonso, tan generoso y tan hostil al mismo tiempo. Él, que parecía bobo. No, no podía ser. Entonces me vino al pensamiento la imagen de un pobre gato que alguien ahorcó en un árbol de su huerto, veinte años atrás. Era como si el bicho putrefacto y apestoso que se balanceaba ante mis ojos, suspendido de aquella cuerda, fuese real y lo pudiese tocar. Ahora tenía sentido. Nadie gasta bromas en Pontroig.

—No me lo puedo creer. Paca, puede que esta documentación sea falsa...

—dijo Rafa, mientras Pilar nos miraba y decía que no con la cabeza.

Entonces recordé mi última conversación con Sento, en la que me confesó que el asesino de mi padre era un hombre al que llamaban el “Gato”; y seguido me vinieron a la mente los comentarios de Pepe el Ruso en los que culpaba a Sento de ser uno de los tres hombres que buscaba, recalcando sin embargo que no fue él quien apretó el gatillo. Aquellos dos testimonios corroboraban que los documentos que tenía en mis manos decían la verdad.

—¿Fue él quien le disparó? —le pregunté directamente a Pilar.

—En la descripción de los hechos lo dice claramente.

—Pero... ¿Por qué?

—Ellos tres eran simpatizantes de la República, planearon varios asesinatos en los meses posteriores al 36. Mandaron a Fina a tu casa, la doncella, ¿te acuerdas? Enviaron a Alfonso al casino para que espicara a tu padre. Tu padre fascinó a Alfonso rápidamente, hasta el punto de tomarle tal envidia que, de repente, no solo le admiraba, sino que hubo un momento en el que quiso ser él, ocupar su lugar. Creo que por eso le incluyó en la lista del paseo; con su influencia podría haberle excluido.

—¿Pero envidia? ¿Por qué?

—En aquella época, las diferencias entre ricos y pobres eran muy marcadas. Tu padre fue un hombre de éxito en todo, y Alfonso un don nadie.

—¿Y es verdad eso que dicen, que está enterrado en el huerto de Alfonso?

—No, Paca, debe de estar enterrado en algún descampado. Vete a saber dónde.

—Pero... ¿cómo es que tienes tú esos papeles?

—Cuando los Nacionales tomaron Valencia, Sento y Alfonso estaban en el frente. Mi marido había regresado a casa porque le habían herido. Cuando se enteró de que Valencia estaba cayendo en manos del bando contrario fue a la checa y robó todos los archivos que inculpaban a los tres, incluyendo estos que habían sustraído, a su vez, de los juzgados.

—¿Por qué no los quemó? Hubiera sido mejor.

—Para pasarse un tiempo extorsionando a sus compañeros de crimen. Tiempo después se cansó y le entró miedo de que alguien encontrara los papeles, así que decidió quemarlos. Nunca llegó a encontrarlos porque yo los escondí.

—¿Y eso?

—Porque me zurraba. —Pilar se llevó una uña a la boca, las tenía todas en carne viva de tanto comérselas. Tras escupir disimuladamente el trozo que había arrancado siguió hablando—. Pero yo también sé hacer daño, ya lo creo. Estoy bien contenta de que Dios se lo haya llevado.

—¿Sento y Alfonso eran amigos?

—Eran hijos del mismo hombre.

Así que aquella calamidad de hombre, del que tan mal hablaba doña Aurelia, también era el padre de Sento.

—Pero la Pequeñita nunca habló de eso.

—Si algo sabe hacer la Pequeñita es callar, como todas las furcias.

Aunque de nada le sirvió; Vicentito era el vivo retrato de su padre.

Me levanté de la silla, nerviosa. Me tapé la cara con las manos y, de repente, un llanto nervioso me sorprendió. Los brazos de Rafa me rodearon por la espalda. Pilar intentó consolarme a su manera:

—Paca, no sé qué decirte. —Intentó sonreír, pero solo consiguió esbozar una extraña mueca. A algunas mujeres su verdadera edad les asoma a la cara en los momentos malos; Pilar era una de esas mujeres.

—No digas nada —respondí yo, que me sentía como si me acabaran de moler a palos.

—No te vengues de nadie; a veces, con saber es suficiente —sus palabras sonaron sinceras. En ese momento no supe valorarlo, pero me estaba aconsejando bien.

Se acercó a mí y dejó caer su mano grandota y cremosa sobre el hueco húmedo de mi cara donde alguna vez debió haber un moflete.

—Tengo que irme. —Me miró con sus ojos de vaca.

—Te acompaño hasta la puerta —dije por ser amable, aunque no me apetecía nada que los vecinos me viesen llorando.

—No salgas al portal o todo el mundo se enterará de que has estado llorando —me leyó el pensamiento.

—Tienes razón —respondí, colocando mi cabello hacia atrás y mezclándolo a la vez con mis lágrimas.

—Adiós —dijo, y me dio un beso en la mejilla, sin importarle que estuviese mojada.

—Gracias por todo, Pilar. Ven a verme si te apetece —le hablé desde el fondo de pasillo, plantada allí en medio como si fuese un perchero.

Ella asintió con la cabeza, salió de forma triunfal y cerró la puerta con fuerza, tanta, que el espejo del recibidor a punto estuvo de caerse, si no llega a ser porque Rafa lo sostuvo.

Al día siguiente no quise salir a ningún sitio, ni siquiera al taller de costura. Llamé al sastre y le dije que no me encontraba bien, que ya recuperaría las horas otro día. Me dijo que de acuerdo, que me cuidara. Después de comer, me entretuve en la aventura de prepararme un café con mi calcetín. Para sentirme un poco más acompañada, se me ocurrió encender un televisor pequeño que un tío suyo le había regalado a Rafa por nuestra boda. Yo siempre advertía de que lo vendiera, porque esas cosas eran de ricos y que un día acabarían entrando a robar y saldríamos perdiendo. Lo enchufé a la

corriente y pulsé el interruptor. El aparato empezó a hablar.

Como yo no sabía manejar el maldito trasto dejé pulsado el primer botón que encontré, porque emitían unas proyecciones sobre los animales del mar muy bonitas.

Ahí andaba yo, muy ocupada, aplastando el café en el calcetín, cuando escuché una hermosa voz de hombre hablando sobre una ballena enana que surcaba los océanos de punta a punta a la que llamaban rorcual aliblanco.

En mis oídos resonaron las palabras “rorcual aliblanco” y, en ese instante, el sorbo de agua que acababa de tomar salió despedido por los dos agujeros de mi nariz. No pude contener una risa histérica y nerviosa que brotaba de lo más profundo de mi pecho: ja, ja, ja, ja, por favor, qué nombre tan ridículo, me decía a mí misma en voz alta mientras me agarraba la tripa; por un momento pensé que estaba a punto de ahogarme. Pobre animal la ballena, que siempre ha sido una bestia majestuosa, la reina del mar. Va y le sale una hermana enana y, encima, van y la llaman rorcual aliblanco. Era como imaginarse de repente a una palomita de la paz paticoja y sumergible buceando como un submarino por las frías aguas del Polo Norte. Seguro que los balleneros no la cazarían. Los pescadores se limitarían a señalarla con el dedo y a desternillarse de la risa por su cara de tonta.

Me encontraba dando puñetazos en la mesa y haciendo un esfuerzo por dejar de reír, cuando de pronto escuché el final de la historia de los rorcuales aliblanco:

Los varamientos de rorcuales aliblanco, como en el caso muchos cetáceos, suelen ser el resultado de fenómenos naturales adversos, lesiones u otras enfermedades. En ocasiones, el encallamiento es la consecuencia de los intensos sonidos causados por instrumentos de fabricación humana que provocan el ensordecimiento y la desorientación de los cetáceos, consiguiendo que terminen varados en las playas.

De repente, me sentí como ofendida; yo era más partidaria de la leyenda romántica que habla de que todas las ballenas saben desde que nacen que han de ir a morir a la costa, y dije en voz alta:

—¡Bah!, este trasto no dice más que mentiras, hace más daño que otra cosa.

Y apagué la tele inmediatamente, no quise escuchar más basura.

Junto a la ballena enana comenzaron a bailar en mi pensamiento recuerdos que no guardaban ninguna relación los unos con los otros. Me vino a la mente el rostro de Tono, cuyos rasgos recordaba ya muy desdibujados; su risa, tan frecuente. A Rafa de jovenzuelo, cuando se acercaba con sus amigos en aquel coche prestado por la casa donde vivíamos mi hermano y yo solo para fanfarronear, antes de marcharme a la República Dominicana. También recordé las aguas azul tinta del Océano Atlántico; el viaje de ida y el de vuelta a Santo Domingo; aquella ballena que vi con vida, y la casa de Alfonso... A Alfonso y a Sento. Pero entre todas aquellas imágenes, no encontré la del rostro de mi padre ni el recuerdo de cómo sonaba su voz.

En ese momento escuché unos pasos por el pasillo. Era Rafa; reconocía sus pisadas sin necesidad de verle. La puerta se abrió.

—Hola, fideo. ¿Cómo estás hoy?

Cerró la puerta tras de sí con agilidad. En sus manos llevaba un ramo de flores.

—Mejor, por la cuenta que me trae —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a hablar con Alfonso? —preguntó mientras apartaba una de las sillas de la mesa y se sentaba a mi lado.

—Todavía, no lo sé —era cierto, no tenía ni idea.

—Toma, te he traído esto. Puede que no te guste, pero por lo menos alegrarán la sala.

Me tendió el ramo de flores de colores, cada una de una clase: una margarita amarilla, una rosa blanca, unos gladiolos. Reconozco que estaba confeccionado con gracia, aunque yo nunca he sido de esas chicas a las que les gustan los ramos de flores. Si me hubiesen regalado una lechuga con dos ajos tiernos en el centro me hubiese dado exactamente igual.

—¿Qué? ¿No te gustan?—preguntó Rafa. Parecía mentira que aún no me conociese.

—Sí—contesté, sin disimular que no era cierto.

Las cogí y mientras me levantaba de la silla le dije a Rafa que iba salir. Él me miró extrañado. El viento cerró la puerta detrás de mí y bajé por las escaleras con el ramo en la mano, como quien lleva una gallina muerta por las patas.

Era lunes y estaba anocheciendo. El color del cielo estaba empezando a teñirse de lila y la gente sacaba sillas de anea a las puertas de sus casas para tomar el fresco, como era costumbre en Pontroig siempre que hacía calor. Una

tradicción incómoda e indiscreta. Olía a comida por todas partes y se veían algunos niños jugando en los portales de las casas y en las aceras. La gente me miraba, pero no me decía nada; supongo que sabían que tramaba algo, por eso se limitaban a especular sin preguntar. Yo caminaba a paso ligero, muy decidida, en dirección a la casa de Alfonso.

Para llegar desde el piso de Rafa hasta la casa de Alfonso por un camino distinto había que pasar obligatoriamente por en medio de una zona donde se encontraba una con lo peor del barrio de las barracas, donde vivía la gente con la sangre más envenenada de todo pueblo. Una vez hube atravesado aquella calle, miré a mi alrededor para comprobar si me veía alguien, y empecé a hablar con Dios. Dios me dijo:

No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando dará en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.

—No puedo perdonar sin saber —respondí en voz alta, mientras miraba de no tropezarme con el bordillo de una acera al subir.

Yo soy el camino, la verdad y la vida.

—Sí, pero ¿dónde está el cuerpo de mi padre? Eso no lo sé.

A esas alturas podría haberse dicho que estaba conversando con un amigo cualquiera por la calle.

Muchas son las angustias del justo, pero le libraré de todas ellas.

En eso, pasaron unos niños gitanos correteando y preguntaron:

—¿Estás hablando sola? —Me miraron divertidos con sus distintos pares de profundos ojos negros.

—No —respondí, un tanto avergonzada.

—¡No poco! —se rió uno de ellos, el más mayor, enseñando sus dientes manchados.

—¡Callaos de una vez, que calladitos estáis más guapos! —les grité tratando de espantarlos.

Los niños se alejaron mirándome con cara de pasmados hasta que me perdieron de vista. Dios siguió diciendo:

Y mandó Jehová al pez y vomitó a Jonás en tierra.

—Sí, ya lo sé, pero se debería hacer justicia.

Una anciana que ya retiraba los taburetes de la calle para encerrarse en casa a cenar me miró sin terminar creerse lo que estaba viendo: una mujer

hablando sola, con un ramo de flores en la mano.

Amados, no os venguéis vosotros mismos, antes, dad lugar a la ira; porque escrito está: mía es la venganza, yo pagaré.

—Esas personas me robaron la vida que yo iba a tener—advertí que ya estaba hablando demasiado alto.

Nunca preguntéis por qué todo tiempo pasado fue mejor. No es de sabios hacer tales preguntas.

Seguí caminando. Atravesé la vía del tren y me adentré en el término municipal. Me crucé con dos ancianos del pueblo, Casimiro y Cecilio, que también se retiraban ya de su paseo. Me advirtieron.

—Paca, estas no son horas para que te pasees por aquí. Vete a tu casa, que por la noche la calle no es buena consejera —advirtió Casimiro, el más joven de los dos.

No le contesté, de tan concentrada que estaba en mis pensamientos. Seguí caminando. De lejos distinguí la casa de Alfonso; cuanto más me acercaba más grande se hacía. De repente, me vino al pensamiento la imagen de Tono y sacudí la cabeza para no pensar en él. Vi las luces encendidas en las ventanas. Cuando llegué hasta el porche, pasé de largo. Seguí caminando y entré en el planter, el huerto que había junto a la barraca. De lejos pude distinguir aquel montículo donde mi hermano y yo, de pequeños, nos habíamos hartado a apilar piedras, flores y cruces de madera, porque siempre creímos que aquella era la tumba de nuestro padre. Ahora ya no había ofrendas infantiles, pero el lugar no había cambiado en nada.

Comencé a recitar una oración:

*En mi angustia, clamé al Señor*

*y él me respondió.*

*Desde las entrañas del sepulcro pedí auxilio,*

*y tú escuchaste mi clamor...*

Al terminar, me incliné sobre el montículo de tierra y dejé las flores. Allí, junto al recuerdo de mi padre, enterré a todas mis ballenas. Me di la vuelta para mirar hacia la casa. El tiempo y sus inclemencias habían dejado su huella en las ventanas, en el tejado y en la pintura desconchada de las paredes. Vi salir a Alfonso. Se le veía canoso y encorvado, cascado, caminaba a trompicones; llevaba una bolsa de sobras para los perros en la mano derecha.

La dejó en el suelo y los animales, como locos, se echaron sobre la comida jadeando y moviendo el rabo, felices. No me vio. Cogí el camino que llevaba del huerto hasta el pueblo para volver a casa. De repente, me acordé de que me había marchado de improviso sin darle explicaciones a Rafa.

Mientras me alejaba de la casa de Alfonso, un pensamiento no se apartaba de mi memoria, el de Auri cantando junto a un miliciano muerto, con sus ojos llorosos, de cristal roto, en los que ya solo podía ver los de Sento: *Murieron cuatro mineros mira, mira Maruxina, mira mira como vengo yo....larará traigo la camisa roja larará de sangre de un compañero.*

## EPÍLOGO

Muchos se preguntarán dónde está situado el pueblo de Pontroig, quién es Paca Almenar, si existe de verdad o si mi novela se basa en hechos reales. Todos y cada uno de los personajes de este libro son producto de la ficción, como también lo es la historia personal de Paca Almenar. No obstante, los hechos históricos y varias de las anécdotas que describo en la novela sí son reales y están extraídas de testimonios verídicos. Por respeto a la intimidad o a los posibles temores que, aún a día de hoy, inquietan a algunas de las personas que han tenido la amabilidad de contarme sus vivencias, me he tomado la libertad de alterar los nombres y las características de algunos de los personajes y he creado un municipio ficticio.

El pueblo de Pontroig no es real, pero representa a todos los municipios de la Huerta Valenciana y a ninguno al mismo tiempo.

Esta novela no pretende sino recrear las experiencias de todas aquellas personas que vivieron de forma intensa la Guerra Civil y la Postguerra y que, de alguna forma, han querido transmitir las para que no cayesen en el olvido.

Nací en una zona de la Comunidad Valenciana donde la Guerra Civil y la Posguerra se acusaron profundamente, de tal manera, que crecí escuchando centenares de recuerdos sobre aquella época, tan emocionantes y trepidantes que ni la mejor de las novelas podría siquiera igualarlos. Esas anécdotas han permanecido en mi recuerdo hasta hoy.

Esa información, recopilada durante décadas, me llevó escribir las páginas de esta novela de género bastardo, hija del género negro y del histórico. Porque cada uno de los relatos sobre crímenes de guerra que había escuchado en mi pueblo y en los pueblos aledaños no eran sino historias de la historia, solo que fragmentadas en un largo paréntesis.

Como este es el primer libro que escribo, no puedo terminar sus páginas sin agradecer su colaboración a todas las personas que han participado en su redacción. Espero no olvidar a ninguna de ellas.

En primer lugar quisiera darles las gracias a todos los miembros del

equipo de Ediciones Rubeo, con quienes he trabajado desde el primer relato que publicamos. Gracias por ser los primeros en confiar en esta perfecta desconocida. También quisiera agradecerle a Mercedes González su ayuda en las correcciones primera y segunda de la novela. Gracias por marcarme el ritmo, Mercedes. No puedo olvidarme de Jorge Eduardo Benavides, que realizó un profundo análisis de mi segundo borrador, sus anotaciones que han sido vitales para crear un texto de calidad.

Quiero dar las gracias igualmente a mis tres profesores de la Escuela de Escritores: Isabel Cobo, Alejandro Marcos y Rubén Abella. A Isabel quiero agradecerle que tirara del hilo de mi imaginación, a Alejandro el gran trabajo que hizo con la corrección de mi escaleta y a Rubén el seguimiento de la evolución de la historia y su absoluta sinceridad a la hora de hablarme de la cruda realidad del mundo editorial. Mil gracias a los tres.

Por otro lado hubiera sido imposible escribir La tumba de las ballenas sin la participación de todos los expertos que me asesoraron con los detalles históricos y técnicos: A Eduard Puigventós quiero darle las gracias por realizar tan excelente y minuciosa revisión histórica de mi novela. Eduard, eres un crack. A Ricardo Ortega, del Instituto de Formación Profesional en Ciencias Forenses, por nada menos que inspirar esta novela con la documentación sobre los paseos en los inicios de la Guerra Civil Española. A Don Vicente Grau por su testimonio en primera persona sobre su infancia durante la guerra. A mi abuelo, José Ruiz, de quien escuché en tantas ocasiones sus crudas experiencias como combatiente en primera línea de fuego y a toda mi familia por transmitirme tantos y tan frescos recuerdos de aquella época. He de destacar también la impagable ayuda de Salvador Dolz, director del documental Dominicana tierra prometida, que tuvo el detalle de enviarme una copia gratuita de su excepcional trabajo, gracias al cual pude saber con exactitud cómo fueron las vivencias de aquéllos inmigrantes en tierras extrañas.

Quiero dar las gracias también a Mikèla Segarra por el genial trabajo de recopilación de documentación sobre aquellos años que realiza en su blog “Catarroja, gentes del ayer”, muchos de cuyos testimonios reales y fotografías han sido una gran fuente de inspiración para mí. También quiero agradecerle a Ramón Guillem, director de la Biblioteca Municipal de Catarroja, sus consejos a la hora de ayudarme a seleccionar documentación histórica sobre la época.

Igualmente quiero agradecerles a todos mis amigos, en especial a Robert, Javi y Rosario, que me hayan apoyado durante este largo trayecto que ha durado la friolera de cuatro años.

En último lugar, y no por ello menos importante, quiero dar las gracias a Grego por estar ahí siempre y darme tantos ánimos y buenos consejos. Gracias por acompañarme en esta batalla. Es una suerte tenerte a mi lado.

Elena Puchalt Ruiz.

## BIBLIOGRAFÍA Y FILMOGRAFÍA

Salvador Dolz. Dominicana, la tierra prometida.

<http://df-documentales.blogspot.com.es/>

Javier Cervera Gil. Violencia en el Madrid de la Guerra Civil: Los «Paseos» (julio a diciembre de 1936).

“Valencia antigua, historia gráfica.”  
<https://www.facebook.com/groups/220301906461/photos/>

Carlos Saura. España años cincuenta.

Mikèla Segarra. “Catarroja gentes del ayer.”

<http://catarrojagentesdelayer.blogspot.com.es/>

Manuel García Corachán. Memorias de un presidiario.

Víctor. M. Martínez Muñoz. “Valencia imagen y palabra.”

<https://valenciaimagenypalabra.blogspot.com.es/>

Mercedes Odina y Manuel Sánchez Pereira. “Los años vividos.”

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/los-anos-vividos/>